Un libro de trascendencia histórica, conmovedoramente honrado, admirablemente escrito.

ERNESTO SABATO

El libro de Giussani será el detonante del más importante debate político que habrá en Argentina en los últimos veinte años.

JACOBO TIMERMAN

Pablo Giussani, de 56 años, tiene a sus espaldas una larga trayectoria periodística dentro y fuera de la Argentina. Entre sus actividades de mayor significación en este camino, fue fundador y director de la revista Che a principios de los años '60, se desempeñó como redactor de la agencia noticiosa The Associated Press en Buenos Aires y Nueva York, desarrolló tareas de secretario de redacción del diario Noticias y fue columnista político del matutino La Opinión. Dejó el país como exiliado en octubre de 1976 y actualmente reside en Roma donde cumple funciones de editor de la agencia informativa Inter Press Service (IPS).

Esta obra, que constituye un sufrido viaje exploratorio a través de la cultura política montonera, va descubriendo por el camino matrices y componentes muy distintos de la versión que solían ofrecer de sí mismo Mario Firmenich y sus seguidores.

En una cuidadosa vivisección del grupo, salen a relucir –más allá de un ideario declarativamente izquierdista– inclinaciones, estilos, creencias y sobreentendidos ideológicos que pertenecen inconfundiblemente al acervo cultural de la derecha.

En estas propensiones inconfesas pero decisivas, por último, aparecen asociadas en sorprendente congruencia la mitología de la violencia revolucionaria sacralizada que recorrió Latinoamérica en el último cuarto de siglo y la filosofía peronista de la conducción política.

Sudamericana-Planeta

Montoneros La Soberbia Armada PABLO GIUSSANI

Montoneros LA SOBERBIA ARMADA

PABLO GIUSSANI

Sudamericana-Planeta

MONTONEROS

La soberbia armada

PABLO GIUSSANI

MONTONEROS

La Soberbia Armada

SUDAMERICANA/PLANETA

Diseño de tapa: SERGIO PEREZ FERNANDEZ

Primera edición: marzo de 1984
Segunda edición: abril de 1984
Tercera edición: mayo de 1984
Cuarta edición: julio de 1984
Quinta edición: agosto de 1984

© 1984. Editorial Sudamericana/Planeta S.A.
Humberto I° 545 - Buenos Aires, Argentina
ISBN 950-37-0018-3
Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en Argentina

A Adriana

1

Durante un período de mi infancia viví con la curiosa convicción de que todas las cosas tenían una doble naturaleza, un doble ser: un ser para cuando se las miraba, otro para cuando no se las miraba.

No sé en qué momento llegué a esta extraña conclusión —quizás a los cuatro o cinco años de edad—, pero recuerdo que solía almorzar con la vista fija en una botella de vino, tratando de imaginar la transfiguración que se produciría en ella si yo, de pronto, cerraba los ojos.

Con los ojos abiertos, tenía delante una botella. Si los cerraba, la botella se convertía instantáneamente en un duende, lanzado a corretear traviesamente sobre el mantel, o sobre lo que terminaba por ser el mantel al librarse, también él, de mi mirada.

Si luego abría los ojos, toda la escena volvía a inmovilizarse, recobrando la cotidiana naturaleza de las cosas visibles: la botella volvía a ser botella y el mantel, mantel.

Me resultaría difícil precisar ahora, con medio siglo de experiencias acumuladas sobre aquellas primeras fantasías de mi niñez, hasta qué punto creía yo en esa sorprendente *Weltanschauung* infantil. Pero quizá sirvan para medir el grado de realidad que yo asignaba a ese mundo escondido y misterioso las estratagemas que solía dedicar al desesperado intento de penetrarlo, de "verlo".

Recuerdo que mi celada favorita en esta diaria

batalla por ganar acceso al mundo invisible era la de ir cerrando lentamente los ojos ante la botella, ofreciéndole la apariencia de un observador que se adormecía. Y a los pocos segundos los abría repentina y rápidamente con la esperanza de pescarla desprevenida y de poder percibir, siquiera durante una fracción de segundo, la silueta evanescente del duende en transformación.

Recuerdo también el amargo desconsuelo con que volvía a encontrarme, desde el primer instante, con la mera botella.

2

Años más tarde, leyendo los hermosos estudios de Levi Brühl y las fascinantes observaciones de Frobenius sobre la mentalidad primitiva, vine a enterarme de que pueblos enteros habían vivido durante generaciones y generaciones con esta misma concepción del mundo.

Resultaba que nuestra civilización occidental, con su hábito de atenerse objetivamente a lo que se experimenta de las cosas y a cifrar en relaciones de causalidad física los cambios del mundo exterior, era en el largo tiempo histórico un pequeño islote de racionalidad que sobrenadaba milenios de culturas mágicas en las cuales el mundo —el mundo en que se creía— nada tenía que ver con el testimonio que nos daba de él nuestra experiencia.

Culturas en las que el trato del hombre con el Universo se fundaba en una suerte de "retrología" hechicera, que encaraba los signos exteriores y perceptibles de las cosas como embozos de una realidad distinta, enigmática y normalmente inaccesible, escondida detrás de ellas.

Hoy, millares de observaciones, de percepciones, de datos recogidos y creídos en nuestra experiencia sensorial de las cosas nos han llevado por inducción a explicar la lluvia como el producto de bolsones de baja presión atmosférica que atraen y concentran, en una relación de causa y efecto, las nubes dispersas en las áreas de alta presión. La mentalidad

primitiva la explicaba como el llanto de dioses entristecidos en sus lejanas e invisibles moradas celestes.

Nosotros nos esforzamos por controlar las lluvias operando con procedimientos científico-técnicos sobre el mecanismo causal que las produce. El hombre primitivo trataba de llegar al mismo resultado alegrando a los dioses, levantándoles altares y sacrificándoles corderos.

Nosotros, en suma, ajustamos nuestro trato con las cosas a lo que sensorialmente percibimos de ellas, a lo que hay en ellas de visible, palpable, audible, experimentable. El hombre primitivo, ese "retrólogo", lo ajustaba a la naturaleza oculta de las cosas, a lo que había en ellas de invisible, inaudible, impalpable, inexperimentable.

Hoy, a la luz de la racionalidad que existe siempre entre los estímulos que recibimos del mundo exterior y nuestras respuestas a ellos, la secuencia estímulo-respuesta en el hombre primitivo nos resulta absurda, ilógica y cómica por su ilogicidad.

3

Otro recuerdo de infancia que aquí viene al caso es el de los relatos de mi tío Virgilio, un emprendedor industrial italiano con ocasionales inclinaciones aventureras, que dedicó un año de su vida a explorar en las nacientes del Amazonas tierras que él describía, quizá con razón, como jamás alcanzadas hasta entonces por el hombre blanco. Y en estas correrías, dijo haber estado en una aldea indígena cuyos pobladores tenían un modo muy peculiar de hacer frente a las crecidas de un río.

Cuando el río crecía y amenazaba desbordar su cauce, los indios de la aldea no hacían lo que racionalmente haría cualquiera de nosotros —huir, treparse a los techos o construir defensas físicas contra el desborde. Lo que hacían era correr con grandes palos a los establos y apalear ferozmente a sus animales, con preferencia los cerdos, que reaccionaban al castigo con estremecedores chillidos. Era ésta una suerte de tecnología mágica que apuntaba a espantar con el estruendoso lamento de las bestias el espíritu maligno que se había apoderado del río.

Este modo de entrar en tratos con las cosas tiene dos implicaciones importantes. La primera, señalada por Levi Brühl, es la imposibilidad de aprender con la experiencia. No es posible, en efecto, que la experiencia cuestione, desmienta o corrija los contenidos de una concepción que empieza por negarle validez.

La segunda es la necesidad de delegar en otros

una facultad cognoscitiva que el hombre común no está en condiciones de ejercitar por su propia cuenta. El conocimiento de la realidad, no pudiendo originarse en ese modo universal y ramplón de tomar contacto con las cosas que es la experiencia, tiene que emanar de la autoridad que se les reconoce a determinados individuos considerados excepcionales y superiores.

El saber, en esta concepción mágica del universo, no es algo que el hombre común ejercita, sino algo que recibe, una *revelación* difundida por hechiceros provistos de poderes extraordinarios que les permiten alcanzar, en raros y sublimes momentos de éxtasis, atisbos visuales de ese mundo normalmente invisible.

El santón puede ser un individuo aislado y solitario cuya sabiduría es aceptada como incompartible por la comunidad. O puede ser el guía de un largo y complejo proceso iniciático recorrido por otros hombres con la esperanza de llegar a ser algún día, también ellos, privilegiados testigos del mundo verdadero.

4

Yo había olvidado aquella historia de los cerdos apaleados para calmar al río, hasta que la reviví de pronto, a principios de la década de 1970, en una sugestiva asociación de ideas, al observar las tortuosas relaciones que se desarrollaban en esos años entre los montoneros y el general Perón.

Eran relaciones plagadas, también ellas, de secuencias absurdas entre estímulos y respuestas, entre pasos a la derecha por parte de Perón y reacciones aprobatorias desde la izquierda, acompañadas de bizantinas explicaciones, por parte de los montoneros.

Las explicaciones respondían siempre, en lo esencial, a un mismo esquema básico, consistente en degradar cada paso estratégico de Perón al rango de un paso táctico, como un modo de preservar en la trabajosa visualización montonera del viejo líder el mito de una estrategia exquisita y secreta, encaminada por sabios meandros y hábiles rodeos a la liberación nacional.

Una cosa que me intrigaba era precisamente la insólita y casi maniática insistencia con que los términos "táctica" y "estrategia" aparecían reiterados en el lenguaje montonero. Y finalmente llegué a la conclusión de que ambas expresiones estaban siendo disociadas de su acepción clásica en el vocabulario político convencional, y convertidas en fórmulas rituales de alusión a esa dicotomía mágica entre un mundo de

realidades invisibles y un mundo de visibilidades irreales.

Había, así, un Perón "táctico", inmerso en la irrealidad de lo visible, audible, palpable y verificable, que tenía de confidente y delfín a López Rega[1], bendecía a la derecha sindical y prometía con un guiño convertir a la Argentina en un país socialista "... como Bélgica".

Y detrás de él estaba el Perón "estratégico" y verdadero, provisto de una realidad secreta a la que sólo tenían acceso ritual los iniciados, un formidable y gratificante Perón-duende que era invisible, inaudible, impalpable e inverificablemente revolucionario.

En esos años circulaba un chiste en el que Mario Firmenich[2], instantes antes de morir fusilado por orden de Perón junto con los demás integrantes de la conducción montonera, decía con entusiasmo a sus compañeros de infortunio: "¿Qué me dicen de esta táctica genial que se le ocurrió al Viejo?".

[1] José López Rega, un ex policía aficionado a las ciencias ocultas, se convierte a mediados de los años '60 en secretario privado del general Perón y desde ese cargo acaba por ejercer una enorme influencia sobre el viejo líder político y sobre su tercera esposa, María Estela Martínez de Perón. Designado ministro de Bienestar Social en el gobierno surgido del casi plebiscitario triunfo electoral que obtuvo el peronismo en marzo de 1973, llegó a ser el virtual "hombre fuerte" de la Argentina bajo la gestión de la señora de Perón, quien sucedió en la presidencia a su esposo tras la muerte de éste en julio de 1974. Sus relaciones con el matrimonio Perón fueron comparadas a menudo con las de Rasputín con el zar Nicolás II y la zarina Alejandra. Se le atribuyó el patrocinio de un terrorismo de Estado que se manifestó en las actividades de la denominada Alianza Anticomunista Argentina (AAA).

[2] Mario Eduardo Firmenich, nacido en 1949, se convirtió en máximo líder de la organización Montoneros después

A esta altura, han muerto o "desaparecido" ya millares de montoneros, como resultado de una represión cuya metodología fue de algún modo delineada por el propio Perón, cuando éste autorizó en 1973 la utilización de "cualquier medio" para poner fin a la infiltración de izquierda en su movimiento.

Los montoneros velaron a todos sus muertos, y aun hoy rinden homenaje a su memoria, bajo la consigna de "hasta la victoria, mi general", en lo que de alguna manera viene a ser una trágica reproducción de aquel chiste en el terreno de los hechos.

---

que murió Fernando Abal Medina el 7 de setiembre de 1970, en un encuentro armado con la policía. Como otros dirigentes del grupo, proviene del área católica de extrema derecha. Amigos del general Aramburu suelen invocar este origen para respaldar la tesis de que el secuestro y el asesinato del ex presidente fueron cometidos en connivencia con sectores internos del régimen militar encabezado por el general Onganía.

5

Si la conciencia hechicera descrita aquí como contenido de un particular tipo de relación con Perón fuera sólo una peculiaridad de los montoneros, sería de un valor teórico bastante relativo y de muy escasa utilidad para la comprensión de esa franja más amplia de fenómenos políticos que incluye al terrorismo en general o a la ultraizquierda genéricamente considerada.

Pero la verdad es que el análisis de cualquiera de estas manifestaciones acaba por descubrir en ellas un común trasfondo de magia que lleva a considerarlas como residuos de una mentalidad históricamente remota o limitada hoy como fenómeno normal a ciertas etapas de la niñez.

En 1963, el Uruguay todavía era "la Suiza de Sudamérica". Bajo un inocuo gobierno colegiado, cuyos innumerables defectos no incluían, por cierto, el de ser opresivo, preservaba su orgullosa democracia en medio de las rutinarias dictaduras que se sucedían en el resto del subcontinente. Las libertades de expresión y de asociación gozaban de plena vigencia, los estados de sitio y las campañas por la excarcelación de los presos políticos eran exotismos que la prensa sólo mencionaba en sus páginas de información internacional, y la escasa policía local observaba con escrupulosidad la prohibición de practicar allanamientos después de la caída del sol.

En ese Uruguay y en ese año, Raúl Sendic[3] dirigía ya a sus compatriotas llamados a la resistencia contra lo que describía como un régimen "fascista".

En ese mismo año, guerrilleros y armamentos eran desembarcados sobre las costas de Venezuela para alimentar una guerra antifascista contra el gobierno constitucional, democrático y pluralista de Rómulo Betancourt.

También en 1963 se abría en medio de las dictaduras que asolaron a la Argentina durante los últimos 50 años un raro y reluciente paréntesis de libertades públicas y respeto por los derechos humanos bajo el manso gobierno de Arturo Illia. Ese paréntesis fue el momento elegido por el "Comandante Segundo" para lanzar desde Salta una "guerra de liberación".

En 1977, las calles de Italia exhibían pintadas firmadas por la *Autonomia operaia*[4], en las que el nombre del entonces primer ministro Giulio Andreotti aparecía seguido por una cruz gamada, con el signo "igual" interpuesto entre ambos.

[3] Raúl Sendic fue el fundador y máximo dirigente del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros. Nacido el 16 de marzo de 1926, milita desde su adolescencia en las filas del Partido Socialista del Uruguay, que lo ve ascender rápidamente a puestos de conducción, primero como dirigente de la Juventud Socialista y más tarde como integrante del comité ejecutivo partidario. En los primeros años '60 se aparta de la agrupación para poner en marcha la organización guerrillera, luego de cumplir en 1960 una visita a Cuba que resulta decisiva para orientarlo en esta dirección. Capturado en 1972 en medio de la campaña militar que habría de destruir al movimiento tupamaro, Sendic sufre un largo período de prisión, que aún continúa en 1984, y durante el cual fue sometido, según fehacientes denuncias, a terribles torturas.

[4] *Autonomia operaia* (autonomía obrera), grupo de extrema izquierda que creció durante los últimos años '70 bajo la guía doctrinaria de Toni Negri, Franco Piperno y otros líderes menores, que actuaban principalmente en el campo universitario. Predicadora y practicante de la violencia revolucionaria, critica a menudo el "militarismo" de ciertos grupos armados clandestinos, como las Brigadas Rojas, y auspicia como alternativa la "violencia de masa".

Podríamos haber recorrido de cabo a rabo el Uruguay del gobierno colegiado, la Venezuela de Betancourt, la Argentina de Illia y la Italia de Andreotti sin que nuestra experiencia sensorial de las cosas descubriera el menor indicio de un Estado fascista. Y, sin embargo, había en todos esos países centenares o millares de jóvenes consagrados, sacrificada y abnegadamente, a formas de lucha armada contra el fascismo.

En todos ellos estaba funcionando a tambor batiente el mecanismo de las secuencias locas entre estímulo y respuesta. ¿Qué diferencia hay entre responder al inofensivo colegiado uruguayo con una "guerra popular antifascista" y responder a la crecida del río con bastonazos a los cerdos?

6

El extremismo revolucionario no ignoraba en 1963 que el Uruguay visible y verificable rebozaba de libertades y garantías constitucionales. Pero explicaba: el detalle de que el fascismo no se vea no significa que no exista. Lo que ocurre es que está enmascarado. Es una de sus malditas astucias. Estas instituciones democráticas no son sino apariencias, un disfraz del que se sirve para confundir a la gente.

El razonamiento, mil veces repetido y mil veces escuchado a lo largo de las últimas dos décadas en todos los ámbitos de la extrema izquierda latinoamericana, continuaba con la presunción de que, si todo el pueblo tomara conciencia del fascismo escondido tras las apariencias democráticas, respondería en masa al llamado a la resistencia.

¿Qué hacer, pues? El extremismo revolucionario sentenciaba: "Hay que desenmascar al fascismo" Y el primer paso de este desesmascaramiento era la denuncia, el intento de "concientizar" a la gente y de abrirle los ojos sobre la verdad del enemigo emboscado.

Pero como ocurre que el pueblo uruguayo —como el argentino, el venezolano o el italiano— es, después de todo, una parcela de nuestra evolucionada civilización racionalista y atenida a los hechos visibles, resulta difícil convencerlo de que un fascismo invisible, no registrable entre tales hechos, existe.

Y, entonces, ¿qué debe hacerse? La fórmula del

extremismo revolucionario: obligar al régimen a desprenderse de su máscara, llevarlo a una situación en la que le resulte imposible mantener en pie sus apariencias democráticas, forzarlo a mostrarse en toda su ferocidad[5].

La mayor parte de la violencia guerrillera que se extendió por Latinoamérica en los últimos 20 años empezó por no ser otra cosa que la instrumentación de esta consigna. La violencia encarada como estímulo de una contraviolencia concientizante, como modo de llevar al plano de la objetividad visible un

[5] Entre las formulaciones más características de esta filosofía, figura una declaración de *Potere Operaio* (poder obrero), organización italiana de extrema izquierda emanada de las turbulencias de 1968 y considerada la matriz histórica de las Brigadas Rojas y otros grupos terroristas que operaron en Italia en la década de 1970: "Cuando el Estado se vea obligado a erigirse en pura forma de dominio y de destrucción física, cuando el Estado se vea reducido a sus cuerpos armados, entonces las condiciones de la victoria de la revolución estarán aseguradas". (*Potere Operaio del lunedi*, 2 de abril de 1972, citado por Giampaolo Pansa, *Storie italiane de violenza e terrorismo*, Laterza, Bari, 1980, p. 33).

fascismo que de otro modo no alcanzaba a ser materia de persuasión en un mero intercambio discursivo entre subjetividades[6].

[6] En 1961, cuando faltaba más de un lustro para que el autoritarismo de Pacheco Areco comenzara a socavar las libertades democráticas en el Uruguay, Raúl Sendic escribió en *El Sol*, órgano del Partido Socialista uruguayo: "El régimen que impera en nuestro país tiene un rostro y una máscara. La máscara es la apariencia de libertad y de democracia experimentada sólo por la gente rica y que sólo sirve para ser mostrada al exterior. Pero la democracia burguesa en nuestro país, como la democracia burguesa en todas partes, no resiste la prueba de fuego de la lucha de clases. Aquí ha caído la máscara y ha dejado a la vista un rostro siniestro, que evoca las macabras fauces del fascismo".

Sendic aparece aquí en una de sus últimas apelaciones al método discursivo para "desnudar al fascismo" ante la conciencia de la masas. El escaso rendimiento de este esfuerzo bajo el colegiado uruguayo ha de llevarlo después a la impaciente metodología de las ametralladoras.

7

Cuando la espiral de la violencia y la contraviolencia logra efectivamente cubrir el tránsito entre el apacible colegiado uruguayo de 1963 y la feroz dictadura de Aparicio Méndez, una mentalidad evolucionada de nuestra civilización racional y atenida a los hechos visibles percibe que ha surgido, *en la realidad*, una situación nueva, distinta de la anterior. Que ha habido, en suma, *un cambio*. Ubica además este cambio en el contexto de las relaciones causales que gobiernan los hechos visibles, y advierte que ha sido promovido, condicionado, motivado.

Los acontecimientos toman entonces un giro inesperado para las expectativas del extremismo revolucionario: la promoción del fascismo al mundo objetivo no genera adhesión a la guerrilla urbana, sino todo lo contrario. Su efecto sobre las masas no es movilizador, sino inhibitorio. El hombre de la calle percibe en el extremismo revolucionario no al enemigo de la dictadura, sino al progenitor de la dictadura, el causante del cambio.

El extremismo revolucionario se defiende y argumenta: aquí no ha habido cambio alguno. Nosotros no hemos cambiado nada. El fascismo de hoy es el mismo que había antes, sólo que ahora está *claro*, a la vista.

La violencia guerrillera, de esta manera, no se asume a sí misma, en rigor, como una política, como

una praxis, como un modo de operar sobre la realidad para producir en ella determinados cambios —pues se da por supuesto que la realidad permanece inmutable—, sino como una mayéutica, una operación aplicada, no a las cosas, sino al saber que se tiene acerca de ellas, un ritual iniciático en el que santones provistos de ametralladoras y bombas de fraccionamiento guían paternalmente a la comunidad hacia el conocimiento de realidades preexistentes.

Si bien se mira, en la lógica de esta violencia concientizante, el momento de la efectiva transformación de la realidad por vía de la lucha antifascista concreta resulta visualizado siempre como posterior al de la combatiente movilización masiva que se aspira a motivar con la previa exposición del fascismo.

Pero como ya se ha visto que esta forma de violencia es a la vez inhibitoria de la movilización que se pretende desatar con ella, resulta en los hechos que la hora de la lucha antifascista concreta queda indefinidamente postergada, proyectada a un vaporoso e inalcanzable futuro, como el de la resurrección de la carne.

Asumido como enemigo en abstracto, el fascismo jamás llega a serlo en concreto para esta praxis que va anteponiendo inacabablemente a la hora de combatirlo la tarea de provocarlo, convocarlo, preservarlo a la vista de la gente. En esta tarea, el enemigo concreto es identificado siempre entre los moderados, los liberales, los progresistas, responsables de empañar y restar visibilidad al "sistema".

Silverio Corvisieri relata una ilustrativa conversación que tuvo oportunidad de mantener cuando, en junio de 1979, visitó como diputado italiano la prisión de Spoleto para verificar el trato recibido por los presos. Allí se encontró con Vincenzo Guagliardo, un dirigente de las Brigadas Rojas, quien le señaló el con-

traste entre el duro guardiacárcel responsable de su sección, a quien los presos llamaban el "mariscal Pinochet", y el director del penal, un hombre de inclinaciones moderadas que concedía liberales facilidades a los reclusos para visitar a sus familias.

El enemigo, para Guagliardo, era naturalmente el director del penal. "Nos divide el frente", explicaba[7].

En 1979, la organización terrorista *Prima Linea* reivindicó en Italia el asesinato del juez Emilio Alessandrini con un documento en el que señalaba como justificación del crimen la eficacia del magistrado. Alessandrini, un progresista, debía ser eliminado porque, siendo un buen juez, fortalecía la credibilidad del Estado.

El golpe militar que derrocó en Chile al gobierno de Unidad Popular fue saludado como un acontecimiento positivo por algunos ambientes de la extrema izquierda europea. Tal fue en Italia la reacción de *Lotta Continua*, que había aportado su grano de arena a las motivaciones del golpe con una colecta realizada bajo la consigna de "armas para el MIR".

[7] Silverio Corvisieri, *Il mio viaggio nella sinistra*, Ed. L'Espresso, 1979, p. 173.

Lotta Continua recibió con preocupación, días después del golpe, la versión de que un sector del ejército chileno marchaba sobre Santiago bajo el mando del general Prats en defensa del derrocado régimen constitucional. A juicio de este grupo, se trataba de militares burgueses que intentaban arrebatar al proletariado chileno una revolución que ahora tenía finalmente abierto el camino tras la caída del "gobierno-freno" de Salvador Allende[8].

[8] Silverio Corvisieri, *ibíd.* p. 125.

8

En julio de 1966, días después del golpe militar que derribó al gobierno de Illia en la Argentina, un activista estudiantil con el que yo había tenido algunos tratos durante mi pasada militancia política se me acercó en un café de la calle Corrientes, donde solía reunirme al caer la noche con otros periodistas.

"Un viejo amigo te quiere ver", me dijo, hablándome conspirativamente al oído. "Si me acompañás, podemos encontrarnos con él ahora".

Salimos juntos del café y recorrimos cuatro cuadras en silencio hasta llegar al centro de la plaza Talcahuano. Allí, parado junto a un ombú cuyo bajo follaje lo protegía de la escasa iluminación circundante, estaba Joe Baxter.

Líder de una pasada escisión de izquierda en la organización ultraderechista "Tacuara" y futuro líder de una escisión populista en el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP)[9], Baxter acababa de llegar clandestinamente a la Argentina luego de hacer su experiencia de combatiente revolucionario en Vietman y de pasar un tiempo complotando en Montevideo.

[9] El Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) era una formación guerrillera constituida en 1970 como brazo armado del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), de orientación trotskista.

Días antes, el flamante régimen militar del general Juan Carlos Onganía había producido su primera muestra de brutalidad, interviniendo violentamente la Universidad Nacional de Buenos Aires en lo que habría de ser recordado como "la noche de los bastones largos".

"¡Lo que está ocurriendo en la Argentina es estupendo!", me dijo Baxter. "¡Finalmente empiezan a darse las condiciones para la revolución!"

Esta conciencia jubilosa del fascismo en eclosión, común a las reacciones de Baxter ante la caída de Illia, de *Lotta Continua* ante el derrocamiento de Allende y de Guagliardo ante la providencial presencia de un Pinochet penitenciario que "unificaba el frente", fue también el excitante que en 1970 llevó a los montoneros a irrumpir en el escenario argentino asesinando al general Pedro Eugenio Aramburu[10].

[10] El teniente general Pedro Eugenio Aramburu fue uno de los principales líderes del alzamiento militar que en setiembre de 1955 puso fin a casi una década de régimen peronista. En noviembre de ese año ascendió a la presidencia luego de encabezar con éxito una conspiración contra el general Eduardo Lonardi, titular del primer gobierno surgido del golpe castrense contra Perón. En constraste con la actitud conciliadora demostrada por Lonardi frente a ciertas franjas del peronismo, sobre todo en el campo sindical, Aramburu asumió la representación de los sectores militares y civiles más antiperonistas. Su actuación al frente del gobierno militar, en consecuencia, tuvo un fuerte carácter represivo. La máxima expresión de esta política fue el fusilamiento de más de treinta militares y civiles en junio de 1956, luego de un fracasado intento insurreccional peronista. Durante la década que siguió a su paso por el poder (1955-1958), Aramburu fue evolucionando hacia posiciones más flexibles hasta convertirse hacia fines de la década de 1960 en promotor de un acuerdo con el peronismo que permitiera dar una salida institucional al régimen militar instalado en 1966. El asesinato de Aramburu por los montoneros dejó trunco este proyecto.

He escuchado decenas de explicaciones montoneras de las motivaciones que precipitaron este crimen, y todas ellas coincidían en aquella invariable exaltación de la "claridad" que aportan los halcones cuando se devoran a las palomas.

El fascismo, por fin, estaba allí, presente y a la vista en el uniforme del general Onganía, despertando conciencias que habían quedado dormidas bajo el blando gobierno de Illia.

Después del "Cordobazo"[11], sin embargo, comenzó a cobrar consistencia en el seno del ejército argentino una corriente militar liberal que, con Aramburu como figura alternativa, se fue distanciando de Onganía en busca de una apertura política. En los primero meses de 1970, ya había inorgánicas deliberaciones castrenses, contactos tomados con las proscriptas fuerzas políticas y viajes de discretos emisarios a Madrid, signos todos de que el rumbo de la "Revolución Argentina"[12] estaba por ser torcido hacia un proceso de democratización que contemplaba inclusive, por primera vez en quince años, el reconocimiento legal del peronismo.

[11] Con el nombre de "Cordobazo" se conoce en la Argentina el alzamiento popular que en mayo de 1969 sacudió la ciudad de Córdoba, principal centro de la industria automotriz en la Argentina. Aunque sofocado finalmente por las Fuerzas Armadas, el "Cordobazo" marcó para el régimen militar del general Onganía el comienzo de un proceso de deterioro que culminaría con su caída un año después.

[12] Los líderes del alzamiento militar que derrocó en 1966 al presidente constitucional Arturo Illia elegieron la denominación de "Revolución Argentina" para el proceso de reforma institucional que consideraban puesto en marcha con esa insurrección.

El extremismo revolucionario argentino observó este curso de los acontecimientos con la misma preocupación que asaltaría años después a *Lotta Continua* ante la supuesta marcha de Prats sobre Santiago.

Lo que se estaba viendo desde los santuarios del extremismo revolucionario argentino no era, desde luego, una situación en proceso de cambio. La realidad no cambiaba —sino que se *manifestaba*— al pasar de la democracia a la dictadura y tampoco cambiaba al sufrir el proceso inverso. En la óptica de la extrema izquierda, las cosas se ceñían una vez más a la magia de las realidades inmutables en las que todo cambio se disuelve en un ectoplasma de irrealidades distractivas. El fascismo se aprestaba no a morir, sino a enmascararse de nuevo.

Había que detener este proceso, descabezarlo en una cruzada por defender la claridad en peligro. El enemigo: Aramburu.

Agente del ilusionismo demoliberal, como Illia y el general Prats, Aramburu fue secuestrado por los montoneros el 29 de mayo de 1970 y ritualmente sacrificado dos días después en un acto de exorcismo dirigido a expurgar de la luz el espíritu de las tinieblas.

Es curioso el destino de los demoliberales, doblemente execrados como máscaras del fascismo por la ultraizquierda y como personeros disfrazados de la subversión, por un simétrico magismo de extrema derecha.

Esa fue la suerte de Aramburu, reaseguro de la derecha para el extremismo revolucionario y émulo de Kerensky para los ideólogos de la "Revolución Argentina". Exponente, en suma, de un ilusionismo a dos puntas que habría de convertirlo en blanco de una alianza, por lo menos objetiva, entre Onganía y los montoneros, entre la claridad y sus sacerdotes.

9

Ha ocurrido siempre y en todas partes: jóvenes nacidos en familias de clase media más o menos acomodada, que por su origen social tienen acceso a estudios superiores, librerías de moda, bibliotecas, conversaciones sofisticadas en las que se habla de alienación, de Marx, de Marcuse o de la lucha de clases, y que un buen día, a la luz de las nociones bien o mal absorbidas de este contorno, tienen una súbita percepción de la falsedad, la hipocresía, la inmoralidad fundamental en que descansa la vida de sus padres.

Esta percepción lleva a una primera sensación de repugnancia, de rechazo por ese mundo cuyo símbolo inmediato y cotidiano es *papá*. "Caro papa", la película de Dino Risi, describe con gran acierto este pequeño y emblemático drama familiar de un adolescente que, de pronto, se ve repelido hacia el submundo de la marginación seudorrevolucionaria por un padre que acumula millones de dólares en oscuros tratos con las transnacionales invocando a cada paso su pasado de *partigiano*.

Este rechazo, en sí mismo, no es negativo. Está bien que una fortuna construida sobre el hambre de braceros sicilianos, mineros chilenos o indocumentados mexicanos repugne a un adolescente de este estrato social, aun cuando sea su familia el marco en el que esta realidad se le manifiesta.

Pero en siete casos de cada diez, esta naciente conciencia de rechazo surge con adherencias del me-

dio social que le sirve de marco. Es un rechazo que retiene porciones del mundo que rechaza, hábitos, gustos, inclinaciones y prerrogativas de clase que impiden dar a ese primer momento de repulsión proyecciones revolucionarias. Y el rechazo, a la postre, se queda en mera rebeldía.

¿Cuál es la diferencia entre un revolucionario y un rebelde?

Un revolucionario es, por lo pronto, un individuo política, ideológica y culturalmente independiente. Tiene sus propios fines, su propia tabla de valores, su propio camino. Y cuando da un paso, lo da arrastrado teleológicamente hacia adelante por aquella objetiva constelación de fines y valores que lo trascienden.

Un rebelde, en cambio, vive de rebote. La dirección de sus movimientos no está marcada por metas que lo atraen sino por realidades dadas que lo repelen. Y la repulsión desnuda, la repulsión vivida como un absoluto y no como momento derivado de una previa percepción de valores y objetivos que califican de rechazable lo rechazado, se resuelve en un puro negativismo.

La negación, en su variante absoluta, es un modo de depender de lo negado. El joven rebelde, carente de una tabla de valores propia, necesita conocer la tabla de valores de sus padres para construir por inversión la suya.

Si su rebeldía se expresa en la indumentaria, ruborizará a su padre presentándose desgreñado, grasiento y con deshilachados *jeans* en las recepciones que ofrece su familia. Si se expresa a través de la literatura, escribirá versos obcenos que escandalicen a la tía Eduviges.

Y si se expresa en términos políticos, las opciones del joven rebelde no serán otras que las del contorno familiar asumidas con signo invertido. En mis tiempos, por lo menos, este rechazo negativista consistente en poner cabeza abajo la escala de valores de papá se cumplía en el terreno político a través de la siguiente operación: el adolescente se preguntaba qué era lo que papá más temía y detestaba en el campo político. La respuesta era, generalmente: "el comunismo internacional". Y el joven rebelde, en consecuencia, corría a inscribirse en el Partido Comunista.

Pero esta afiliación fundada en la mera inversión mecánica del anticomunismo paterno reviste peculiares modalidades. Bajo el rótulo de "comunismo", nuestro joven rebelde asumía como su propio destino político no lo que el comunismo era, sino la imagen negativa que tenía del comunismo su padre.

Papá creía que los comunistas eran inescrupulosos, y nuestro joven rebelde posaba de inescrupuloso. Papá creía que los comunistas eran sanguinarios y violentos, y nuestro joven rebelde posaba de sanguinario y violento. Papá creía que los comunistas negaban los valores fundamentales de la familia, y nuestro joven rebelde abogaba por el amor libre y la lucha contra el autoritarismo paterno. El comunismo que nuestro joven rebelde abrazaba no era sino una antología en negativo de los juicios o prejuicios anticomunistas de su familia.

Pero, una vez ingresado en el PC, el joven rebelde se encontraba con la sorpresa de que los comunistas no eran así. Los descubría pacíficos y rutinarios, cumplidores de horarios y amantes de la vida familiar. Por momentos, hasta se parecían a papá.

Sobrevenía entonces el desencanto, y el joven rebelde traducía su frustración en dos actitudes posibles: o abandonaba el partido para canalizar su rebeldía por otros conductos, eventualmente la droga o

la cultura *beat*, o permanecía un tiempo más en el partido para generar una escisión colectiva de extrema izquierda. Gran parte del extremismo revolucionario ha tenido este origen.

10

En un grupo originado de esta manera, el rechazo negativo de lo dado confluye con la renuencia mágica a desarrollar conductas acordes con los contenidos objetivos de la propia experiencia. Magia y negación son variantes complementarias de esa niñez estancada y resistente a la maduración que es el extremismo revolucionario.

Y al igual que la concepción mágica de las cosas, o más bien como parte inseparable de ella, también este componente negativista del extremismo revolucionario impide a la larga que la acción originada en ella sea realmente una *política*.

Una política, cualquier política, implica una necesidad de crecer, de sumar, de asumir real o siquiera demagógicamente la representación de anhelos colectivos, de escalonar los propios fines en programas máximos y programas mínimos que permitan construir la mayor red de alianzas posible. Pero el extremismo revolucionario sacrifica siempre e invariablemente estas inherencias de la política como tal a la necesidad de ser y, sobre todo, de parecer *terrible*.

Montoneros fue, en buena medida, un producto, y a la vez un canalizador, de ambos componentes. Un político revolucionario —que lo es fundamentalmente por su aptitud para atender a la experiencia acumulada en la historia— sabe que consignas tales como "cinco por uno, no quedará ninguno", o "llora,

llora la puta oligarquía, porque se viene la tercera tiranía" no sirven para construir una política. Sirven, sí, para presentar como propia una personalidad escandalosa que asuste a la tía Eduviges.

Los propósitos del rebelde, en realidad, no van más allá de esto. Mientras el revolucionario rechaza una realidad dada con el ánimo de superarla, el rebelde la rechaza con el ánimo de que su rechazo *conste*. Y un rechazo proyectado al servicio de su propia constancia tiene que ser forzosamente directo, agresivo, clamoroso. Aunque la agresión fortalezca a la realidad agredida y sacrifique la posibilidad de superarla; es decir, de dar al rechazo una dimensión política.

A los montoneros les tocó vivir una realmente dramática contradicción entre la mayor oportunidad jamás concedida a un grupo de izquierda en la Argentina para la construcción de un gran movimiento político y la cotidiana urgencia infantil por inmolar esa posibilidad al deleite de ofrecer un testimonio tremebundo de sí mismo.

Esta acción autotestimonial, arquetípicamente presente en cada gesto montonero, es siempre inhibitoria de la acción política. Hacer política es desentenderse de uno mismo, trascenderse. Un político vive primariamente atento a sus metas, no a su imagen. Sólo secundariamente atiende a su imagen como algo cuyo valor no es absoluto sino derivado del fin. Y una imagen elaborada en función de genuinos fines políticos nunca es terrible.

Ortega y Gasset, en un ensayo que escribió en los años '30 sobre los argentinos, les atribuyó justa o injustamente un modo de encarar la propia vida que se asimila en cierto modo a lo que aquí se viene describiendo como una niñez estancada.

Ortega creía advertir un contraste entre los europeos, empeñados en *hacer*, y los argentinos, empeñados en *ser*. Por un lado, una vida abierta al mundo, a los demás, a una constelación de fines exteriores a ella. Por el otro, una vida ensimismada, revertida sobre sí misma, en la que el sujeto que la vive permanece consagrado a la construcción de su propio personaje. Un europeo, en la visión de Ortega, elige ser escritor porque quiere escribir. Un argentino elige escribir porque quiere ser escritor.

Esta visión puede ser acertada o no como caracterización global de los argentinos —en todo caso creo que es menos acertada hoy que en los años '30—, pero muerde sin duda sobre la realidad, si se enfoca con ella a la extrema izquierda, argentina o europea.

Un político revolucionario es un hombre que quiere hacer la revolución. Un militante de extrema izquierda es un hombre que quiere ser un revolucionario. Y hay considerables diferencias entre las motivaciones que llevan a construir en el mundo exterior una revolución y las que llevan a construir en uno mismo una personalidad revolucionaria.

Un político revolucionario, con su vida proyectada hacia una revolución entendida como fin que lo trasciende, está espiritual y psicológicamente disponible para asumir, a partir de la experiencia histórica, la creencia de que el camino hacia la revolución pasa por una coexistencia pacífica compartible con Willy Brandt, por un programa mínimo que lo asocie con Andreotti, o por las vías institucionales de la democracia parlamentaria y pluralista.

Para un militante de extrema izquierda, en cambio, la tarea de construirse autocontemplativamente una personalidad revolucionaria requiere otros ingredientes. La contemplación, autopracticada o buscada en otros a propósito de uno mismo, necesita un obje-

to claramente visualizable, audiovisualmente más atractivo.

Mientras que en un político revolucionario la tarea de hacer una revolución le exige a veces ofrecer de sí mismo la desteñida imagen de un concejal, la de construir una personalidad revolucionaria reclama colorido, brillo, una arquitectura de signos y símbolos asimilables a la temática de los *posters*.

Frente a la necesidad de hacer la revolución, que se resuelve en el universo de la política, la necesidad de dejar teñida en el universo de la imagen, reducida a pura iconografía: el birrete guerrillero, la estrella de cinco puntas, los brazos en alto enarbolando ametralladoras.

11

No es necesario precisar que la descripción de este narcisismo revolucionario es también, en gran medida, una descripción de Montoneros, con su sanguinolento folklore, sus redobles guerreros, su gesticulación militar.

El narcisismo revolucionario necesita, en adición a su imagen, situaciones exteriores que la justifiquen. Su obsesiva visualización de la realidad como fascismo responde también a la urgencia por disponer de un contorno de estímulos a los que sólo pueda responderse con conductas iconográficamente satisfactorias, con movimientos fijables en un *poster* de tema heroico.

En otros términos, el narcisismo revolucionario necesita, de un modo visceral y como componente de su propia identidad, situaciones de violencia. Violencia practicada y violencia padecida. Heroísmo y martirio.

Esta imaginería heroica, cuando se traduce a términos teóricos, construye fabulosas teologías de la violencia, concepciones que asumen la violencia, no como respuesta circunstancial a determinadas condiciones exteriores, sino como una irrenunciable manera de ser.

La violencia no es ocasionalmente aceptada como una imposición externa, sino interiorizada, entrañabilizada, vivida como la expresión de la propia naturaleza y del propio destino.

Nada ilustra mejor esta interiorización de la violencia que el abismal contraste observable entre las imágenes con que construye su iconografía el narcisismo revolucionario y las que acompañan en Italia toda recordación —plástica, literaria o cinematográfica— de la resistencia contra el fascismo y la ocupación nazi.

El *partigiano* rescatado por la iconografía de la resistencia es, básicamente, un civil. El fusil o la ametralladora se agregan extrínsecamente a gastados pantalones campesinos, sacos de oficinistas, raídos sombreros de fieltro y a veces hasta corbatas.

En el *partigiano* presentado por estas imágenes, la violencia aparece asumida como una anormalidad, como un momento extraño al propio programa de vida. Fue necesario tomar las armas y se las tomó, fue necesario matar y se mató, pero no como un acto de autorrealización sino como un doloroso paréntesis.

En la iconografía del narcisismo revolucionario, el arma es intrínseca al personaje. Entronca sin solución de continuidad con el uniforme verde oliva, el birrete con la estrellita, la mirada épica. Pasajera y puramente adjetiva en la personalidad del *partigiano*, la ametralladora es, en cambio, sustantiva y constitutiva de la personalidad de ese revolucionario autocontemplativo del que Montoneros mostró una de las tantas variantes latinoamericanas, quizás la más arquetípica.

Se explica así que, con el triunfo peronista en las elecciones de marzo de 1973 y el ascenso de Cámpora a la presidencia[13], comenzara para los montoneros un

[13] Héctor J. Cámpora, presidente de la Cámara de Diputados durante una parte del régimen peronista de 1946-1955, fue el hombre elegido por Perón para encabezar la fórmula presidencial del movimiento en las elecciones del 11 de marzo

período de raro desasosiego, inadvertido al principio pero palpable a las pocas semanas.

Legalizados, instalados de pronto en bancas parlamentarias, oficinas ministeriales y asesorías municipales, con gobernadores amigos y puntuales mozos que les servían a las cinco de la tarde el café con leche en sus despachos, se vieron repentinamente trasplantados de la iconografía al deslucido mundillo de las concejalías.

A los pocos meses resultaba evidente, para cualquiera que los frecuentara en ese período, que no se soportaban ya a sí mismos. Su identidad se les estaba escurriendo melancólicamente por entre los expedientes de las subsecretarías. Se los notaba cada vez más urgidos a pedir disculpas, a dar explicaciones, a deslizar en oídos extraños confidencias revolucionariamente imperdonables sobre su parque de armas, su subsistente infraestructura militar. La perspectiva de que sus primos hermanos del ERP los calificaran de "reformistas" los aterraba.

---

de 1973. Triunfante en las urnas tras una campaña electoral que se había radicalizado considerablemente bajo la influencia de los montoneros, Campora sólo logró ejercer la presidencia durante 40 días. En reacción a sus vínculos con esa organización, la derecha peronista forzó su renuncia al cargo con el ostensible respaldo del general Perón.

12

En un día de agosto de 1973, se produjo un episodio menor y aparentemente policial que no atrajo demasiado la atención de la prensa. Un joven fue sorprendido por la policía en momentos en que intentaba "levantar" un automóvil. Hubo un tiroteo y el frustrado ladrón, herido de bala, fue internado bajo custodia en un hospital.

Horas más tarde, un grupo armado irrumpió en el hospital, inmovilizó a la guardia y rescató al preso.

Esa noche Paco Urondo[14] estaba invitado a cenar en mi casa, y llegó exultante. "No sabés lo contento que estoy", me dijo. "Esa operación fue nuestra, y salió perfecta. Yo tenía tanto miedo de que nos estuviéramos 'achanchando' en la legalidad. Pero lo de hoy demuestra que no es así."

[14] Francisco Urondo, poeta, cuentista y dramaturgo, ingresó en los últimos años '60 en las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), organización que pocos años después confluiría con Montoneros. Como poeta, que era su condición de mayor relieve en el campo literario, publicó numerosos libros desde mediados de los años '50, incluidos *Historia Antigua*, *Breves*, *Lugares*, *Del otro lado* y otros. Como cuentista se distinguió con *Todo eso*, y *Al tacto*, y como autor teatral, con

Los montoneros venían cumpliendo en aquellos momentos una acción política que presentaba todas las apariencias de una creciente madurez, desarrollando organizaciones de masas, abriéndose hacia los cuatro costados en busca de aliados, promoviendo inclusive un principio de diálogo con el ejército. Pero aquella evaluación de Paco me produjo por primera vez la sensación de que todo esto iba a terminar mal. La inserción montonera en la legalidad iba a terminar sofocada por aquella cola de paja que la acompañaba, por la creciente angustia del heroísmo en receso.

Un mes después de ese episodio, como vikingos rescatados por fin del tedio de la tierra firme para nuevas aventuras guerreras en el mar, los montoneros

---

Muchas felicidades y *Sainete con variaciones*. Su única novela, *Los pasos previos*, fue publicada en 1973, mientras alcanzaba también su máxima intensidad la militancia política de Urondo. Arrestado bajo el gobierno militar del general Alejandro A. Lanusse, a fines de 1972, fue excarcelado en mayo del año siguiente gracias a la ley de amnistía con la que inauguró su gestión el presidente Héctor J. Cámpora. Poco después pasó a desempeñarse durante un breve período como director del Departamento de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Nacional de Buenos Aires. Con el retorno de los montoneros a la clandestinidad, en setiembre de 1974, la vida de Urondo retomó un carácter predominantemente militar. En 1976, murió en una emboscada policial en la provincia de Mendoza. Sorprendido por los agentes de seguridad mientras viajaba en un automóvil junto con otras personas, ordenó a sus acompañantes que huyeran mientras él los protegía abriendo fuego contra los policías. Consumidas todas sus municiones, se mató ingiriendo la pastilla de cianuro que todo miembro de la organización guerrillera llevaba consigo para no caer vivo en n anos de la policía.

fueron convocados a perpetrar y aumir, el 25 de setiembre de 1973, el asesinato de Rucci[15].

"Era algo que necesitábamos", me dijo algún tiempo después un montonero. "Nuestra gente se estaba aburguesando en las oficinas. De tanto en tanto había que salvarla de ese peligro con un retorno a la acción militar."

Una vez más, los montoneros rescataban su identidad y se reencontraban consigo mismos por fuera de la política, con una acción no apuntada a buscar efectos en el mundo exterior sino revertida sobre ellos mismos, como una autoterapia revolucionaria.

[15] José Rucci, dirigente metalúrgico y secretario general de la Confederación General del Trabajo (CGT), era un fiel exponente del peronismo sindical más ortodoxo. Los montoneros lo asesinaron dos días después del clamoroso triunfo electoral que por tercera vez convirtió a Perón en presidente de la República. La conducción montonera nunca reivindicó públicamente esta operación, pero la asumió en comunicaciones internas ante su militancia.

13

Años más tarde, ya ahogada en sangre la aventura guerrillera, la temática y el lenguaje de los montoneros en el exilio sufrió algunos cambios. La exaltación de la propia aptitud para matar a Aramburu o a Mor Roig[16] cedió paso a la condena de la matanza inversa practicada contra la guerrilla por el régimen militar del general Videla.

La obsesión por este tema se comprende en un proceso horrendo como el que ha vivido la Argentina, y es legítima además su utilización para denunciar los sangrientos métodos del régimen militar. Pero siempre creí percibir algo más que un afán de denuncia en esta especie de delectación macabra con que los montoneros describían en detalle los horrores

[16] Arturo Mor Roig, dirigente de la Unión Cívica Radical (UCR) —la mayor fuerza política argentina después del peronismo—, se desempeñó como ministro del Interior durante el gobierno militar del general Alejandro A. Lanusse. Desde ese puesto le tocó conducir el difícil proceso de apertura política iniciado por Lanusse en el cuadro del régimen militar implantado en 1966, y que culminó con las elecciones generales del 11 de marzo de 1973, ganadas por una coalición cuyo eje era el peronismo.

Durante la gestión ministerial de Mor Roig se produjo en la base naval de Trelew, el 22 de agosto de 1972, la matanza de dieciséis guerrilleros presos por obra de oficiales de la armada. En una aparente represalia por este episodio, un comando montonero asesinó a Mor Roig el 15 de julio de 1974.

de la tortura, las espantosas muertes en los campos de concentración.

También la izquierda chilena padeció sufrimientos similares bajo el régimen militar del general Pinochet y los utilizó en el exilio como tema de denuncia. Pero la actitud era distinta, indefinible pero perceptiblemente distinta. Había en la denuncia montonera un "plus" de morbosidad cuya naturaleza era difícil de aferrar, pero que me producía, por lo pronto, una sensación de rechazo.

Me parecía que se estaba desarrollando aquí una nueva y horrible variante del mismo sensacionalismo autocontemplativo que, en otro contexto, se expresó a través del asesinato de Aramburu y de la posterior celebración folklórica de la propia aptitud para cometerlo.

De uno u otro modo, en términos de morbosidad activa al principio y de morbosidad pasiva al final, se estaba subrayando la excepcionalidad montonera. No era ya el viejo canto de "Duro, duro duro, aquí están los montoneros que mataron a Aramburu". Pero era el mismo "aquí están" autoexaltatorio, con el acento de excepcionalidad desplazado de la violencia perpetrada a la violencia sufrida.

No pudiendo ya producir asesinatos sensacionales, los montoneros pasaban a padecer asesinatos sensacionales, preservando aquel nivel de espectacularidad que los definía e identificaba como grupo. Era necesario dejar constancia de que los montoneros, para matar y para morir, eran grandiosas personalidades *fuori serie*.

Se trataba en realidad de una horrorosa utilización del propio martirio —real y terrible— para asegurar la continuidad de un mismo personaje excelso, sobresaliente como sujeto de violencia y sobresaliente como objeto de violencia.

14

A principios de 1976, la conducción montonera anunció la condena a muerte de Roberto Quieto, hasta entonces uno de los líderes máximos de la organización junto con Firmenich. Su secuestro por un grupo paramilitar a fines del año anterior fue seguido por algunos procedimientos represivos que llevaron a presumir una delación bajo efectos de la tortura.

Fundada en este supuesto, la condena fue anunciada a través de un documento que constituía toda una asunción teórica del heroísmo como virtud básica del revolucionario. Quieto fue sentenciado a muerte, en efecto, por no ser un héroe.

Lamentablemente no tengo a mano la declaración y debo omitir, en consecuencia, las citas textuales. Pero la tesis de fondo era la siguiente: El heroísmo es consustancial con la vida revolucionaria. Sólo el heroísmo, en el combate o en el martirio, preserva la naturaleza del revolucionario, inmunizándolo contra las tentaciones del aburguesamiento, del liberalismo, del individualismo.

Implícita en esta tesis yacía naturalmente la concepción del heroísmo como una virtud en ejercicio permanente. No se trataba del heroísmo potencial que en cualquier individuo —liberales y burgueses incluidos— puede exteriorizarse excepcionalmente en alguna situación dramática, como el coraje de arriesgar la propia vida para salvar a los ocupantes de una casa en llamas. Se trataba, por el contrario, de un heroís-

mo militante y metódico, puesto a prueba cada día y necesitado de circunstancias que le aseguraran cotidianamente oportunidades de exteriorización.

Esta necesidad presidió de algún modo en setiembre de 1973 el asesinato de Rucci, asumido como un retorno redentor a la militarización. La misma necesidad habría de llevar a la autoproscripción"[17], anunciada en setiembre de 1974 junto con una declaración de guerra contra el gobierno de Isabel Perón, y, un año después, a la decisión de entrar en operaciones contra las fuerzas armadas a los pocos meses de poner en marcha al Partido Auténtico[18].

Ciertos disidentes del grupo denuncian hoy estas decisiones montoneras como reiteraciones de una misma maniobra política destinada a consolidar a Firmenich y su equipo en la cúpula de la organización. Pero aun así, sólo una conciencia colectiva hechizada por la guerra y enajenada a la violencia como fórmula irrenunciable de autoidentificación explica que haya sido posible adoptar resoluciones de semejante gravedad, y tan indefendibles racionalmente, sin precipitar una desgarradora crisis en el seno de la organización.

[17] Aunque Firmenich y su grupo nunca emplearon el término "autoproscripción", su uso se hizo habitual en la prensa argentina para mencionar la decisión montonera de retornar a la clandestinidad y reanudar la lucha armada dos meses después que la señora de Perón asumió la jefatura del Estado.

[18] El Partido Auténtico fue fundado por iniciativa montonera a fines de 1974, como una suerte de brazo político legal de la organización guerrillera. El gobierno de María Estela Martínez de Perón dispuso su proscripción en noviembre del año siguiente, luego de un sangriento ataque armado llevado a efecto contra una dependencia militar en los suburbios de Buenos Aires (Monte Chingolo). Esta operación, en la que perdieron la vida más de cincuenta jóvenes guerrilleros, no fue reivindicada por los montoneros sino por el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), un grupo armado de extracción trotskista. Las autoridades, sin embargo, insistieron en considerarla como una acción armada conjunta de las dos organizaciones, con lo que se daba fundamento a la decisión de declarar fuera de la ley al Partido Auténtico en su condición de colateral montonera.

15

Una pretendida línea revolucionaria fundada en esta cotidiana necesidad de heroísmo, y de un contexto violento que posibilite su ejercicio, lleva a trazar el camino de la revolución en términos de una metodología para titanes. La revolución se convierte en una proeza de personajes homéricos a la que el hombre común, la masa, no puede tener acceso.

Los montoneros, aprisionados por estas formas wagnerianas de autoidentificación, acababan fatalmente por asumirse como una *élite* nibelunga cuya relación con la masa no podía menos de oscilar entre el paternalismo y la instrumentación.

En 1975, una huelga declarada por los trabajadores de Propulsora Siderúrgica tuvo inicialmente un desarrollo muy combativo, pero fue debilitándose gradualmente ante la intransigencia de la empresa. En determinado momento, el retorno espontáneo a los puestos de trabajo fue cobrando caracteres masivos, y todo indicaba que era inminente el levantamiento del paro en un implícito reconocimiento del fracaso.

Pero intervinieron entonces los montoneros, que en una enésima muestra de su eficacia operativa secuestraron al gerente de la firma y reclamaron a cambio de su vida la satisfacción de las demandas obreras. La empresa cedió.

De pronto, una huelga que parecía condenada al fracaso culminó con un sorpresivo triunfo. Pero un triunfo no de los huelguistas, sino de aquellos seres

prodigiosos descendidos del Olimpo que arrebataron a los obreros el papel protagónico de la lucha. La claudicación de la empresa no fue una conquista obrera sino una gracia paternalista de los semidioses.

¿Podía esperarse de este desenlace otro resultado que el de una menor disponibilidad obrera para futuras batallas sindicales? ¿Valía la pena abandonar el trabajo, corriendo los riesgos del despido, la represión y el hambre en una lucha que podía ser librada y ganada por otros? Además, la posibilidad de que una huelga acabe por caer bajo la sospecha de haber sido organizada en articulación con planes operativos guerrilleros constituye un riesgo que excede las posibilidades de un obrero medio y que pesa como un factor inhibitorio sobre su disposición a participar en un paro.

Poco después del golpe militar que derrocó en marzo de 1976 al gobierno de Isabel Perón, la guerrilla se insertó con un secuestro similar en una huelga automotriz. Al día siguiente, todos los obreros entraron a trabajar.

Una genuina conducción revolucionaria jamás plantea fórmulas de lucha que excedan la combatividad posible del hombre común, de la masa. Si la lucha emprendida a nivel de masa fracasa, se asume la derrota, se medita sobre ella y se utilizan las enseñanzas extraídas de esta meditación para encarar con mayor acierto las acciones siguientes. En esta paciente tarea de recoger y aplicar experiencias sin rebasar el nivel de la combatividad popular se resume toda la historia del movimiento obrero mundial.

Pero los montoneros, cultores de una revolución hecha a medida para superhombres, estaban constitutivamente impedidos de actuar en este cuadro de protagonismo multitudinario. Sus vías de inserción en la masa eran, a la vez, maneras de distinguirse de ella. De

alguna forma había allí una clase media vergonzante, pero aún apegada a sí misma, que utilizaba como inconfesable subterfugio para preservar su diferenciación social aquella heroicidad selecta de las operaciones de comando, en las que el papel reservado a la masa era el de trasfondo o de acompañamiento coral.

16

El maoísmo fue en sus momentos de mayor estruendo un tesoro de tales subterfugios, y no era casual la popularidad que cosechaba en los cafés estudiantiles de Occidente, luego de rebotar contra las fábricas. De Mao extrajo la clase media fórmulas preciosas para preservar en secreto su propia identidad social bajo la apariencia de estar haciendo todo lo contrario.

La de más éxito fue la célebre sentencia del caudillo chino sobre la necesidad de que la guerrilla logre moverse en medio del pueblo como el pez en el agua. Cualquiera que haya sido el contenido que quiso dar Mao a esta aseveración, lo cierto es que el mensaje recogido de ella por millares de jóvenes acomodados con afanes revolucionarios fue el de una revolución susceptible de ser encarada como diferenciada tarea de los peces, con la masa desagradada al destino menor de ser agua, mera circuntancia.

El detalle de que esta historia del pez y del agua figurara entre los *leitmotivs* montoneros sólo formaba parte de la naturaleza de las cosas.

Un revolucionario concibe la revolución como un maremoto, con el agua de protagonista. Pero el extremismo revolucionario de clase media encuentra en la sentencia de Mao la posibilidad de concebirla como una distinguida hazaña natatoria que se sirve del agua para sus propias acrobacias. Porque así como cada paso del caminante instaura una relación de uso con el camino, cada aletazo del pez es un uso que se

hace del agua, la instrumentación de un objeto por un sujeto.

La sentencia de Mao acaba así por dotar de legitimidad revolucionaria al *pathos* señorial y distante de ciertas aristocracias guerrilleras latinoamericanas, incluida en primer término la montonera, cuya aparente búsqueda de inmersión en la masa permanecía aferrada a esa relación de sujeto a objeto, en la que hasta los ademanes de generosidad escondían intenciones utilitarias.

La lógica de las operaciones de comando, que esparcían dadivosamente sobre los humildes donaciones tales como el triunfo regalado desde fuera a los trabajadores de Propulsora Siderúrgica o los víveres distribuidos entre hogares obreros en trueque por la vida de un industrial cautivo, promueve de hecho en el hombre común no una vocación de protagonismo combativo, sino una pasividad entre agradecida y temerosa, que se cifra en presenciar un protagonismo ajeno sin correr con la información a la policía. En esto consiste, sustancialmente, ser agua.

Se trata, en rigor, de un juego tramposo y ambivalente, que hacía del montonero un individuo de doble personalidad. Había, para decirlo con lenguaje hegeliano, un *montonero para sí*, que en teoría apuntaba a estimular la combatividad de masa, y un *montonero en sí*, que en la práctica se orientaba a frenarla, llevando al hombre común a declarar en suspenso su propia combatividad para delegarla en los portentosos nibelungos.

Atrapado por esta dualidad, el montonero se sentía incómodo e inseguro cada vez que su declarado afán de inmersión en el pueblo se orientaba hacia la fábrica, hacia el obrero sindicalizado y entrenado en una tradición de lucha que no lo predispone a cumplir el acto de la delegación. Con mayor desen-

voltura se encaminaba hacia las franjas marginales de la masa, más expuestas a resultar objetos de una relación instrumental y paternalista. El correlato social del montonero en el seno de la masa era, definitoriamente, el *villero*[19].

[19] Son conocidos como "villeros" en la Argentina los pobladores de las llamadas "villas miseria", barrios de viviendas precarias construidas en general por sus propios moradores en terrenos baldíos o áreas periféricas de las grandes ciudades. Las "villas" fueron, en su mayor parte, un producto del movimiento migratorio iniciado a fines de los años '30 como consecuencia del proceso de industrialización.

17

Cuando murió Perón, en julio de 1974, no era difícil identificar a los montoneros en las inacabables colas de la gente que esperaba su turno para desfilar junto a los restos del líder en el edificio del Congreso. Eran colas de gente común, en su mayor parte vivos retratos de lo que Eva Perón describía como "los humildes": ancianas llorosas, mujeres con sus hijos en brazos, trabajadores silenciosos, reclinados contra las paredes o sentados en los bordes de las aceras, a la espera del momento en que les tocara avanzar unos metros más en esas filas que se movían con desesperante lentitud, alternando breves desplazamientos con largas pausas.

Algunas columnas montoneras insertadas en las colas contrastaban con el comportamiento general de la multitud, saliendo marcialmente de cada pausa bajo las órdenes de un virtual sargento que les gritaba: ¡Compañiaaaaaa. . . de frenteeee. . . aaaarrrrr!". En medio de la doliente muchedumbre civil que avanzaba en desorden y arrastrando los pies, los jóvenes guerreros marchaban hacia el cadáver ilustre en formación de combate.

La conducta militar montonera delataba aquí toda su significación secreta al ejercitarse en una circunstancia en la que era del todo innecesaria. Quedaba a la vista que su naturaleza, en el fondo, no era funcional sino expresiva. Daba cuenta de un rango, de un estamento, o de un grupo humano que tenía una

conciencia estamental de sí mismo. La muchedumbre, aparentemente homogénea en las pausas, se estratificaba de pronto en los momentos de marcha, con aislados parches de gallardía marcial recortados sobre ese doliente océano de pies arrastrados.

El militarismo montonero era no sólo una estrategia que concebía la revolución como una operación militar, sino también un estilo, una liturgia, una manera de vivir. Saludos militares, taconeos militares, uniformes militares, y un lenguaje que plagaba de jerigonza militar hasta la planificación de una "volanteada" eran, en verdad, maneras de discriminar la propia naturaleza sobre el despreciado trasfondo de la muchedumbre civil.

Cuando en 1976 la organización montonera resolvió convertirse en "partido", muchos interpretaron esta decisión como un primer paso hacia la superación del militarismo. Pero ocurrió todo lo contrario. Bajo el nuevo nombre, las relaciones orgánicas internas del grupo perdieron de hecho lo poco que tenían de articulación política para asimilarse del todo a la organicidad propia de un cuerpo militar.

La obsesión por subrayar el propio profesionalismo castrense llegó al paroxismo en el exilio, otra de esas circunstancias en las que, como en el velatorio de Perón, la inutilidad de los comportamientos militares dejaba en evidencia sus motivaciones profundas.

Ya en medio de la diáspora, con un cuartel general que deambulaba entre Roma, Madrid, Ciudad de México y La Habana, la conducción montonera reglamentó internamente el uso del uniforme, estilizó el saludo, codificó el lenguaje que debía utilizar cada "oficial" para dirigirse a sus superiores.

El ritual militar alcanzaba su máxima expresión en las reuniones del exiliado Consejo Superior montonero, que ahora debía sesionar con sus miembros cere-

moniosamente uniformados, un requisito cuyo cumplimiento debía sortear algunos problemas desconocidos en los ejércitos convencionales, entre ellos el patetismo de acudir al lugar de cita en autobuses romanos o taxis madrileños con el paquetito del uniforme sobre las rodillas.

El militarismo revolucionario era, con sus grandes fuentes internacionales de prestigio, como la revolución cubana o el general Giap, la manera más apropiada de resolver la contradicción entre la consigna de inmersión en la masa y el escondido afán pequeño-burgués por retener niveles jerárquicos sobre ella. La propia estructura de montoneros subrayaba esta necesidad de autosegregación, con una cúpula militar orgánicamente cerrada y una escala descendente de agrupaciones o frentes de masas que les estaban subordinados.

Había cierto pitagorismo en este aparato, cuya naturaleza era bastante parecida a la de las antiguas órdenes mistéricas, con sus sucesivos niveles de iniciación. Se trataba de una sociedad secreta organizada en círculos concéntricos con distintos grados de acceso a las sagradas verdades de la cumbre. Hasta parecía por momentos que había una ideología para cada círculo.

En el enclaustrado círculo central se profesaba una ideología que sus cultores llamaban marxismo-leninismo y que asumía al peronismo desde un ángulo exterior a él como un gran potencial humano en disponibilidad. "El peronismo es una emoción ideológicamente vacía", me dijo en 1975 un miembro de ese círculo. "Nuestra tarea es la de inyectar ideología en esa emoción".

El círculo siguiente era el de las agrupaciones, insertadas en distintos frentes de trabajo —las universidades, los colegios, los sindicatos, las villas— y provistas todas ellas de una ideología intermedia entre el peronismo histórico y la sabiduría marxista de la cúpula:

un "peronismo revolucionario". Se daba por supuesto en este nivel que el peronismo contenía virtualidades y potencialidades revolucionarias, impedidas hasta entonces de manifestarse por la "traición" de la burocracia o por lo que en una admisión tardía se solía llamar los "errores" de Perón. La misión del peronismo era la de sacar esos contenidos a la superficie.

Un tercer círculo fue durante cierto período el Partido Auténtico, al que se asignó una ideología no muy distante del peronismo a secas. El supuesto que parecía admitirse en este nivel era que el peronismo histórico tenía explícita y no sólo potencialmente contenidos liberadores, desvirtuados más tarde por dirigencias acomodaticias que ignoraban o falsificaban órdenes de Madrid. "Nosotros queremos rescatar la pureza doctrinaria del peronismo", dijo en 1974 un dirigente de este círculo durante una reunión con periodistas, en una aseveración que distaba bastante de aquel peronismo ideológicamente yermo visualizado desde la cúpula.

La estratificada sociedad de la antigua India, con su rígida división en castas, presentó también en algún momento— antes de la reforma del hinduismo monástico— una parecida diversificación religiosa ajustada a su jerarquización social, con un abstracto monoteísmo para la casta brahamánica de la cumbre y una muchedumbre de divinidades sanguíneas y populacheras para los parias. Montoneros parecía reproducir vagamente en su seno esta religiosidad escalafonaria, con Lenin para la cúpula y Perón para la plebe.

Los montoneros utilizaban bastante el concepto de centralismo democrático para justificar la verticalidad de su estructura orgánica, encabezada por un aparato militar en funciones de mando. Pero en los hechos poco o nada había de la elaboración colectiva

que constituye, por lo menos teóricamente, el fundamento de este tipo de organización partidaria.

Las formalidades exteriores del centralismo democrático eran observadas mediante documentos de la conducción que descendían a las bases hasta el nivel de las agrupaciones, para ser sometidos a supuestas sesiones de discusión política. Pero en la práctica estas sesiones no eran puntos de rebote a partir de los cuales el documento volvía a la cúpula enriquecido con observaciones, inquietudes y aportes de la militancia. "Se trataba de simples exámenes orales en los que sólo se buscaba verificar si habíamos entendido el documento", me dijo una militante de agrupación, ahora alejada del movimiento.

Aun en el seno de la propia cúpula montonera era de rigor esta rígida articulación entre órdenes de arriba y obediencias de abajo, denunciada luego con feroz rencor por el grupo disidente de Juan Gelman y Rodolfo Galimberti. El carácter militar de la organización asimilaba sus decisiones a los mecanismos de la verticalidad castrense, identificándolas con el poder de mando concentrado en la oficialidad superior.[20]

[20] El elitismo militar de Firmenich lo llevó a extremar el vanguardismo leninista en términos que llegaban incluso a establecer una discontinuidad orgánica entre el grupo dirigente y la masa. Mientras los partidos comunistas de extracción leninista clásica se conciben a sí mismos como partidos de masa. Firmenich temía que, con la inclusión de conductores y conducidos en un mismo encuadre organizativo, la cúpula quedara expuesta a contigüidades y contaminaciones peligrosas.

"Nosotros pensamos que el partido revolucionario no tiene que ser un partido de masas", dijo Firmenich en una entrevista concedida desde el exilio a la revista *Afrique-Asie*. "Cuando un partido revolucionario se esfuerza en convertirse en un partido de masas, de dos ocurre una: o bien hace pesar el rigor ideológico antes que la unidad política de las masas, y en ese caso no será un partido de masas, o bien diluye su ideología para no dividir a las masas. Y entonces, aunque se haga llamar un partido, será de hecho un movimiento." (*Afrique-Asie*, 30 de octubre de 1978).

18

La gestación de las decisiones montoneras fue siempre un misterio para mí. ¿Qué mecanismos entraban en funcionamiento para elaborarlas? ¿En qué nivel se producían y con qué grado de apertura a la participación de los cuadros inferiores? ¿Había alguna diferencia orgánica e institucionalizada entre las instancias de decisión estratégica y las de decisión táctica?

Estos interrogantes tienen su importancia, pues de las respuestas que se les dé dependerá en gran medida la definición política y cultural del grupo a propósito del cual se la formula. Algunos ejemplos pueden ayudar a precisar el problema.

Paco Urondo, quien podía ser considerado un cuadro intermedio de cierto relieve en su condición de oficial montonero, fue designado a mediados de 1973 comisario político de la organización en el diario *Noticias*, cuyo lanzamiento estaba previsto para el 17 de octubre de ese año. A tal título, me citó un día para ofrecerme la secretaría de redacción del rotativo.

Sorprendido, le recordé mi actitud crítica ante la trayectoria pasada de montoneros, aunque manifestándome al mismo tiempo disponible para cambiar eventualmente de opinión a la luz de las expectativas generadas por la organización con el nuevo curso legal que parecía haber emprendido tras el ascenso de Cámpora a la presidencia. En definitiva, le dije que no podía adoptar una decisión final ante el ofrecimiento sin una previa discusión política en profundidad que me

aclarara la naturaleza del proyecto a cuyo servicio se planeaba lanzar el diario.

Paco estuvo de acuerdo y la solicitada discusión tuvo por escenario, dos semanas más tarde, la sobremesa de una cena que compartimos en mi casa. Concluido el postre, Paco y yo quedamos solos en la antecocina donde habíamos comido, luego que mi mujer arriara a los demás comensales hacia otras dependencias. Nuestra conversación, abundantemente asistida por dos botellas de vino y una de whisky, se internó en la madrugada hasta una hora que el alcohol marginó de mi memoria.

Recuerdo un tortuoso silogismo que me pasó por la cabeza mientras el diálogo se aproximaba a su *black-out* final: Ningún guerrillero responsable se emborracharía con un extraño en tiempos de guerra; Paco está borracho; ergo: los montoneros han optado por la paz.

Esta conclusión, por otra parte, parecía corroborar de alguna manera el largo discurso que acababa de escucharle a Paco, y que en sustancia subrayaba una supuesta opción estratégica ya adoptada por los montoneros en favor de la actuación legal. La guerra había quedado atrás, y se trataba ahora de consolidar el recobrado ordenamiento constitucional reemplazando las armas con la actividad legal.

La argumentación no me convenció del todo. La actividad política aparecía en ella como una línea de acción "priorizada" en la nueva etapa sobre la militar, que resultaba degradada en la escala de las prioridades montoneras, pero no abandonada. Pero de cualquier manera me conformé con la idea de que estaba en presencia de un grupo en transformación, cargado aún de residuos militaristas destinados a desaparecer una vez que la transfiguración se completara. Al día siguiente comuniqué a Paco mi decisión de aceptar el cargo.

Muy pocos días después, los montoneros asesinaban a Rucci, en una operación cuyas posibilidades de calzar en el todavía fresco discurso de Paco eran tantas como las de hacer caber un elefante en un dedal.

Otro ejemplo. En 1975, yo había comenzado a escribir en el diario *La Opinión* una serie de notas pesadamente críticas sobre Montoneros, con las que creo haber contribuido a movilizar en algunos miembros del grupo procesos íntimos de revisión que acabaron por alejarlos de la organización.

Un oficial montonero de rango similar al de Paco me visitó un día en la redacción del diario y me invitó a "discutir políticamente" los temas tratados en mis artículos. Me halagó, confieso, la idea de que la organización creyera tener razones suficientes para intentar disuadirme de insistir en mis críticas.

Acordamos almorzar juntos al día siguiente en un restaurante de la calle Lavalle, con lo que me tocaría participar de una segunda sobremesa política muy parecida, formal y sustancialmente, a la anterior.

Mis artículos habían subrayado la incongruencia entre la decisión montonera de retornar a la lucha armada y los posteriores esfuerzos de la organización por abrir espacios legales para un partido político ostensible y casi declaradamente ligado a la guerrilla.

En uno de los artículos me preguntaba qué insondable tipo de estrategia podía conciliar la campaña entonces en curso por lograr el reconocimiento legal del Partido Auténtico y las paralelas jornadas de piromanía escenificadas por los montoneros en las calles de Buenos aires, con acciones que incluían desde el incendio de dos bares reputados como símbolos de la oligarquía y la destrucción de casi un millar de lanchas de paseo en el Tigre.

Mi interlocutor de la segunda sobremesa explicó que el retorno montonero a la clandestinidad había

sido una necesaria medida de seguridad ante el aumento de la represión, pero que este paso no implicaba una renuncia a la actividad política legal. Se trataba, por el contrario, de posibilitar la acción política garantizándole un mayor marco de seguridad.

En este sentido, me aseguró que Montoneros estaba siguiendo una línea de acción que privilegiaba de un modo absoluto la actividad política y que para no perturbar su desarrollo se había resuelto limitar el uso de la violencia a unas pocas operaciones menores de "apriete" que en ningún caso excederían el nivel de la bomba molotov, es decir, del disturbio callejero más o menos pesado.

Con el concepto de "apriete"[21] explicó y justificó finalmente el incendio de los bares y de las lanchas en el Tigre, afirmando que con operaciones de este tipo sólo se pretendía advertir al gobierno y a los militares sobre lo que podría ocurrir si se cerraban las vías legales para la actuación del Partido Auténtico.

[21] "Apriete" sobresale en la jerigonza montonera como una de las expresiones más reveladoras de los sobreentendidos exclusivistas, discriminatorios y aristocráticos que impregnaban las relaciones de la organización con el resto del género humano.

En síntesis, "apriete" era el nombre que se daba al acto de ejercer presión en forma intimitadoria, pero las circunstancias y modalidades de su utilización denotaban siempre la presencia de dos patrones de medida para evaluar a los miembros de la organización y a los extraños.

En su visualización de estos últimos, aunque se tratara de amigos o de aliados, el montonero sólo percibía deficiencias, debilidades, modos de ser propios de una humanidad subalterna. Montoneros y extraños eran humanidades separadas y en contraste. Entre ambas mediaba la oposición que va del heroísmo a la cobardía, de la fortaleza a la laxitud, de lo excelso a lo execrable, y sus relaciones recíprocas no podían menos de ajustarse a esta disparidad.

Pocos días después de esta conversación, los montoneros entraron en operaciones contra las fuerzas

---

El extraño, el *otro*, siendo un cúmulo de negatividades, sólo podía ser estimulado en función de ellas a desarrollar determinadas conductas o a producir determinadas respuestas. Puesto que *los otros* eran por definición mezquinos, débiles y cobardes, sólo podían ser motivados a conceder favores, considerar propuestas de acción conjunta o concertar alianzas mediante una metodología que operara sobre aquellos defectos. "Apriete" era el nombre de esta metodología.

Los montoneros, sobre todo tras el deterioro de sus relaciones con Perón, explicaban con frecuencia el asesinato de Rucci como un "apriete" dirigido al anciano líder para inducirlo a negociar un nuevo trato con la organización. Cuando un comando montonero mató a Mor Roig, los jóvenes radicales que en la Coordinadora de Juventudes mantenían aún su alianza con colaterales de los montoneros, exigieron a éstos una explicación del crimen. La que obtuvieron consistió en presentar la operación como un "apriete" destinado al líder radical Ricardo Balbín para predisponerlo a observar un comportamiento concesivo en una negociación que el grupo armado planteaba emprender con él.

Recuerdo la reacción de un dirigente montonero al enterarse en el exilio —donde vivía tan compartimentado como en la Argentina— de que el número de su teléfono había sido descubierto casualmente por un extraño. Este, sin embargo, no era un desconocido para el exiliado, de quien había sido inclusive bastante amigo en el pasado. Se trataba además de un hombre conocido por su generosidad, su lealtad, su buena disposición para hacer favores. Había en él, pues, cualidades positivas a las cuales cabía razonablemente apelar para instarlo a no difundir el número telefónico descubierto. Lo que hizo el dirigente montonero fue hacerle llegar por terceros un pedido de discreción, con la advertencia de que podría resultarle peligroso abrir la boca.

Cualquier comportamiento que se pretendiera de un extraño sólo podía obtenerse movilizando cualidades negativas, operando sobre debilidades, ruindades y cobardías. El "apriete" definía este tipo de relación.

armadas por primera vez desde el ascenso de Cámpora a la presidencia, en una rápida escalada de violencia que incluyó el intento de sabotear un buque de guerra, la voladura de un avión militar cargado de gendarmes y finalmente el asalto a la guarnición de Formosa.

Son dos ejemplos de una discursividad montonera en la que no hay cabida imaginable para los actos montoneros que le siguen. Y podría citar otra docena de ejemplos similares. ¿Qué conclusión puede extraerse de ellos?

En ambos casos, los *actos* eran de una magnitud que no permitía incluirlos entre las opciones tácticas previsibles a partir de los discursos que los precedieron. En relación con éstos, encerraban un vuelco estratégico, es decir, una decisión de esas que en los partidos democráticos sólo pueden ser adoptadas en el nivel de un congreso. Y en ninguno de los dos casos funcionó entre el discurso y el acto un mecanismo participativo equivalente al de un congreso que sancionara un cambio de estrategia.

Todos estos eran elementos de juicio que, con motivo de la operación que acabó con la vida de Rucci, me embarcaron en inquietas reflexiones sobre mi conversación de sobremesa con Paco. Las posibilidades eran dos: que Paco me hubiera engañado, presentándome un diseño estratégico montonero que él sabía falso en un esfuerzo instrumental por motivar mi aceptación del cargo que me ofrecía; o bien, que el propio Paco hubiera sido engañado.

En este último caso, era de esperar que Paco recibiera el asesinato de Rucci como una amarga sorpresa, como un *shock* que pusiera en crisis su militancia. Pero nada pude descubrir en su comportamiento posterior que denotara algún estremecimiento en sus convicciones montoneras. ¿Me había engañado, entonces?

Creo que no. Yo estaba seguro de que Paco había

sido sincero en su exposición de aquella noche, como lo estaría más tarde de la sinceridad de su colega en la segunda sobremesa. Mi conclusión era que ambos se movían con arreglo a una lógica distinta de la que me planteaba a mí esa disyuntiva entre creerme engañado por ellos y considerarlos engañados por terceros. Los envolvía un determinado tipo de cultura política en el que la obediencia y la pasividad ante niveles de decisión que los excluían eran asumidos por ellos como conductas que integraban el orden natural de las cosas.

Es lo que ocurre cuando una comunidad militar que no puede o no quiere dejar de serlo ingresa en el universo de la política, trasplantando a este segundo campo de acción los mecanismos decisorios que son propios del primero.

La diferencia entre una comunidad militar y una comunidad política radica en que la primera vive en función de un solo fin estratégico, que por su singularidad no está sujeto a discusión, mientras que la segunda tiene delante un amplio abanico de fines posibles que por su pluralidad son en cambio discutibles, opinables, susceptibles de ser encarados como objetos de una elección.

Sería inadmisible, en el orden militar, discutir la finalidad de derrotar al enemigo. El orden político, en cambio, se distingue por la controvertibilidad de sus fines. La instauración del socialismo, la defensa del ordenamiento democrático, la preservación de un sistema económico-social basado en el privilegio y el establecimiento de un régimen totalitario son, por su pluralidad, orientaciones estratégicas posibles, pero no necesarias. Es posible debatirlas, aceptarlas, repudiarlas, elegir entre ellas. Los fines de la estrategia política son una opción; los de la estrategia militar, un destino.

De ahí que las decisiones militares, por la singu-

laridad e incontrovertibilidad de su fin, puedan adoptarse en la reducida intimidad de un estado mayor, sin ser por ello violatorias de expectativas, derechos o libertades de opción en los demás niveles del aparato castrense. Las decisiones políticas, por la pluralidad de sus fines posibles, son, en cambio, violatorias de tales derechos y libertades, si el ámbito de su adopción es también el de un distante y cerrado estado mayor.

En Montoneros, el trasplante de la verticalidad militar al ordenamiento interno de un grupo político tendió a inhibir todo mecanismo participativo de decisión. La asunción de las modalidades, los estilos y las prácticas militares como propias de la actividad política por parte de toda la organización generó en cada nivel de la militancia un estado permanente de disponibilidad para recibir orientaciones políticas de arriba con el mismo grado de acatamiento con que un sargento recibe órdenes de un mayor.

En toda organización política, son dos las maneras posibles de encarar la elaboración de decisiones: o la cúpula actúa por delegación de la base, entendida como sujeto real de las decisiones, o bien la cúpula absorbe el papel de sujeto, convirtiendo a la base en materia de instrumentalización y de uso. Montoneros era, por antonomasia, un caso de esta segunda variante.

19

En 1965, el entonces comandante en jefe del ejército argentino, general Juan Carlos Onganía, pronunció en la academia militar de West Point un discurso que, si no hizo historia, fue por lo menos en su momento la expresión más acabada de lo que se conoce como la doctrina de la "seguridad nacional".

El discurso se produjo en un contexto histórico cuyos componentes merecen ser señalados. En la década anterior los estrategas del Pentágono habían pasado años buscando la solución de un problema cuya enunciación podría ser la siguiente:

— Los intereses y objetivos de los Estados Unidos y de la Unión Soviética son irreductiblemente antagónicos, y en función de ellos las dos superpotencias están sujetas a las invariables leyes históricas que llevan siempre y fatalmente, en semejantes circunstancias, a una confrontación.

— Iniciada la era del equilibrio del terror y ya en plena operatividad la estrategia de la disuasión nuclear, un choque frontal entre ambos países es imposible.

— ¿Cuál será el nuevo escenario, el nuevo conducto de este choque frontalmente imposible pero históricamente inevitable?

La hipótesis de las guerras convencionales periféricas y por procuración —*proxy wars*—, planteada en la práctica por el conflicto de Corea, fue analizada y considerada finalmente insuficiente ante la imposibi-

lidad de llevar el enfrentamiento por esa vía a una definición.

Henry Kissinger expuso con brillo y gran poder de convicción la hipótesis de la guerra nuclear limitada. A su juicio, precisamente la inevitabilidad de una completa destrucción recíproca en la hipótesis de una guerra nuclear frontal a nivel estratégico abría un margen a la posilidad de un choque nuclear frontal a nivel táctico, ya que ninguno de los contendientes podía percibir utilidad militar alguna en el rebasamiento de este plano[22].

También esta hipótesis fue analizada, discutida y, por último, considerada tan insuficiente como la anterior para fundar sobre ella una estrategia global. Los oficiales del Pentágono estimaron que en ella era todavía demasiado grande la posibilidad de una escalada como para que cualquiera de las dos superpotencias osara encararlo como un riesgo calculado aceptable.

Entre 1959 y 1960, finalmente, se produjeron dos hechos de enorme importancia que habrían de poner fin a estas vacilaciones estratégicas en el Departamento de Defensa de los Estados Unidos:

a) El discurso de Nikita Krushov durante la conferencia de los ochenta y un partidos comunistas celebrado en Moscú en diciembre de 1960. Allí, el líder soviético dejó fijada como prioridad de la política exterior de su país el pleno apoyo a los movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo.

b) La revolución cubana, visualizada con alarma desde el Pentágono como una clamorosa traducción

[22] Henry A. Kissinger, *The necessity for choice*, Harper and Row, Publishers, Inc. 1961.

práctica, a pocas millas de las costas estadounidenses, de la estrategia delineada por Krushov.

En la confluencia de ambos acontecimientos creyeron ver los estrategas del Pentágono la primera delimitación de un nuevo y único teatro de operaciones para una confrontación posible entre las dos superpotencias: la "guerra revolucionaria", con escenario en el Tercer Mundo, y sobre todo en el *hinterland* latinoamericano de los Estados Unidos.

En respuesta a la guerra revolucionaria, vista como nueva estrategia global del mundo socialista, se desarrolló en el Pentagono la elaboración teórica de una estrategia contrarrevolucionaria como correlativa respuesta global de los Estados Unidos.

De alguna manera, se trataba también de una *proxy war* sui generis: los soviéticos delegaban su agresividad en fuerzas subversivas nativas del Tercer Mundo —particularmente de la América Latina— y los Estados Unidos delegaban su autodefensa en los correspondientes ejércitos nacionales.

Tales ejércitos fueron remodelados desde el Pentágono en función de esta guerra inédita. Su óptica defensiva fue invertida para ser concentrada, no ya sobre un enemigo externo frente al cual hubiera que planear una defensa de fronteras territoriales, sino sobre un enemigo interno frente al cual debía encararse la defensa de fronteras ideológicas, políticas y culturales. Un enemigo sinuoso, mimetizado, infiltrado en partidos, sindicatos, universidades, dependencias de la administración pública, diarios, radioemisoras y canales de televisión.

El enemigo se localizaba en el comunismo, pero también en el liberalismo progresista que defendía el derecho de los comunistas a un espacio político, y en el liberalismo de centro que se mostraba permisivo con la permisividad del liberalismo progresista.

El enemigo era, abierta y subterráneamente, consciente o inconscientemente, en acto o en potencia, la *civilidad*.

En este marco, la defensa nacional empezaba por ser, en el militar, una rigurosa tarea de autodefinición por contraste. El militar se asumía a sí mismo, no ya como parte funcional de una comunidad nacional homogénea en su naturaleza, sino como titular de una naturaleza distinta y específica, antagónica a la del enemigo declarado, pero también a la debilidad, la blandura, la indisciplina, la inconciencia y la penetrabilidad que, en distintos niveles y con distintas gradaciones, hacen de toda la amorfa masa civil un enemigo potencial y objetivo.

Definido el enemigo como una ideología, el militar ideologiza su propia naturaleza. Su misión no se cifra ahora sólo en el manejo de armas sino también en la profesión y la custodia de un ideario, una cultura, una manera de ser. La defensa nacional —o la seguridad nacional— pasaba a reposar sobre un nuevo concepto militar de nación que la hacía consistir no ya en un territorio patrio sino en un sistema de vida, una cosmovisión, un repertorio de cosas en que creer y de cosas que conservar.

Frente a un enemigo solapado y ubicuo, ostensible sólo a ratos y camuflado la mayor parte del tiempo bajo las más variadas manifestaciones políticas, sindicales, culturales o recreativas de la civilidad, la defensa nacional estriba en vigilar y aplicar correctivos a esa inestable masa civil, fijarle un destino y trazarle un camino flanqueado de signos viales de permisos y prohibiciones.

Los militares podían librar guerras convencionales desde posiciones subordinadas al poder civil. Pero la guerra revolucionaria era por definición una contienda que las fuerzas armadas sólo podían librar

desde el poder, con la civilidad subordinada a ellas.

Este era, en síntesis, el trasfondo de la estrategia expuesta por el general Onganía en su conferencia de West Point. Como última reserva de la nacionalidad y depositarias del ser nacional, las fuerzas armadas están llamadas a ejercer por naturaleza la conducción estratégica del país, estableciendo para la tarea menor y cotidiana de la conducción táctica un determinado repertorio de fines y delimitando un determinado margen de opciones para alcanzarlos.

Otra noción contenida en la conferencia de Onganía era la de hacer coincidir la diversificación entre conducción estratégica y conducción táctica, con una articulada estratificación entre poder militar y poder civil.

Para la seguridad nacional, la instauración de un poder militar no era menos importante que la necesidad de preservarla y de asegurarle continuidad, ahorrándole el desgaste de una intervención directa en los primeros planos de la conducción táctica, o sea, en el gobierno formal de la nación.

Sólo en excepcionales situaciones de emergencia debían avanzar los militares sobre los resortes del poder formal para desempeñar de un modo abierto y directo las tareas de gobierno. Fuera de estos paréntesis críticos, las fuerzas armadas debían permanecer replegadas en las alturas de la conducción estratégica, delegando los subalternizados quehaceres tácticos del gobierno en un elenco permitido y pasivo de fuerzas civiles, constreñidas a moverse entre las opciones delineadas por los militares[23].

[23] En el contexto de la vida política argentina, agitada por constantes golpes, contragolpes y planteamientos militares, la exposición de Onganía en West Point pretendía fundamentar un riguroso profesionalismo castrense que llevaba implícita

Bajo la vigencia de la guerra revolucionaria, la comunidad nacional quedaba desdoblada así en un sujeto militar y un objeto civil. La pasividad civil consistía, por momentos, en desaparecer del escenario

---

una condena de toda invasión militar de competencias que son propias del poder civil. Ocurría, sin embargo, que esta consigna de prescindencia militar en el orden de las tareas inmediatas de gobierno apuntaba en realidad a precisar la definición del papel central que asignaba Onganía los militares en la conducción estratégica del país. Un estudioso francés de la vida militar argentina presentó este enfoque de la siguiente manera:

"Se trataba, en realidad, de un profesionalismo muy atemperado, de un legalismo puramente condicional. El 'comandante en jefe' (no era necesario especificar de quién se hablaba, todo el mundo en la Argentina lo sabía) precisó su pensamiento en un señalado discurso pronunciado en West Point en ocasión de realizarse la 5a. Conferencia de Ejércitos Americanos. Lo que a partir de entonces se llamó la 'doctrina Onganía' no podía reducirse al simple respeto de la obediencia constitucional. Desde luego, las Fuerzas Armadas, son al decir del general, 'apolíticas, obedientes, no deliberantes y subordinadas a la autoridad legítima'. 'Brazo armado de la Constitución', no podían sustituirse a la voluntad popular. Pero al incluir entre sus objetivos, en el marco de la división interamericana del trabajo militar y de su proyección ideológica, 'preservar los valores morales y espirituales de la civilización occidental y cristiana', el comandante en jefe argentino amplía considerablemente su función constitucional. El apoliticismo de las Fuerzas Armadas implica, por consiguiente, que no podrían apoyar un gobierno cuya política contradijera sus misiones fundamentales, así definidas. El discurso de West Point precisa que la obediencia debida cesa absolutamente 'Si se produce al amparo de ideologías exóticas un desborde de autoridad que signifique la conculcación de los principios básicos del sistema republicano de gobierno o un violento trastrocamiento del equilibrio e independencia de los poderes'. 'La ciega sumisión al poder establecido' ya no es admisible en tal caso." (Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Emecé Editores S.A., 1982, segundo tomo, p. 231).

cuando sobrevenían los procesos críticos, y, por momentos, en ocuparlo como mero conjunto de piezas instrumentalizadas desde los mandos castrenses.

A esta altura, la comparación es inevitable. Suprímase de toda la descripción anterior los nombres identificatorios, y no se sabrá si se está describiendo a los militares de la seguridad nacional o a los comandos montoneros. Unos y otros se parecen como dos gotas de agua en los contenidos faraónicos de su autoconciencia y en la manera de concebir sus relaciones rectoras, paternales, correctivas y manipuladoras con los hormigueros de la civilidad.

En nada difiere el destino asignado por Onganía a las fuerzas política civiles como precarios delegados tácticos de una conducción estratégica militar y el pobre papel del Partido Auténtico con su congreso teleguiado de Córdoba o el de los frentes de masas entregados sin consulta previa a la voracidad de las parapoliciales por la decisión militar montonera de la "autoproscripción".

Gran parte de la violencia que ensangrentó a la Argentina en los últimos años '60 y en la década del '70 fue así una contienda entre dos simétricos totalitarismos militares, que asimilaban toda actividad política a las leyes de la guerra y que mantenían utilitariamente regimentadas a sus respetivas civilidades en el papel de escuderos.

20

En mayo de 1973, mientras Montoneros y las FAR [24] afloraban por primera vez a la superficie en las tumultuosas manifestaciones callejeras que siguieron al ascenso de Cámpora a la presidencia, un periodista in-

[24] Las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) se gestaron a fines de la década del '60 en torno de un núcleo guerrillero de extrema izquierda formado inicialmente para engrosar las fuerzas de Ernesto Guevara en Bolivia, proyecto que se frustró por el temprano colapso de la insurrección guevarista en ese país.

Bajo la orientación de Carlos Olmedo, las FAR hicieron su primera aparición pública en la argentina a mediados de 1970, ocupando durante algunas horas la localidad de Garín, en la provincia de Buenos Aires. Asumieron la responsabilidad de esta acción en un comunicado que constituyó al mismo tiempo el documento de presentación del grupo, que todavía no se calificaba a sí mismo de peronista.

El grupo asume el peronismo en documentos posteriores, y a tal título opera durante tres años en estrecha alianza con Montoneros, una organización guerrillera de extracción católica que anunció públicamente su propia existencia con el secuestro del general Aramburu, pocas semanas antes de la operación de Garín. En contraste con la matriz marxista de las FAR, Montoneros extrajo buena parte de su militancia y de sus cuadros directivos de organizaciones políticas ultraderechistas.

En 1973, las FAR y los montoneros concluyeron un pacto de fusión que estipulaba, entre otras cosas, la desaparición de la primera sigla. Las dos corrientes ahora unificadas sobrellevarían en adelante la denominación de Montoneros.

glés me pidió que lo asesorara en la extenuante tarea de comprender al peronismo.

"A ver si he entendido bien", me dijo. "En el expectro político interno del peronismo, Perón vendría a ser el 'centro'. Luego está la extrema derecha fascista representada por los montoneros, las FAR y la Juventud Peronista..."

Aquí lo interrumpí para explicarle que en esta apreciación se equivocaba. Le dije que los montoneros y las FAR eran, en todo caso, radicales de izquierda, admiradores de la revolución cubana y del general Giap. Le señalé que las FAR estaban integradas incluso por grupos que se habían formado seis o siete años antes para incorporarse a la guerrilla de Ernesto Guevara en Bolivia.

Le expliqué, finalmente, que todos estos sectores, agrupados en lo que se conocía entonces como la "Tendencia", se habían fijado como meta el socialismo, convencidos además de que no había otro camino para alcanzarlo que el de la lucha armada.

La conversación concluyó con mi amigo inglés tan sorprendido de descubrir que los montoneros no eran fascistas como yo de encontrar que alguien pudiera creer que lo eran.

Y, sin embargo, reflexionando luego sobre esta charla, llegué a la conclusión de que el malentendido no había sido casual. Más tarde llegaría incluso a preguntarme en qué medida se había tratado realmente de un malentendido. De hecho aquella reflexión fue el punto de partida de las meditaciones que aquí estoy tratando de dejar escritas.

Yo podía, por supuesto, describir a los montoneros como "radicales de izquierda" porque conocía su trayectoria, sus documentos, su definición de sí mismos. Pero traté de imaginar qué criterio de evaluación podía aplicar una persona que ignoraba todo

aquel contexto. Una persona que, como el periodista inglés, no disponía de otro dato para inferir la identidad política de Montoneros que el de aquellas rugientes manifestaciones juveniles en las calles de Buenos Aires.

Mi amigo inglés era un hombre de cierta edad, que había conocido la sombría Europa de preguerra. Y cualquiera que hubiera visto las *adunate* fascistas en la Italia de Mussolini no podía menos de encontrar en las marchas montoneras cierta atmósfera común, cierta afinidad con la simbología, los lemas, el folklore de lo que fue el *squadrismo* italiano de la primera hora en los violentos días que siguieron a la concentración inaugural de la plaza de San Sepolcro, en Milán.

Recuerdo que yo mismo me vi remitido a inquietantes evocaciones al escuchar en las manifestaciones montoneras estribillos tales como: "Con los huesos de Aramburu /vamo' a hacer una escalera / para que baje del cielo / nuestra Evita montonera". O bien: "Con el cráneo de Aramburu / vamo' a hacer un cenicero / para que apaguen sus puchos / los comandos montoneros".

Treinta años antes, yo había oído algo parecido en boca de los camisas negras: "Con la barba di Ciccotti / noi faremo spazzolini /per pulire gli stivali / di Benito Mussolini".

Detrás de todos estos estribillos —los montoneros y los fascistas— uno advierte el mismo esquema mental, la misma asunción de la propia capacidad de matar, herir o humillar como fuente de júbilo y de emociones placenteras.

21

Aquel contraste entre lo que mi amigo inglés *veía* en la objetiva conducta montonera y lo que yo *sabía* de los testimonios y las definiciones que daban los montoneros de sí mismos me lleva a recordar un curioso experimento llevado a efecto en los años '60 sobre la base de discordancias similares en algunos sectores del ejército argentino.

Al promediar aquella década se especuló bastante en la Argentina sobre la supuesta existencia de una corriente militar "nasserista". Era casi imposible, sin embargo, encontrar en esos años algún oficial del ejército que aceptara esa definición.

A un experto en cuestiones militares argentinas se le ocurrió entonces un *test* destinado a demostrar que la resistencia de muchos oficiales a declararse nasseristas no se debía a que no lo fueran sino a que ignoraban el carácter nasserista de sus propias posiciones políticas.

La iniciativa del *test* partía de la premisa de que uno podía ser nasserista sin saberlo. Ser nasserista significaba en los hechos abogar por determinadas soluciones concretas para determinados problemas concretos. Y el *test*, en consecuencia, consistía en presentar a varios oficiales una lista de preguntas orientadas a descubrir, a través de las correspondientes respuestas, la posición de cada uno de ellos ante un repertorio clave de problemas, pero sin explicar en momen-

to alguno el término "nasserismo" ni revelar a los interrogados la finalidad del cuestionario.

Se les preguntaba, por ejemplo, si estimaban que el Estado debía controlar los resortes básicos de la economía, si pensaban que el ahorro interno debía desempeñar un papel más importante que el del capital extranjero en la promoción del desarrollo nacional, y cosas por el estilo. Se sobreentendía, por supuesto, que una determinada manera de responder a tales preguntas componía de hecho el cuadro de un ideario nasserista.

Completado el *test*, los interrogados cuyas respuestas se ajustaban a este esquema recibían del experto que había ideado el experimento la revelación de su sorprendente identidad política. Así, muchos oficiales se descubrieron "nasseristas" con la misma perplejidad con que el burgués gentilhombre de Molière descubrió un buen día que se había pasado la vida hablando en prosa.

Recordando esta experiencia, me detengo a veces a pensar en los resultados que podrían extraerse de otro *test* hipotético basado en el mismo supuesto de la distinción entre lo que se es y lo que se cree ser, y cuyo desarrollo podría ser el siguiente:

1. Enumerar todas las actitudes, inclinaciones, necesidades, prácticas y modalidades operativas que han sido descritas aquí como componentes de la conducta montonera, pero sin mencionar a la organización.

2. Pedir luego a un observador independiente que, a partir de tales datos, identifique políticamente al sujeto de aquella conducta.

Se le presentaría así al observador la descripción de un comportamiento cuyos componentes serían:

— Concepción heroica de la historia.
— Glorificación de la acción directa.
— Necesidad visceral de la violencia como fuente de autoidentificación.
— Asunción festiva de la propia violencia a través de un folklore que la exalta como motivo de placer.
— Militarización del propio estilo de vida.
— Un hipertrofiado voluntarismo que hace residir la posibilidad de una acción, no en la presencia de determinadas condiciones exteriores, sino en las excepcionales potencialidades de la propia personalidad.
— Visualización de los grandes cambios históricos como obra de minorías superdotadas.
— Visión utilitaria de la relación entre esta minoría llamada a ser el sujeto de la historia y las masas populares.

¿Qué identidad política puede atribuirse a un grupo que presente tales características? No me cabe la menor duda de que, si el *test* en cuestión se hiciera, el observador llamado a pronunciarse no vacilaría en identificar al grupo como "fascista".

Los montoneros, naturalmente, podrían cuestionar el *test* argumentando que los datos presentados al observador han sido arbitraria y tendenciosamente seleccionados, con omisión de otros elementos igualmente identificatorios y no tan sospechosos de fascismo, como las declaraciones, las publicaciones y los documentos de la organización.

Y es cierto. En este test imaginario fue efectivamente dejado de lado o relegado a segundo plano todo lo que Montoneros dice de sí mismo, todos los

componentes del "montonero para sí", por las mismas razones que llevaron al autor del otro test a no buscar en el "para sí" de los militares interrogados la identidad política nasserista que se esperaba encontrar en ellos.

Un "para sí" socialista y revolucionario no es necesariamente indicativo de un "en sí" socialista y revolucionario, ni es necesariamente incompatible con un "en sí" fascista. Si pudiéramos rastrear e identificar todos los componentes de lo que eran "para sí" los hombres que en 1919 se congregaron en Milán alrededor de Mussolini para fundar los primeros *fasci di combattimento*, encontraríamos en la mayor parte de ellos actitudes y predisposiciones mentales muy distintas de las que habrían de componer, un veintenio después, la imagen final del fascismo.

Encontraríamos inclusive un ideario no demasiado distante del que presentaban en la década de 1970 los montoneros argentinos: aspiraciones a promover grandes reformas sociales y hasta socialistas, teorizaciones sobre la violencia como la vía más apropiada para imponerlas, y asunción de esta voluntad de cambio en el marco de un frenético nacionalismo que llevaba a detestar toda versión internacionalista del socialismo como una forma que hoy llamaríamos "cipaya" de subordinación a influencias y modelos foráneos.

Cuando Pietro Nenni, en una fugaz confluencia con la marejada mussoliniana, fundó en 1919 los *fasci di combattimento* de Bolonia, no lo hizo impulsado por una conversión subjetiva a la "extrema derecha". Millares de hombres como él vivieron aquellas confusas y turbulentas experiencias del fascismo naciente como un proceso de unificación de lo que había sido durante la primera guerra mundial la izquierda intervencionista y patriótica, inmune a las apelaciones pacifistas del socialismo internacional; en suma,

lo que en el universo ideológico de los montoneros se llamaría hoy una "izquierda nacional".

Es de una vital importancia rescatar para la conciencia histórica del proceso que vivió Europa entre las dos grandes guerras aquellos elementos de un "para sí" revolucionario que figuraban entre los móviles del fascismo original.

El cine italiano de posguerra, por ejemplo, ha desempeñando a veces un papel algo confusionista en el tratamiento del "veintenio". Muchas películas italianas sobre el fascismo, pensadas y realizadas con el propósito de presentar un alegato antifascista más que con la finalidad de precisar la verdad histórica, incurren en el error de homogeneizar la naturaleza del fascismo a lo largo de toda su trayectoria. De este modo, las características que exhibía el fascismo en 1940, ya como producto histórico terminado, aparecen retrospectivamente proyectadas sobre los debutantes camisas negras de 1919 o 1920, escondiendo o ignorando así ciertas fórmulas de autoconciencia revolucionaria, anticapitalista y "antisistema" que presidieron en muchos casos la decisión de ingresar en las filas mussolinianas.

Aun en 1943, cuando Mussolini acababa de fundar en el norte de Italia la República de Saló, había viejos fascistas de la primera hora que vivieron ese acontecimiento como un posible retorno a lo que concebían como las originarias fuentes "antiburguesas" del movimiento.

Recuerdo haber oído cómo uno de ellos, al difundirse la noticia de que Mussolini había sido rescatado de su cautiverio en el Gran Sasso por los comandos de Otto Skorzeny, comentó que "ahora el Duce, libre por fin de la traición de la monarquía y de los plutócratas, estará en condiciones de hacer lo que

debió haber hecho desde el comienzo: la socialización de Italia".

Otros fascistas, opulentos y no tan de primera hora, escucharon con perplejidad y reprobación el comentario, en el que afloraban, sin embargo, supervivencias de aquellos bolsones ideológicos izquierdizantes que integraban en 1919/20 el mosaico del fascismo urbano, fuentes de pasajeras ilusiones para tantos hombres como Nenni.

Ignorar estos contenidos de "izquierda" en los momentos embrionarios del fascismo lleva a inhibir la capacidad de reconocer e identificar los gérmenes de fascismo que a veces aparecen alojados en ciertas formas de autoconciencia izquierdista.

El fascismo histórico y final fue el desarrollo de dos o tres elementos clave que en el momento de su gestación se hallaban insertados en un contexto ideológico que también incluía, confusamente, motivaciones revolucionarias. Uno de aquellos elementos, quizá el principal, era la violencia, la violencia interiorizada y convertida en estilo.

Asumida como objeto de culto, con aditamentos militaras, simbologías guerreras y urgencias por crear o imaginar circunstancias que justifiquen su ejercicio, la violencia *siempre* es fascista, aun cuando la acompañen envoltorios de fraseología revolucionaria.

22

Transcribo una reflexión de Umberto Eco:

"Nos ocurre de tanto en tanto tener que explicar a otros o a nosotros mismos lo que es el fascismo. Y nos damos cuenta de que es una categoría muy esquiva: no es sólo violencia, porque ha habido violencias de varios colores; no es sólo un estado corporativo, porque hay corporativismos no fascistas; no es sólo dictadura, nacionalismo, belicismo, vicios comunes a otras ideologías. A menudo corremos, incluso, el riesgo de definir como 'fascismo' la ideología de los otros. Pero hay un componente a partir del cual el fascismo es reconocible en estado puro. Dondequiera que se manifieste, sabemos con absoluta seguridad que de esa premisa no podrá surgir otra cosa que 'el' fascismo: se trata del culto de la muerte.

"Ningún movimiento político e ideológico se ha identificado tan decididamente con la necrofilia erigida en ritual y en razón de la vida. Muchos mueren por sus propias ideas y muchos hacen morir a otros, por ideales o por intereses, pero cuando la muerte no es considerada un medio para obtener otra cosa sino un valor en sí, tenemos entonces el germen del fascismo y tendremos que llamar fascismo todo lo que se convierte en agente de esta promoción.

"Hablo aquí de la muerte como un valor que se afirma por sí mismo. No me refiero a la muerte para la cual vive el filósofo, quien sabe que en el trasfondo

de esta necesidad, y a través de su aceptación, cobran sentido otros valores; ni me refiero a la muerte del hombre de fe, que no reniega de su propia mortalidad sino que la juzga providencial y benéfica porque a través de ella alcanzará otra vida. Me refiero a la muerte sentida como 'urgente', como fuente de júbilo, verdad, justicia, purificación, orgullo, sea la causada a otros, sea la causada a uno mismo."[25].

Eco trata de morder aquí sobre la especificidad del fascismo con una definición que también desentraña —como intuyó mi amigo el periodista inglés— un componente específico de Montoneros. Se diría que ambas cosas comparten, al margen de las diferencias adjetivas que pudiera haber entre ellas, un factor identificatorio final que los hermana y confunde.

El componente decisivo en uno y otro caso es siempre la violencia, aunque Eco parezca descartarla por considerarla demasiado genérica para peculiarizar al fascismo y prefiera localizar aquel factor identificatorio en la adoración de la muerte. No se trata aquí de la muerte entendida como extinción natural de la vida, como ineluctable desenlace biológico, sino de la muerte "causada a otros o a uno mismo". Es decir, en definitiva, un acto de violencia. Una muerte que sólo de la violencia extrae su significación como fuente de "júbilo, verdad, justicia, purificación", y en la que encuentra, a su vez, la violencia su expresión suprema, su más alto grado de autorrealización.

Al reemplazar la violencia por la adoración de la muerte como clave última de la identidad fascista, Eco sólo está diciendo que el fascismo "en estado puro" no se define por una violencia a secas —categoría

[25] Umberto Eco, *Ma perche questa voglia di morte?, La Repúbblica*, 14 feb. 1981.

que puede incluir la del *partigiano*, por ejemplo—, sino por la violencia "plena", llevada a su variante extrema —el homicidio— y asumida en este nivel como sustrato no ya de un valor utilitario y práctico, sino de un valor inmanente y absoluto.

Esta violencia cargada de valores propios, que encuentra en la muerte la *joie de vivre*, es la que uno reconoce en el folklore, la temática, el estilo y la cultura de los montoneros. Un estribillo como: "Oy, oy, oy, qué contento estoy. Aquí están los montoneros que mataron a Mor Roig", sólo puede emanar de emociones fascistas.

De ahí que resulte incorrecto, en último análisis, intentar juicios críticos acerca de los montoneros a partir de las clásicas apreciaciones sobre la legitimidad o ilegitimidad de determinados medios para alcanzar determinados fines. Decir, por ejemplo, que los montoneros son condenables porque sujetan su conducta al principio de que "el fin justifica los medios" significa acreditarles una opción por la violencia en el plano de los "medios", lo que implica, a su vez, dejar a salvo el crédito de su declarada opción por el socialismo en el plano de los "fines". Y no es exactamente éste el caso.

Recuerdo haber disentido sobre el tema en una conversación con Ernesto Sábato, quien formuló a propósito del comportamiento montonero un juicio de rechazo planteado precisamente en términos de aversión a la idea de que el fin pudiera justificar los medios. Le dije que, a mi parecer, este juicio no se adecuaba a la naturaleza de la cosa juzgada, ya que en el caso de los montoneros estábamos en presencia de algo mucho más terrible: una conducta en la que el medio justifica el fin.

Me pregunto cuál habría sido la reacción de los montoneros si en 1973, cuando el guerrillerismo ar-

gentino vivía su momento de mayor euforia, hubiera sido posible demostrar matemáticamente, con el mismo grado de rigor e incontrovertibilidad con que puede demostrarse el teorema de Pitágoras, la existencia de una vía pacífica hacia el socialismo, la posibilidad de acceder a un ordenamiento socialista sin golpes de mano, operaciones, de comando, secuestros sensacionales, asesinatos espectaculares, llamamientos a la guerra popular y exhibiciones de ametralladoras.

Si fuera posible apostar retrospectivamente sobre el caso, yo apostaría a que, para la mayoría de los militantes montoneros, el efecto de la demostración no habría sido el de alejarlos de la violencia, sino el de desprestigiar ante ellos al socialismo.

La conducta montonera, en este sentido, no se define por la elección de un medio "malo" para alcanzar un fin "bueno", sino por la idolatría del medio elegido[26]. Asumido como objeto de culto y como fórmula de autoidentificación, la violencia queda atada a una lógica que la descalifica como medio, a la vez que descalifica como "fin" al socialismo, que resulta convertido en mera coartada.

El culto de la violencia es inseparable del culto de la muerte. La segunda es la culminación consagratoria de la primera. Los valores inmanentes atribuidos a la violencia fructifican en la asignación de valores absolutos a la muerte, en una macabra operación axiológica que implica, a la vez, necesariamente, relativizar el valor de la vida.

[26] Giuseppe Fiori, en su biografía de Gramsci, utiliza la expresión "idolatría del medio" para caracterizar el extremismo insurreccional de Amadeo Bordiga en los primeros tiempos del Partido Comunista de Italia (Giuseppe Fiori, *Vita di Antonio Gramsci*, Laterza, 1977, p. 205).

Nada mejor que esta operación para dejar en evidencia hasta qué punto la idolatría del medio invalida al fin, hasta qué punto la violencia revolucionaria, elegida como estilo y como criterio de autodefinición revolucionaria, deforma, desvirtúa y desnaturaliza el fin socialista que dice perseguir.

El socialismo es, por lo menos en su ideal "estado puro", la glorificación de la vida, la afirmación de la vida como portadora de valores propios y absolutos, el rechazo de toda relación humana —económica, política, social, cultural— que asigne a determinadas vidas un valor de uso para otras, convirtiéndolas, por vía de esta asignación, en objetos explotables, manipulables o suprimibles.

Bajo el culto de la violencia, y por imperio de su terrible lógica, la vida es globalmente negada como portadora de valores intrínsecos y sometida a una operación discriminatoria entre vidas rescatables y vidas desechables, vidas que valen y vidas que no valen.

Los montoneros ofrecieron en su momento el ejemplo más acabado y horrible de la manera en que esta discriminación operaba automática y hasta inconscientemente como premisa de determinadas conductas.

Cuando la organización decidió en 1974 crear el Partido Auténtico, se lanzó a la captura de firmas para cumplir con la legislación argentina que fijaba como requisito para el reconocimiento legal de una agrupación política la presentación de un número mínimo de afiliados en listas que incluían precisiones sobre domicilios, documentos de identidad y demás señas de cada adherente.

Este requisito no fue aceptado, por ejemplo, por el Partido Comunista argentino, una agrupación a la que puede atribuirse cualquier defecto menos el de descuidar la seguridad de sus militantes. Levantada

la proscripción del PC bajo el régimen de Cámpora, en ningún momento se hizo efectiva la regularización legal del partido, por esta negativa suya a presentar listas de militantes ante la Justicia Electoral, un acción que a su juicio implicaba entregarlos a la policía.

Montoneros, por su trayectoria, tenía objetivamente muchas más razones que el Partido Comunista para observar esta norma de seguridad en sus gestiones por dar vida al Partido Auténtico. Y de hecho las observó, pero no mediante una negativa a presentar listas de afiliados ante la Justicia Electoral sino impartiendo a sus reclutadores de firmas la consigna de "no reclutar militantes". Militantes de Montoneros o de sus colaterales, se entiende.

Aquí estaba operando claramente aquel automatismo discriminatorio entre vidas que valen y vidas que no valen, con la asunción de la seguridad en términos de privilegio que deja al margen de sus titulares una cosificada multitud de pobres diablos manipulatoriamente regalables a los programas operativos de las parapoliciales.

Mientras el colega de Paco Urondo me explicaba empeñosamente los esfuerzos de Montoneros por ceñirse a la acción legal y por consolidar el orden constitucional, centenares de jóvenes reclutadores se valían de explicaciones similares para arrancar firmas a desechables boticarios, vendedores de cigarrillos, ordenanzas y amas de casa en procura de espacio jurídico para el Partido Auténtico.

Obtenidas ya ochenta mil firmas y entregada en paquete esta ignara muchedumbre a la Justicia Electoral, Montoneros se apartó 180 grados de aquellas explicaciones para lanzarse al asalto de la guarnición militar de Formosa en una operación que causó la muerte no sólo de once militantes sino también de un número bastante más elevado de adherentes al Partido Auténtico.

No es necesario decir que de los padrones del Partido Auténtico emergió buena parte de los cadáveres arrojados a zanjones y baldíos por la Triple A[27], víctimas de un asesinato en masa que sólo a medias puede imputarse a esa organización parapolicial. La otra mitad del crimen pesa sobre Montoneros y sus aristocratizantes criterios de seguridad.

[27] Vid. nota 1.

23

Los mismos automatismos discriminatorios delimitaban en Montoneros, y en todas las formas de violencia sacralizada, el concepto de *enemigo*. La violencia, vivida como autorrealización, necesita para su propio ejercicio que el género humano incluya un margen más o menos amplio de individualidades sacrificables.

Esta necesidad proyecta sobre la vida ajena calificaciones que condicionan su valor a factores que le son extrínsecos, pues si la vida valiera por sí misma no incluiría ese margen de sacrificabilidad y la violencia sacralizada quedaría sin coartadas. Un militante de la *Autonomia operaia* italiana dijo cierta vez en una entrevista periodística que el crimen político se justificaba porque "la vida humana no vale por sí sino por lo que se hace con ella".

La vida humana queda sujeta así a un valor no inmanente sino derivado, dependiente de su asociación con determinadas ideas, determinadas prácticas, una determinada manera de ser. El derecho a la supervivencia emana de una serie de atribuciones consagratorias cuya ausencia legitima expediciones de exterminio.

Si soy un cultor de este tipo de violencia, intrínsecamente fascista, más allá de sus excusas ideológicas, mi calificación de una individualidad como enemiga es una operación en la que el factor calificante no reside en los contenidos de esa individualidad sino en mi previa necesidad de tener enemigos. Mi violen-

cia se relaciona con el enemigo como el hambre con el alimento. Una perdiz no es intrínsecamante un alimento cuya condición de tal me estimule a sentir en su presencia un hambre que de otro modo no sentiría. Mi hambre es anterior a la comestibilidad de la perdiz, como mi violencia es anterior a la enemistad del enemigo. Es mi hambre lo que califica extrínsecamente a la perdiz como comestible y me lleva a devorarla. Mi hambre no es una respuesta a la comestibilidad de la perdiz, sino que la comestibilidad de la perdiz es una respuesta a mi hambre.

Así como el hambre necesita delimitar en el mundo un ámbito permanente de comestibilidad, la violencia sacralizada necesita delimitar en el género humano un ámbito permanente de enemistad, que es anterior a las identidades y calidades de los individuos elegidos para llenarlo. A esta calificación primordial y abstracta del enemigo, derivada de mi necesidad de tenerlo, se sobreagregan, a manera de coartadas, calificaciones a menudo caprichosas, desproporcionadas o en todo caso pretextuosas, que asientan la enemistad en reales o supuestas connotaciones objetivas de las individualidades concretas identificadas como enemigas.

En medio de la oleada terrorista que azotaba a Italia en la década de los años '70, un adolescente romano fue asesinado porque llevaba zapatos en punta, moda que se consideraba identificatoria de los fascistas. Sería superfluo subrayar toda la carga de fascismo que contenía este crimen, cometido normalmente desde la "izquierda". Es éste un caso en el que la absoluta irrelevancia de la coartada ideológica deja en descubierto la naturaleza de la violencia ejercitada.

Este mismo trasfondo estimativo era advertible detrás de ciertas evaluaciones y expresiones de deseos que componían los tics discursivos de los millares de

adolescentes agrupados en los primeros años '70 alrededor de Montoneros, la frecuencia y desenvoltura con que se los oía dictaminar: "¡A ése hay que bajarlo!", o con que festejaban la buena nueva de que alguien hubiera sido "bajado". Montoneros había normalizado y automatizado en sus seguidores esta manera de pensar, este estado de disponibilidad mental permanente para el crimen político.

Un militante de la Juventud Trabajadora Peronista, tras escuchar por televisión un comentario de Bernardo Neustadt[28] que le había parecido abominable, me dijo en algún momento de 1975: "Ese tipo es un hijo de puta, un trepador, un oportunista. ¡Ojála los compañeros lo maten, porque es un enemigo!".

Hay, seguramente, dos o tres millones de argentinos que comparten las atribuciones aducidas aquí para identificar a Neustadt como "enemigo", como blanco elegible para el exterminio. No creo que hubiera mayores diferencias entre la estimativa implícita en esta condena de muerte, potencialmente extensible a magnitudes de genocidio, y la concepción nazi que limitaba a un círculo selecto de seres superiores el derecho a la supervivencia, reservando para el resto de la humanidad un destino de instrumentación o de muerte.

La violencia sacralizada, aunque invoque al socialismo como fin, practica por imperio de su propia naturaleza esta división específicamente fascista del género humano en *insiders* y *outsiders* del derecho a la vida. Una división que acaba por modelar estructuras discriminatorias y opresivas en el seno del propio

[28] Bernardo Neustadt, conocido periodista argentino, director de la revista *Extra* y conductor de un programa televisivo de comentarios sobre hechos de la vida política del país.

movimiento que la practica y que inevitablemente habría modelado estructuras discriminatorias y opresivas en el Estado que pudiera haber surgido de su eventual triunfo.

No es imposible que un grupo socialista contaminado de violencia logre destruir autocríticamente este componente, rescatando por esa vía sus propios contenidos socialistas. Pero puede ocurrir también que estos contenidos se escleroticen hasta desaparecer por el desarrollo de aquel componente de violencia. Hubo algo de este segundo proceso en el desarrollo del fascismo histórico. Y me parece claro que algo de esto estaba ocurriendo con Montoneros.

Las sucesivas oleadas de deserciones y disenso que devastaron a Montoneros en el exilio a partir de 1978 fueron en cierta medida, a la luz de testimonios recogidos de muchos disidentes, respuestas a la creciente patentización de aquella *ultima ratio* fascista que prevalecía en la conducción y en la conducta del grupo por vía de su adicción viciosa e irreductible a la violencia.

Las gesticulaciones militares producidas en el vacío por un remoto estado mayor que desde *bunkers* centroamericanos ordenaba a ejércitos inexistentes una contraofensiva de aniquilamiento en la Argentina, mientras el comandante en jefe del grupo diseminaba en fotografía su propia imagen con casco y atuendo de guerra sobre tropicalces trasfondos nicaragüenses, componían hacia fines de 1979 un clásico cuadro de demencia que evocaba los días finales de Hitler en Berchtesgaden.

Este cuadro precipitaba deserciones con sólo dejar a la vista sustratos ideológicos que no eran tan visibles tras los multitudinarios clamores de 1973 por una "Patria Socialista", pero que ya entonces estaban allí, inspirando las conclusiones no tan desencaminadas, después de todo, de mi amigo el periodista inglés.

Tales sustratos no surgieron por generación espontánea. Germinaron en un peculiar humus histórico en el que se entrecruzaban corrientes y culturas políticas distintas, a veces hasta de apariencia contradictoria.

De ese humus formaba parte, por ejemplo, la revolución cubana. Y la verdad es que, al margen de las exaltaciones retóricas de izquierda y las execraciones igualmente retóricas de derecha, poco o nada se ha hecho hasta ahora por precisar objetivamente el papel del cubanismo, con todas sus connotaciones políticas, ideológicas y culturales, en el curso trágico que siguió buena parte de la historia latinoamericana durante el veintenio 1960/1980, y que tuvo en Montoneros una de sus manifestaciones más arquetípicas.

24

Siempre me llamó la atención el hecho de que casi toda la izquierda tradicional latinoamericana, mientras desplegaba ostensibles esfuerzos por disociarse en la práctica del extremismo revolucionario, encaraba con infinitas vacilaciones y muestras de timidez la crítica teórica de la acción desarrollada por Montoneros y otros grupos afines.

En la Argentina, por lo menos, la crítica del montonerismo desde la izquierda se detenía casi siempre en el nivel del mero repudio declamatorio, a veces difícil de distinguir de la retórica condenatoria de la derecha. Nada había en esa postura crítica que se acercara siquiera a la profundidad teórica de la larga polémica desarrollada en su hora por Lenin contra el extremismo eserista ruso.

Creo que entre las razones de esta superficialidad en el tratamiento crítico del tema montonero figuraba de un modo prominente la imposibilidad de intentar una crítica en profundidad del extremismo revolucionario sin tropezar por el camino con la revolución cubana, una vaca sagrada que la izquierda latinoamericana en general se sentía reverencialmente inhibida de tomar por las astas.

Y, sin embargo, la superación crítica del extremismo revolucionario desde la izquierda sólo será posible a partir de una consigna de absoluta claridad en la comprensión del fenómeno y en la caracterización de cada uno de sus componentes. A esta clari-

dad no podrá accederse más que al precio de desatar de una buena vez el temido nudo teórico de la revolución cubana.

25

El primer pecado al que están expuestas todas las revoluciones triunfantes es el de la soberbia. Algunos han tratado de resistirlo, casi nunca con éxito, pero evidenciando por lo menos en algún momento de su trayectoria cierta conciencia del problema. Otras se han abandonado a ella, voluptuosamente y sin reservas. La revolución cubana figura, por antonomasia, entre estas últimas.

La soberbia revolucionaria se desarrolla en dos momentos críticos. El primero es el de la autoglorificación, que produce en la revolución triunfante una versión deformada de su propia génesis histórica a fuerza de depurarla de los componentes impuros, cuestionables o poco decorosos que todo proceso revolucionario incluye. El segundo es el de la postulación de la propia imagen, ya mistificada y adulterada por la autoglorificación, como modelo universal.

A Lenin se le pueden objetar muchas cosas, pero no la de haber caído en esta vanidad. El tuvo conciencia en su momento del peligro que podía representar para la suerte de otros procesos revolucionarios la adopción universal del modelo ruso. De hecho, sus últimos años lo muestran casi obseso por prevenir a los comunistas europeos contra la tentación de ver en la toma insurreccional del Palacio de Invierno —producto de excepcionales e irrepetibles circunstancias históricas— un camino obligado e insoslayable.

El castrismo no nació dotado de esta sabiduría, y, una vez tomado el poder, se dedicó a reelaborar su trayectoria hacia él en una grandilocuente reconstrucción histórica que marginó del proceso todo factor extraño a la épica guerrillera, y cuyo resultado fue el de impedir una conciencia objetiva de los hechos que condujeron al derrocamiento de Batista.

Para cualquier adolescente cubano de nuestros días, cuyo conocimiento de la revolución que lo ha formado no tiene otra fuente que la incontrastada historiografía oficial, puede resultar increíble el dato de que, en la Argentina de los últimos años '50, la primera propuesta de enviar armas a esos valientes jóvenes que se batían en la Sierra Maestra contra la dictadura de Batista no provino de grupo alguno que pudiera calificarse de revolucionario, izquierdista o siquiera popular, sino del almirante Isaac Rojas, un conservador considerado arquetípico del "gorilismo".

La de Rojas, por otra parte, no fue una iniciativa individual, aislada y excéntrica, sino una actitud representativa del estado de ánimo con que la lucha de Castro y sus guerrilleros contra el régimen de Batista era seguida, con matices en más o matices en menos, por todo el orden constituido del hemisferio, incluido el Departamento de Estado norteamericano.

La historia de aquellos días no registra un solo paso efectivo de los Estados Unidos encaminado a frenar, entorpecer o impedir la marcha de Castro hacia La Habana. No entraron en escena los *marines*, como habrían de hacerlo pocos años después en la República Dominicana, ni hubo intervenciones indirectas, como la de 1954 en Guatemala. Fueron muchas, en cambio, las señales de la benevolencia con que la administración de Dwight Eisenhower encaraba el apoyo abierto ofrecido a los revolucionarios cubanos por

gobiernos amigos o tolerados, como el venezolano de Betancourt o el costarricense de Figueres.

La naciente revolución cubana, lejos de ser visualizada en esos días como incubadora de un rabioso estado socialista, aparecía inscrita más bien en la moderada estrategia de la Legión del Caribe, un movimiento que muchos consideraban inspirado secretamente por Washington y que agrupaba a las fuerzas democráticas en lucha contra las dictaduras del área.

Es notoria la trayectoria pendular que ha seguido siempre la política hemisférica de los Estados Unidos. Desde los años '30, por lo menos, la defensa de los intereses norteamericanos en la región se ha venido cifrando alternadamente en la instalación de regímenes dictatoriales y en la promoción de controlables alternativas democráticas a las dictaduras para cuando éstas se desgastaran.

La Legión del Caribe, aun al margen del acierto o del error de las especulaciones que le atribuían una relación vicaria con el Departamento de Estado, calzó de hecho en este segundo momento de la política hemisférica estadounidense. Y la insurrección castrista surgida en el marco de la Legión, con el aval de prestigiosos líderes legionarios, como Betancourt y Figueres, se vio amparada por una clara apuesta de Washington a la posibilidad de ver convertido a Fidel Castro, con semejantes apoyos y acompañamientos, en un Betancourt cubano.

La propia configuración interna del movimiento que sirvió de base al triunfo castrista reflejaba este enfoque internacional del proceso cubano, con hombres como Miró Cardona y Prío Socarrás, entre los aliados de la guerrilla, mientras el Partido Socialista Popular (comunista) se disociaba de lo que a su entender constituía una aventura "putchista" escenificada en la Sierra.

Sobre este telón de fondo, que incluía consentidos campos de entrenamiento en México, consentidos centros de reclutamiento en los Estados Unidos, el activo apoyo de Venezuela y una favorable campaña continental de prensa encabezada por el caluroso procastrismo del *New York Times*, es más que legítimo preguntar si el ascenso de Castro al poder fue realmente una victoria exclusiva de la guerrilla.

Castro, en rigor, llegó victoriosamente a La Habana con todo el *establishment* del hemisferio convertido en su retaguardia logística. Y cuando se es catapultado hacia el poder a partir de una tan colosal base de apoyo, el detalle de que la caligrafía operativa elegida para materializar la toma del poder sea la guerrilla no puede considerarse el componente central del cuadro.

No es posible cuantificar porcentualmente el peso específico de cada uno de los factores que confluyeron en el triunfo de la revolución cubana y sería arbitrario, en consecuencia, asignar a la guerrilla el 15, el 20 o el 25 por ciento del total. Pero con ese total a la vista, la acción guerrillera queda inevitablemente reducida a la dimensión de un factor secundario en el contexto del proceso revolucionario cubano frente a la magnitud de los apoyos internos e internacionales que pavimentaron el camino del castrismo al poder, incluida la autoinhibición de la formidable capacidad represiva que pudieron haber desplegado —y que no desplegaron— los Estados Unidos.

Tras la toma del poder, sin embargo, la soberbia revolucionaria impuso su lógica en la formación de la autoconciencia castrista, rescatando sólo aquel componente menor del proceso para convertirlo en factor único y autosuficiente del triunfo revolucionario, y borrando de la historia todo aquel poderosísimo y *decisivo* conjunto de factores extraños a la guerrilla.

Un fenómeno histórico terriblemente complejo, en el que una vasta alianza interna se articuló con un excepcional esquema de respaldos, avales y permisividades internacionales, fue reducido simplísticamente en su posterior reconstrucción oficial a una pura operación militar, a una heroica y todopoderosa gesta guerrillera que absorbía en sí misma todas las potencialidades, todas las causas eficientes, todos los agentes motores, aportados en realidad por los otros componentes ignorados del proceso.

Semejante falsificación de la propia historia sólo fue posible a precio de insuflar en el concepto de acción revolucionaria un monstruoso voluntarismo. Al quedar excluidas de la autoconciencia castrista todas aquellas definitorias realidades extraguerrilleras que llevaban inscritas las condiciones y posibilidades objetivas de la revolución cubana, ese universo de condiciones y posibilidades fue subrepticiamente transplantado del mundo exterior a la subjetividad del combatiente revolucionario, a la voluntad omnímoda del guerrillero.

El voluntarismo castrista destiló de esta manera una ideología aberrante que prescindía de lo externo, de *lo dado*, en una suerte de inmanentismo revolucionario que hacía de la revolución un producto de la propia y voluntariosa subjetividad. Entre la guerrilla y sus metas, sólo mediaba la portentosa voluntad guerrillera de alcanzarlas, sin abrir crédito a la existencia de mediaciones externas, objetivas, históricas.

La revolución, como hazaña de la voluntad revolucionaria, aparece generando sus propias posibilidades en vez de recogerlas del mundo exterior. En este sentido, la revolución se vive a sí misma como acto puro, y, como tal, ahistórico. Dotado de una factibilidad inmanente y no tributaria de contexto his-

tórico alguno, la revolución termina por ser posible siempre y en cualquier parte, a condición de que haya una voluntad revolucionaria capaz de desearla. Es posible en la Cuba de Batista y en la Venezuela de Betancourt, en la Bolivia de Barrientos y en la Argentina de Illia, bajo el régimen militar brasileño o en la "Suiza de Sudamérica".

Si un intento revolucionario se frustraba en cualquiera de estos escenarios, el fracaso era atribuible, no al peso de condiciones históricas determinadas, sino a fallas internas del combatiente revolucionario, a un déficit de combatividad, de heroísmo, de convicción. No era un problema de condiciones objetivas adversas sino de insuficiencias en la construcción de la personalidad revolucionaria.

Adscritas las posibilidades y condiciones de la revolución a la voluntad del guerrillero, el ejercicio de esta voluntad no podía menos de atribuirse a individualidades colosales. El desenfrenado sobredimensionamiento de la guerrilla como factor de la revolución llevaba forzosamente implícita la promoción del guerrillero a una naturaleza sobrehumana y selecta, discriminada de la humanidad corriente y moliente, la humanidad de la muchedumbre.

El Héroe, el Gran Combatiente —Ernesto "Che" Guevara— es el personaje que sobrelleva los principales acentos de la mitología revolucionaria cubana y cubanista, una mitología que subraya con mayor originalidad y convicción el arquetipo del "Comandante" que el papel de la muchedumbre, pese a la abrumadora presencia de masas en torno del castrismo tras la toma del poder.

Mientras las referencias del folklore castrista a la masa son adaptaciones casi administrativas de la retórica masista del comunismo clásico, sus énfasis más genuinos caen, por ejemplo, sobre los doce sobrevi-

vientes del legendario desembarco rescatado por la historiografía oficial como punto de partida de la gesta revolucionaria cubana. ¡Qué imagen peligrosa la de esos doce héroes, ese puñado de individualidades formidables que habría de cambiar la historia de Latinoamérica![29].

El órgano oficial del Partido Comunista Cubano lleva un nombre que no incurre en la temática de *L'Unità* italiano o de *L'Humanité* francés, denominaciones alusivas a multitudes. Fue bautizado *Granma*, en recuerdo y exaltación de aquel vientre mitológico que parió sobre las playas de Cuba a esos doce semidioses.

La voluntad revolucionaria es como la fe cristiana, que permite mover montañas a quien realmente la tiene. Los titulares de esa fe, capaces de subvertir las leyes físicas en la proeza del milagro, son también unas pocas individualidades superiores, figuras de santoral.

Los titulares de la voluntad revolucionaria comparten de alguna manera esta naturaleza sobrenatural, que les consiente desarrollar acciones no dependientes de condiciones objetivas, actos tan subversivos de la legalidad histórica como puede serlo la fe de la legalidad física.

[29] En 1967, Castro describió su propia revolución como "la Revolución nacida de la nada" en lo que puede considerarse una buena definición del inmanentismo revolucionario. La cita completa es la siguiente: "La Revolución que ha nacido de la nada, la Revolución que ha nacido de un minúsculo grupo de hombres, que ha vivido durante años en la sierra, es una Revolución que tiene un derecho propio a la existencia" (Es posible que la cita no reproduzca con exactitud los términos de la declaración original, pues se trata de una retraducción al español de una versión italiana (N. d. A.). (Fidel Castro, *Per i comunisti dell'America latina, o la Rivoluzione o la fine*, Feltrinelli, Milán, 1967, p. 72).

Hay aquí, como entre el santo y la multitud que lo venera, una dicotomía entre el combatiente revolucionario y el hombre común. La acción, entendida como una relación dialéctica entre un sujeto que la desarrolla y un mundo objetivo que la posibilita, sólo existe en el nivel del hombre común, condenado a elegir entre posibilidades *dadas*, entre posibilidades delineadas por un mundo que lo rebasa. La acción revolucionaria, libre de estas dependencias, es absoluta e indiferente como tal a la solidez de lo externo. El guerrillero, sujeto del inmanentismo revolucionario, produce revoluciones como el santo produce milagros, en un quehacer vedado a la multitud.

Lenin advertía contra esta vanidosa anteposición de la subjetividad revolucionaria al consistente y exigente mundo de los hechos, pasados y presentes, que la condicionan. "Los hechos son testarudos", decía. Para el voluntarismo revolucionario castrista, la única testarudez que vale es la del guerrillero.

26

La revolución cubana, ya deformada, estilizada y descontextualizada de su historia real por obra de la soberbia revolucionaria, fue proyectada luego como modelo sobre el resto de Latinoamérica. Con lo que el castrismo cometió dos pecados en uno: el de querer exportar la revolución cubana, y el de querer exportar, a título de "revolución cubana" una cosa que nunca había ocurrido en Cuba.

"La Revolución Cubana ha demostrado que la guerrilla puede destruir un poderoso ejército profesional. Si lo pudimos hacer nosotros, también ustedes pueden hacerlo!" ¿Quién no recuerda este *cliché* argumental, mil veces reiterado en discursos y declaraciones castristas a lo largo de los años '60? Tal fue el mensaje específico del castrismo a la América Latina, la fórmula del llamamiento cubano a la insurrección continental. Toda una generación fue convocada a luchar y morir en la instrumentación de un modelo operativo que era una lisa y llana falsedad.

Si el llamamiento hubiera sido una exhortación a hacer lo que la revolución cubana realmente demostró que podía hacerse, habría encerrado una serie de recomendaciones bastante más complejas, de alcances bastante más restringidos y de tono bastante más modesto. Habría sido, por lo pronto, un mensaje menos universal, con el elenco de sus destinatarios limitado a quienes estuvieran padeciendo dictaduras similares a la de Batista.

Habría incluido, además, entre otras recomendaciones, la de limitar el objetivo perseguido a la restauración del pluralismo democrático, la de promover una alianza entre todos los sectores susceptibles de coincidir en una acción conjunta para alcanzar esa meta, la de convencer a Washington de que esta acción no apuntaba a lesionar intereses norteamericanos básicos, la de conseguir —bajo la así asegurada benevolencia estadounidense— el respaldo activo de los más poderosos gobiernos del hemisferio, la de combatir siempre con el escapulario en la mano y la de persignarse con horror toda vez que se recibía una acusación de complicidad con el comunismo.

Pero la lógica de la soberbia revolucionaria no podía incluir semejantes recomendaciones en la promoción latinoamericana del modelo castrista, sin reconocer el papel de poderosos factores ajenos a la guerrilla en la historia real de la revolución cubana. Una admisión de este tipo restaría grandiosidad a la guerrilla, cuestionaría la omnipotencia de la voluntad guerrillera, dejaría en descubierto el hecho de que sólo una parcela secundaria de la revolución cubana había pasado por la Sierra Maestra, mientras el resto del proceso que acabaría con Batista pasaba por manejos de cancillería, disponibilidades empresarias y avales de moderadas fuerzas políticas tradicionales.

La promoción de la revolución cubana como modelo universal tuvo que sujetarse entonces a la necesidad de preservar su imagen contra todas estas impurezas —iconográficamente irreproducibles— de la vida real. Y en esta tarea de autopreservación mitológica, el modelo que se lanzó sobre el continente fue el de la violencia omnipotente, el de los "diez, cien, mil Vietnam", el de una guerra mesiánica e imposible, en la que fueron asumidos como enemigos aquellos a quienes el castrismo de la Sierra había tenido a su la-

do como condescendientes aliados y proveedores de municiones.

Millares, digo *millares*, de jóvenes latinoamericanos fueron arrojados a la muerte durante los últimos veinte años al servicio de esta monumental distorsión, como un tributo pagado en sangre al narcisismo revolucionario de La Habana.

Con este rito sacrificial empalma la religión montonera del heroísmo, de la violencia sacramentalizada, de la muerte purificadora, ingredientes de un elitismo militar convertido en fuente de una conducción política estratificante[30].

[30] Sería injusto, una vez localizadas las matrices e inspiraciones guevaristas del montonerismo, no subrayar también las grandes diferencias que, sobre todo en el campo ético, mediaban entre la guerrilla del "Che" y el terrorismo de Firmenich.

La figura moral de Guevara, al margen de cuanto pueda haber de censurable en sus concepciones estratégicas y en su reducción militarista de las luchas políticas, se define a través de episodios como el del ataque ordenado en Bolivia por el "Che" contra un par de camiones del ejército y suspendido a último momento al descubrirse que dormían algunos militares dentro de los vehículos.

Hay un abismo moral entre esta actitud y el canallesco debate desarrollado en el seno de la conducción montonera al proyectarse el atentado de 1979 contra el entonces secretario de Planeamiento, Guillermo W. Klein, quien habría de sobrevivir por milagro junto con su familia a las cargas de dinamita que prácticamente demolieron su residencia. Un documento interno montonero elaborado por el grupo semidisidente conocido como el de "los tenientes" menciona este debate como uno de los fundamentos de la propia disidencia, señalando que entre los puntos en discusión figuraba el dilema entre limitar el atentado al funcionario o matar también a sus hijos, todos ellos niños muy pequeños. El documento atribuye a Firmenich la posición infanticida, mientras deja constancia de la posición disidente fundada en la argumentación igualmente abominable de que la matanza de los niños "nos puede aislar de las masas".

Había en los primeros años del guerrillerismo latinoame-

Se está ingresando aquí en un campo de interrogantes terribles para una cultura de izquierda como la que me llevó a mí a engrosar en los años '60 las falanges latinoamericanas de adoradores y divulgadores de la Cuba revolucionaria. ¿Es posible que las inclinaciones, predisposiciones y prácticas identificadas aquí como fascistoides en su variante montonera sean rastreables hasta la propia revolución cubana?

La pregunta, de cualquier manera, abre quizás caminos inesperados hacia una explicación del para muchos enigmático ensamblamiento que se operó en la ascendencia cultural de Montoneros entre el cubanismo y el otro gran componente del humus histórico en el que germinaron los escuadrones de Mario Firmenich: el peronismo.

---

ricano que siguió a la revolución cubana un "estilo Guevara" que excluía el crimen político, el secuestro extorsivo, el asalto de bancos, el bandolerismo revestido de fines revolucionarios. Muerto el "Che", en 1967, también murió con él esta guerrilla impoluta y romántica. La lucha armada ultraizquierdista se desplazó rápidamente hacia las metodologías mafiosas y el terrorismo de la guerrilla urbana teorizada por Marighela. Los montoneros fueron quizás la variante más arquetípica y sangrienta de este nuevo estilo.

Entre las grandes responsabilidades de Cuba en el drama latinoamericano de las últimas décadas figura la de haber asistido impasible y sin el menor pestañeo crítico a este tránsito entre ambas modalidades de la lucha armada, asegurando a los *killers* de Firmenich el mismo respaldo que dio antes a las aventuras salgarianas de Guevara.

27

En una etapa más avanzada de mi niñez, superada y olvidada ya la obsesión por la botella-duende, viví un período de apasionamiento casi igualmente obsesivo por las adivinanzas. Mis mayores simpatías quedaban reservadas para quienes pudieran contarme alguna; mi primera meta ante cualquier revista que caía en mis manos era la página de las charadas.

Creo que las adivinanzas constituyen, para cualquier niño que caiga como caí yo bajo su encanto, una amable vía de acceso a la edad de la razón, al reconocimiento de que existe, fuera de nosotros, un mundo sólido, resistente a nuestros caprichos, sujeto a leyes extrañas a nuestro arbitrio.

En la arbitrariedad reside quizás la fascinación del ludismo mágico propio de la primera infancia, una edad en la que el mundo se nos ofrece sin identidad propia, sumiso a las identidades que, jugando con él, nos dignamos dispensarle.

La escoba que en el mundo de los adultos es irreductiblemente una escoba, adquiere en el mundo de los niños una suerte de ductilidad ontológica que le permite sobrellevar sucesiva e impredictiblemente la naturaleza de un sable, de un proyectil o de un caballito.

Ese mundo maleable y complaciente carece de un ser que se nos imponga. Nos sobreviene desprovisto de durezas y de lógicas independientes de nosotros que conviertan en algo previsible el futuro de cada cosa. De adultos, en cambio, quedamos a merced de

un mundo que nos dicta casi coactivamente nuestro comportamiento con las cosas, creando a nuestro alrededor un monótono sistema de destinos y previsibilidades. La escoba nos destina, sin alternativas, a barrer con ella, como la silla nos destina a sentarnos y el lápiz a escribir. Cada cosa nos impone una lógica propia a partir de la cual todo es previsible.

¿Pero puede alguien prever lo que va a hacer un niño con una escoba? El ser de la escoba —su ser lanza, proyectil, caballito o hasta escoba— no es algo que el niño recibe ya hecho de ella como una pauta de conductas predeterminadas, sino algo que el niño comete en ella. La conducta del adulto es una consecuencia del ser; la del niño es su condición.

Pasar de esta vida libre y arbitraria que retoza en la imprevisibilidad a una vida de conductas previstas y predeterminadas por lógicas externas es siempre un tránsito difícil y penoso. Pero si en este pasaje tropezamos con una adivinanza, estamos salvados, transponemos el umbral entre la magia y la razón casi sin darnos cuenta.

Porque el encanto de la adivinanza radica en que su desenlace es a la vez imprevisible y racional, sorprendente y lógico. Por su intermedio, la razón ingresa en nuestras vidas como un momento inesperado de la magia.

Casi todas las adivinanzas, con todo, nos introducen en lógicas ramplonas, en la mera racionalidad de lo cotidiano. La razón que nos descubren sus desenlaces nos fascina por el trámite sorpresivo de su exordio, y no por su contenido.

"Hay una cosa que es a la vez dos cosas. ¿Sabes cuál es?", me preguntó en cierta ocasión mi tío. El problema me dio vueltas un rato por la cabeza sin embocar con una solución. "¡Un par de zapatos!", reveló mi tío. *¡Ah, claro!* Todo el encanto reside en

este descubrimiento, en lo que Koehler llamaba la "*An experience*", pero no en la cosa descubierta, la sencilla logicidad ya sabida del uno y el dos fundidos en el par.

Pero hay adivinanzas excepcionales, que nos abisman sobre una racionalidad más profunda, fascinante ella misma más allá de la fascinación de descubrirla. Una racionalidad cargada de mensajes y claves de otras racionalidades que la razón de todos los días ignora.

Hay una adivinanza de este segundo género que me cautivó cuando la escuché por primera vez —a los 10 ó 12 años de edad— y que me sigue cautivando aun hoy al ofrecerme en su desenlace la sensación de haber descubierto una clave de la historia humana.

La adivinanza tiene por protagonista a un explorador inglés que se pierde en una jungla. El hombre pasa días y días deambulando sin rumbo entre árboles y bejucos, hasta que de pronto, cuando ya está perdiendo la esperanza de encontrar una salida, se ve rodeado por una docena de belicosos nativos, armados de lanzas y escudos.

Capturado por estos guerreros de aspecto temible e intenciones indescifrables, el explorador es conducido hasta una aldea en cuyo centro se yergue lo que la adivinanza describe, con la cándida incongruencia de estas historias, como un fabuloso palacio. El cautivo y sus captores entran en el edificio, recorren largos y alfombrados corredores y transponen macizas puertas flanqueadas por otros guerreros de custodia, hasta que los recibe, finalmente, sentado en su trono, el anciano rey de la tribu.

El monarca saluda afablemente al prisionero en sorpresivo inglés y le comunica apesadumbrado que las severas leyes de su reino prevén lamentablemente la pena de muerte por decapitación para todo extranjero que pise el territorio del país. Pero se trata también de una legislación prudente y generosa, que con-

cede al intruso la posibilidad de salvar su vida si acierta con la solución de una adivinanza.

"Tengo cinco esclavas, tres de ellas con ojos azules y dos con ojos negros", dice el rey. "Estas mujeres tienen una particularidad: las de ojos azules dicen siempre la verdad; las de ojos negros siempre mienten. Dentro de unos instantes, las cinco comparecerán en fila ante nosotros, todas ellas encapuchadas, y usted podrá formularles sólo tres preguntas. No tres a cada una sino tres en total. Si con ellas logra descubrir el color de los ojos de las cinco, quedará en libertad y convertido en huésped de mi reino".

El rey golpea las manos y las cinco esclavas encapuchadas ingresan en la sala del trono guiadas por un guardián. El explorador, tras unos momentos de reflexión, pregunta a la primera. "¿Qué color de ojos tienes?".

La mujer contesta en el dialecto de su tribu, ininteligible para el prisionero. El inglés protesta, se declara lesionado en su derecho al *fair play* y exige que le traduzcan la respuesta.

El anciano rey le explica que las severas leyes de su reino no consienten agregar aclaraciones a una respuesta ya formulada. "Usted ya gastó una pregunta", dice. "La única concesión que le puedo hacer ahora es la de ordenar a las esclavas que contesten en inglés a las otras dos".

El explorador pregunta entonces a la segunda esclava: "¿Qué color de ojos dijo tener tu compañera?" Y la mujer contesta: "Negros".

El cautivo dirige luego la única pregunta que le queda a la tercera encapuchada de la fila: "¿De qué color son los ojos de la esclava que acaba de contestarme?" La respuesta: "Azules".

El explorador medita unos instantes y dice finalmente al rey: "Tengo la solución: la primera esclava

tiene ojos azules, la segunda y la tercera negros y las otras dos azules".

Removidas las capuchas, se comprueba que el explorador ha acertado. Y mientras comienzan los festejos para agasajar al flamante huésped del reino, el viejo monarca pregunta al inglés: "¿Adivinó usted por azar o siguió algún razonamiento lógico para dar con la solución?".

"Fue una deducción lógica", explica el inglés. "Aunque no entendí a la primera esclava, yo sabía de antemano lo que iba a contestarme. Forzosamente debía decirme que tenía ojos azules, sea porque los tenía efectivamente de ese color, en cuyo caso me diría la verdad, sea porque los tenía negros, en cuyo caso no podía menos de mentirme diciendo que los tenía azules. Esto me permitió saber que la segunda esclava era de ojos negros, pues era obvio que mentía al afirmar que la primera había dicho tener ojos de ese color. Del mismo modo deduje que también la tercera tenía ojos negros porque había atribuido falsamente a la segunda ojos azules. Localizadas así las dos esclavas de ojos negros, estaba claro que las otras tres los tenían azules".

El viejo rey felicitó a su huésped, y comenzó la fiesta.

Lo apasionante de esta adivinanza es la nueva luz que arroja su desenlace sobre la verdad en lo que ésta tiene, no ya de acto cognositivo, sino de momento de la comunicación entre los hombres. De alguna manera, el relato deja descifrada una clave de la historia humana en la medida en que ésta es, casi íntegramente, historia de aquella intercomunicación.

Todo el razonamiento del explorador inglés brota de la sencilla pero a la vez sorprendente evidencia de que los dos grupos de esclavas, siendo representativos de principios antagónicos —la Verdad y la Mentira,

el Bien y el Mal —, *y precisamente por serlo, tienen que decir siempre y necesariamente las mismas cosas.* El antagonismo de los valores conduce, con incontenible fuerza lógica, a una identidad de lenguaje. ¿No es apasionante esta comprobación?

Cuando leí por primera vez "*El Aleph*", de Borges, cuyo protagonista logra tener acceso al único punto del Universo en el que todo el Universo se refleja, asocié este prodigio con la adivinanza de las esclavas en una divagación quizás un poco delirante, pero no tanto, que me llevaba a ver en la hazaña lógica del explorador inglés un punto de la historia humana que encerraba la verdad de toda ella.

Retomando ahora ese vuelo de asociaciones divagatorias, advierto que la adivinanza de las esclavas me remite a Gramsci y al lema que Gramsci eligió para la revista *Ordine Nuovo*: "La Verdad es Revolucionaria". De Marx en adelante, la creencia en este supuesto ha sido siempre consustancial con la izquierda, así como lo ha sido la inferencia lógica que lleva a postular, junto a ese nexo de consanguinidad entre la Revolución y la Verdad, un simétrico nexo de consanguinidad entre la Reacción y la Mentira.

¿Pero qué ocurre si, a la luz del lema gramsciano, las esclavas de ojos azules resultan asimiladas a la *izquierda* y las de ojos negros a la *derecha*? Ocurre que la misma lógica empleada por el explorador inglés para resolver la adivinanza aparece embarcando a estas dos grandes opciones políticas en una peculiarísima dialéctica que tiende a fundar sobre el antagonismo existente entre ambas un universo común de palabras compartidas.

A partir de las implicaciones que extrae de la adivinanza de las esclavas el lema de Gramsci, me veo remitido ahora, en una tercera escala de este vuelo divagatorio, a "La historia de la guita", un divertido *show*

musical de Enrique Silberstein, que alternando actuaciones escénicas con proyecciones de dibujos humorísticos pretendía mostrar la historia humana en una teatralización del materialismo dialéctico marxista.

Varios dibujos de Oski proyectados en rápida sucesión sobre el fondo del escenario marcaban el punto de partida de esta historia, explicada en *off* por una característica voz de comentarista deportivo que parecía relatar un partido de fútbol.

El primer dibujo mostraba a un sonriente hombre de las cavernas que se encaminaba de regreso a su cueva con un gran jabalí al hombro, satisfecho de lo que parecía haber sido una fructífera jornada de caza.

El dibujo siguiente presentaba a un segundo hombre de las cavernas, mucho más alto y fornido que el primero. Llevaba en la mano un par de escuálidas aves que explicaban su rostro malhumorado. Como cazador, había tenido bastante menos suerte que su pequeño congénere.

Continuando la secuencia de dibujos, los dos hombres se encuentran. El más pequeño y afortunado mira con una sombra de aprensión al grandote, mientras éste observa con ojos codiciosos la apetitosa presa de su prójimo. De pronto, el rostro del grandote se ilumina: se le ha ocurrido una idea. El pequeño lo advierte, y su aprensión se convierte en horror. El grandote se le acerca enarbolando una maza, mientras la voz en *off*, con el dramatismo de los momentos previos al gol, advierte a gritos: "¡Están por cambiar las estructuras! ¡Están por cambiar las estructuras!"

La maza se estrella contra la cabeza del pequeño, y el grandote se apodera del jabalí, sobre un fondo sonoro de pitos, petardos y campanas echadas a vuelo. "¡Han cambiado las estructuras! ¡Han cambiado las estructuras!", exclama la voz en *off*, anunciando la Nueva Era.

Lo que comenzaba, en rigor, no era una Era entre tantas, sino el continente de todas ellas, la Historia.

28

La inaugural agresión del grandote se produjo, sin duda, en algún momento imprecisable de la trayectoria humana sobre la Tierra. Y con ella irrumpió la "derecha" en las hasta entonces inocentes relaciones entre los hombres.

La "derecha" es, más allá de sus variadas expresiones históricas, todo comportamiento que apunta a establecer una relación de uso entre un hombre y otro. Soy un hombre de derecha si encaro mi relación con otros hombres como una relación de sujeto a objeto, relativizando sus existencias en función de la mía, imponiéndoles conductas orientadas en dirección a fines que no son los suyos sino los míos.

El mazazo del grandote, naturalmente, se repite. El hombre advierte que su privilegiada musculatura le permite regularizar una relación de uso con otro hombre y concluir sus jornadas con un mismo botín de bienes arrancados a la naturaleza, ahorrándose la fatiga de salir a buscarlos.

Pero tras la rapiña total que sigue al primer mazazo, el grandote advierte también que la continuidad del sistema le exige limitar el despojo. No puede regularizar la relación más que a precio de asegurar la supervivencia de su esclavo, dejándole una parte de la presa.

Esta autolimitación implica, a cambio de más tiempo libre, un irritante sacrificio. El grandote se ve constreñido a extraer de su relación utilitaria con otro hombre un volumen de bienes inferior al que le asegu-

raba su anterior papel de cazador solitario. El ocio, por otra parte, ha incrementado sus necesidades de consumo en medio de un sistema de aprovisionamiento que lo obliga a reducirlo.

El grandote quiebra esta contradicción consiguiendo un segundo esclavo. Dada su excepcional fuerza física, es concebible además que lo logre sin otro recurso que el de reiterar la metodología inicial del mazazo.

Ya con dos esclavos a su servicio, el grandote y su familia desarrollan una incipiente conciencia de *status*. El hombre quiere ahorrarles también a sus hijos las ya subalternas fatigas de la caza, y esto amplía ulteriormente las necesidades de consumo que los cazadores sojuzgados deben satisfacer. Pronto se advierte que dos esclavos son insuficientes, y el grandote se arma de su maza para salir en busca de un tercero.

El proceso naturalmente continúa, pero tiene su límite. No es imposible que un gigante como nuestro grandote consiga sojuzgar, mediante el solo imperio de su fuerza física a tres y hasta cuatro hombres. Pero cuando el grandote advierta la necesidad de un quinto esclavo, advertirá también las limitaciones de su propia musculatura como factor de dominación.

La necesidad del quinto esclavo, en verdad, ha de precipitar otro sensacional salto cualitativo en la lógica de las relaciones entre los hombres.

Rendido ante la evidencia de que la fuerza desnuda no le basta para ampliar a cinco su plantel de esclavos, el grandote se ve precisado a dar ante ellos un rodeo discursivo. Tiene que apelar a la palabra. Hasta entonces, el grandote pudo ser una "derecha" muda. El proceso de sojuzgamiento podía desarrollarse en silencio, o incluyendo en todo caso el uso de palabras como simples prolongaciones sonoras de la musculatura, como meros expositores verbales de la fuerza en

término de amenazas, de advertencias y de órdenes.

Con la incorporación del quinto esclavo, la palabra se desprende de la musculatura y cobra especificidad. El sojuzgamiento de cinco hombres, no pudiendo originarse sólo en un acto de fuerza física, tiene que materializarse ahora en un consenso de los sometidos. La progresiva complicación de la relación amo-esclavo, con la creciente avidez de consumo en un extremo y la consiguiente necesidad de multiplicar los brazos abastecedores en el otro, llega a un nivel en el que la musculatura debe ceder el paso a la persuasión, a un esfuerzo verbal por promover consenso. El esclavo debe ser no ya sometido a golpes, sino *convencido*. ¿Pero exactamente de qué debe ser convencido?

29

Cuando Kant dijo: "Obra de tal manera que el principio al que se sujete tu conducta pueda valer como principio universal" —que es, en realidad, otra manera de formular la vieja norma cristiana: "No hagas a tu prójimo lo que no querrías que éste te hiciera a ti"— estaba enunciando algo más que una norma ética. Si bien se mira, esa exigencia de universalidad enuncia no sólo el "deber ser" sino también el "ser" de toda relación entre los hombres. O, por lo menos, de todo sistema de relaciones que trascienda aquel primitivo nivel de convivencia en el que la musculatura podía ser el factor determinante.

En un mundo de interacciones humanas en el que la pura fuerza física está inhibida de actuar, yo sólo puedo entablar con mi prójimo una relación que él consienta. Y para que mi prójimo la consienta, tiene que ser una relación asumible por él como algo que no lo lesiona, que aporta valores a su vida y enriquece su existencia. Una relación en la que ambos seamos sujetos y ninguno de nosotros objetos del otro.

Sólo una relación de este tipo es universalizable. Sin este principio de la universalidad, la relación no se establece, no existe. Yo sólo puedo establecer, por ejemplo, una relación comercial con mi prójimo si de ella hemos de sacar provecho ambos, si sirve fines de ambos y no los de uno solo con exclusión de los del otro. De lo contrario, no hay relación. El "deber ser"

de la relación condiciona así, en cierto modo, el "ser" de la relación.

Este acoplamiento del "deber ser" con el "ser" en el campo de las relaciones humanas es la incómoda novedad con que tropieza el grandote del cuento cuando intenta incorporar un quinto esclavo a su servidumbre, tras agotar con los otros cuatro la validez de su propia musculatura como factor de dominio. Para el sojuzgamiento de los primeros cuatro le había bastado reiterar una misma operación física. El sojuzgamiento del quinto tiene que trascender el mundo de la física en un salto inevitable al de la universalidad.

Este paso grandioso trae sus complicaciones. Porque el grandote, ingresando en el firmamento de la universalidad, no renuncia a establecer con aquel quinto individuo una relación de dominio, violatoria de la universalidad. Su problema es el de lograr que aquel hombre acuerde a una relación lesiva de la universalidad un consenso que por naturaleza sólo puede acordarse a una relación de contenidos universales.

¿Qué hace, entonces, el grandote? ¿Renuncia a la universalidad? No puede hacerlo, porque en tal caso se vería limitado a los recursos de una musculatura cuya efectividad ha llegado a su límite con el sometimiento de los primeros cuatro esclavos. ¿Acepta, entonces, la universalidad? Tampoco puede hacerlo, por cuanto implicaría renunciar al anhelado quinto sojuzgamiento.

La única opción que le queda es la de inventar una universalidad aparente, una *falsa universalidad*. Y es éste el momento en que la palabra se desprende de los bíceps. El grandote tiene que verbalizar un vínculo intrínsecamente violatorio de la universalidad en términos que lo presenten como respetuoso de ella. Es decir, tiene que disfrazarlo de universalidad, tiene que *mentir*.

Por ejemplo, tiene que presentarse a sí mismo como un enviado de los dioses y convencer al quinto hombre de que servir a este delegado de la divinidad constituye una obligación religiosa cuyo cumplimiento ha de asegurarle un destino venturoso más allá de la muerte. De este modo, una relación que sólo sirve a los fines del grandote *parece* servir a los fines de ambos. Con esta falsa universalidad, el grandote logra construir por consenso un tipo de relación que ya no puede establecerse sólo por la fuerza.

La "derecha", superada su prehistoria musculosa, empieza a definirse ahora en indisoluble asociación con la mentira. Ingresando en el mundo declarativo de la palabra, la "derecha" no puede declarar su naturaleza más que a precio de extinguirse. No puede revelar el sistema real de relaciones que la constituyen como "derecha" más que a precio de imposibilitar el sistema.

30

Mientras la falsa universalidad se genere en el reducido ámbito del grandote y sus cinco, seis o siete esclavos, es concebible que la "derecha" ejercite su propia naturaleza embustera en términos puramente *maquiavélicos*, si se asigna a este término su acepción vulgar, que implica la idea de una relación de uso, de sujeto a objeto, en la que el sujeto es consciente del tipo de relación que pretende instaurar con su prójimo.

En la etapa previa a las complicaciones provocadas por la inserción de la universalidad en las relaciones humanas, el sometimiento por la fuerza física dejaba en libertad a la conciencia —tanto la del amo como la del esclavo— para aprehender la realidad como tal, sin que la existencia, ausencia o modalidad alguna de esta aprehensión gravitara en la materialización del sometimiento. La conciencia no desempeñaba papel alguno entre los factores de sometimiento, limitados aquí a la soberana y autosuficiente musculatura del grandote. El amo sabía de qué se trataba y también lo sabía el esclavo, sin que este saber posibilitara, imposibilitara, facilitara o dificultara la relación.

Producida la irrupción de la universalidad en esta relación, el grandote puede retener concebiblemente aquel estado de conciencia, pero el esclavo no. La naturaleza de la relación tiene que llegar disfrazada a la conciencia del esclavo, a partir del momento en que el sometimiento de éste ha de definirse no ya como una me-

ra claudicación física, sino como un acto de consenso.

Este tipo de relación sujeto-objeto, con conciencia clara de un lado y conciencia obnubilada del otro, es precisamente el que define al sujeto como maquiavélico. Pero si aquella primigenia "derecha" de naturaleza muscular tenía sus limitaciones, esta nueva variante de naturaleza maquiavélica también las tiene. En ambas ocasiones se trata de una limitación numérica, referida en el primer caso al objeto (el número de esclavos) y en el segundo, al sujeto (el número de amos).

Una relación maquiavélica sólo es posible a precio de que su sujeto sea un solo individuo o un grupo muy reducido de individuos. No hay límite para el número de las personas que pueden decir una misma verdad, pero sí hay un límite para el número de las personas que pueden decir una misma mentira. Si a tres individuos desvinculados entre sí se los coloca sucesivamente frente a una mesa verde y se los invita a expresar con veracidad el color del objeto que tienen delante, cada uno dirá "verde". Si se les pide que mientan sobre el color de la mesa, el primero dirá, quizás, "azul"; el segundo, "rojo", y el tercero, "amarillo".

Para que los tres coincidieran en una misma mentira como habían coincidido en una misma verdad, sería necesario que se pusieran de acuerdo previamente acerca de lo que van a decir. En el primer caso, la formulación de una misma verdad emana en los tres individuos del objeto que tienen delante, sin necesidad de una previa interrelación conspirativa entre ellos. En el segundo caso, la formulación de una misma mentira sólo puede emanar de esta interrelación.

Tal interrelación, a su vez, sólo es posible si quienes participan de ella se conocen, se comunican, se consultan, se coordinan, se tienen a mano entre sí. Es decir, si son pocos. Las posibilidades de un testimonio falso, pero de contenido unívoco, decrecen a medida que se amplía el círculo de sus sujetos, y se extingue tan pronto como el número de éstos excede las posibilidades de la interrelación conspirativa.

Todo esto, naturalmente, delimita un margen muy estrecho para los movimientos de una derecha maquiavélica. Siendo obvio que la falsa universalidad surgida ahora como factor de dominio sólo podrá motivar el consenso buscado con ella en la medida en que sea unívoca, la "derecha" no podrá ser maquiavélica más que a condición de ser escasa.

Distinta es la situación cuando el sujeto de la "derecha" es toda una clase social, una indefinida muchedumbre en la que resulta imposible derivar la falsa universalidad de aquella interrelación personal propia de la derecha maquiavélica.

La aparición de la clase en la subjetividad de la derecha marca el momento de un nuevo salto cualitativo en la lógica de las relaciones humanas. ¿Cómo puede constituirse, en este contexto, una "clase dominante"? Si la clase, por ser tal, no parece estar en condiciones de generar una falsa universalidad de contenido unívoco, ¿qué posibilidades tiene de instaurar un dominio del que la existencia de una falsa universalidad se ha venido evidenciando hasta ahora como un componente crucial?

En rigor, no se trata de que la clase no pueda generar una falsa universalidad; lo que no puede hacer es generarla en términos que le permitan asumirla maquiavélicamente. La falsa universalidad, a esta altura, deberá ser de naturaleza tal que resulte posible rendir testimonio de ella como se rinde testimonio de la verdad; es decir, sin necesidad de pasar por la interrelación conspirativa. Y esto sólo es posible si la falsa universalidad, destinada a funcionar como

"verdad" para la clase dominada, funciona también como "verdad" para la dominante.

Una clase, en suma, sólo puede dominar a condición de mentirse a sí misma, de educarse y criarse a sí misma en la mentira. Su esfuerzo por alienar mediante la falsa universalidad a la clase sometida tiene que ser a la vez autoalienante. La derecha maquiavélica tiene que ceder el campo a una derecha alucinada.

Quizá sea necesario aclarar ahora que la secuencia señalada entre la derecha muscular, la derecha maquiavélica y la derecha alucinada no pretende describir el desarrollo de un proceso cronológico sino el desarrollo de un concepto. Aquellos tres momentos de la derecha no son momentos históricos sino momentos lógicos.

Y es hora de preguntar si una operación de desentrañamiento lógico como el intentado hasta aquí a propósito de la "derecha" es también factible a propósito de la "izquierda". ¿Dónde está la "izquierda" en los sistemas de relación descritos hasta ahora?

31

Identificada la "derecha" en el grandote, en el grupo maquiavélico o en la clase dominante, parecería lógico identificar a la "izquierda" en el esclavo o en la clase dominada. Pero esto no sería correcto. "Derecha" e "izquierda" son términos que denominan políticas, y toda política encierra una voluntad activa, una individualización de objetivos y de medios para alcanzarlos. Pero en todas las situaciones descritas hasta ahora, sólo la "derecha" aparece presentada como sujeto de una política, de una acción. En el otro extremo de la relación, sólo se ha descrito un estado de pasividad, de claudicación física en los primeros cuatro esclavos del grandote, de alienación en la clase dominada. Ni aquellos primeros cuatro esclavos ni la clase dominada son, a esta altura de la descripción, sujetos de una política propia sino objetos pasivos de una política ajena.

En esa prehistoria de la dominación que es el mundo del grandote y sus primeros cuatro esclavos, la izquierda entraría en escena si estos últimos se concertaran para maquinar algún recurso que les permitiera contrarrestar o superar la fuerza física del amo. Una conspiración que los llevara a unir sus cuatro estructuras musculares para doblegar la musculatura del amo sería ya, embrionariamente, una política de izquierda.

La esclavitud y la libertad son aquí puros estados de fuerza. Ser esclavo significa ser menos fuerte

que el amo; liberarse significa llegar a tener más fuerza que el amo. Se trata de una relación entre musculaturas.

En el mundo ya más complejo de la falsa universalidad, la objetiva relación de fuerza en términos puramente musculares es favorable al sometido. Es precisamente este desequilibrio lo que obliga a la "derecha" a generar la falsa universalidad, cuyo destino es el de suplir la validez perdida de los bíceps como factor de dominio. Y este salto de calidad entre los dos niveles del sojuzgamiento origina un correlativo salto de calidad en los contenidos de la liberación. El sometido deberá liberarse ahora, no ya de una mera supremacía física ajena, sino de un estado de alienación, de una mentira.

Desarrollada la falsa universalidad, la "izquierda" entra en escena cuando alguien advierte, desde el seno de la clase dominada, la naturaleza real de la relación establecida con ella por la clase dominante.

La "izquierda" es, en este sentido, descubrimiento de la realidad, toma de conciencia, lucidez. El contenido de su acción, su *política*, es siempre y por definición algo que se hace con la verdad, a partir de la verdad y en función de ella: conocerla, profundizarla, difundirla, abrirle los ojos a la gente. La verdad es, efectivamente, revolucionaria.

En su esfuerzo por dejar la realidad a la vista removiendo las capas de falsa universalidad que la recubren en toda relación de dominio, la "izquierda" va planteando a la "derecha" sucesivas necesidades de readecuación. Acosada por la verdad en brotadura, la "derecha" se ve precisada a renovar constantemente sus fórmulas de autodefinición para cerrar las brechas que van quedando abiertas a la visión de su propia realidad.

La falsa universalidad tiene que cumplir siempre y necesariamente con el requisito clave del que extrae de la mentira todo su sentido y su utilidad: el de poder llegar como una "verdad" a la conciencia de su destinatario. La mentira, para ser efectiva como tal, tiene que ser creíble, verosímil, parecida a la verdad. Es decir, parecida a la izquierda. Y cuando la verdad de la "izquierda" cobra cierto grado de vigencia y de asentamiento en una comunidad, la falsa universalidad de la "derecha" se ve en la necesidad de absorberla, asimilarla, incorporarla de alguna manera a sus propias fórmulas de autodefinición para asegurarse la credibilidad de la que depende su valor instrumental como factor de dominio.

Asentada socialmente una verdad de la "izquierda", la "derecha" cumple a su respecto un acto de apropiación, que forzosamente tiene que ser, al mismo tiempo, un acto de vaciamiento. Lo que la "derecha" asimila de la verdad es su formulación, su lenguaje, sus palabras. Así como la naturaleza de la distinción entre las esclavas de ojos azules y las de ojos negros impone a los dos grupos una comunidad de lenguaje, la "derecha" se ve forzada por su propia naturaleza a decir "azul" toda vez que la izquierda dice "azul".

La falsa universalidad de la "derecha" se va enriqueciendo de esta manera con un lenguaje progresivamente expropiado a la "izquierda", y ésta se ve forzada, en consecuencia, a preservar el contenido diferenciado de su mensaje profundizando cada vez más su enunciación, añadiéndole sucesivas precisiones, aclaraciones y explicaciones que también son deglutidas a la larga por la falsa universalidad en una operación que impone a la "izquierda" esfuerzos ulteriores de profundización. Esta dialéctica del lenguaje es, en

verdad, una de las dimensiones esenciales de la lucha de clases[31].

[31] Debo aclarar a esta altura que el nexo esencial señalado aquí entre izquierda y verdad en el plano lógico ofrece no pocos motivos de perplejidad tan pronto como uno desciende a examinar las relaciones entre ambos términos en el plano histórico. Si la cultura política de "izquierda" encierra en su propia definición lógica una irrenunciable necesidad de verdad, de alcanzar, ampliar, profundizar y difundir el conocimiento de la verdad, ¿cómo se explica, por ejemplo, la censura de prensa bajo un gobierno de izquierda? Si en el orden lógico la verdad es revolucionaria y la revolución encuentra en la verdad su propia naturaleza, ¿por qué en el acontecer histórico concreto las revoluciones se han materializado siempre cerrando los accesos a la verdad?

Si se tratara de un caso aislado, una peculiaridad de tal o cual revolución concreta no justificaría un sobresalto teórico como el que aquí estoy exteriorizando. Pero se trata, en cambio, de un fenómeno general, sin siquiera un simulacro de excepción, que se ha venido reiterando sin variaciones en todos los procesos revolucionarios.

Todas las políticas revolucionarias en el campo de la formación —que es el mecanismo a través del cual se pone la verdad al alcance de la gente— han coincidido monótonamente y sin fisuras en una invariable necesidad de desnaturalizarla. La información, bajo regímenes revolucionarios, no es una vía de acceso a la verdad sino un instrumento de motivación. Tanto en la Unión Soviética como en Cuba, en China como en Albania, informar significa no ya servir al inalienable derecho de la gente a conocer la verdad, sino condicionar a la gente a desarrollar determinados compartimientos. Los hechos son mostrados, ocultados, dosificados, tergiversados, afeados o embellecidos de acuerdo con el tipo de conducta que se desea generar en la gente mediante la información acerca de ellos.

Informar revolucionariamente, en suma, termina por ser una operación manipulatoria que establece entre el proveedor y el receptor de la información una relación de sujeto a objeto que es propia de las políticas de derecha. ¿Qué significa todo esto? ¿Significa que son erróneas en el plano teórico-lógico las definiciones ofrecidas aquí de la izquierda y la derecha? ¿O significa que en el plano histórico la discriminación real entre derechas e izquierdas no pasa por donde viene pasando convencionalmente desde hace generaciones?

Rolando García[32], en un discurso que pronunció el 24 de junio de 1963 en la Universidad del Litoral para conmemorar el 45º aniversario de la Reforma Universitaria, aludió de alguna manera a esta dialéctica, aunque incurriendo en una caracterización de la "derecha" que preludiaba ya el maniqueísmo extremista de sus opciones políticas posteriores.

"Tiempos difíciles éstos para no perder el rumbo", dijo. "Tiempos en que Washington habla de reforma agraria, y el Vaticano de tolerancia ideológica; en que la Democracia Cristiana de Venezuela escribe en las paredes: 'Los obreros al poder'... Nos han dejado sin slogans, sin lemas, sin gritos de guerra. Nos han corrompido el lenguaje, nos han mezclado las palabras... Ya no podemos reclamar a voz en cuello 'reforma agraria', sin entrar en largas explicaciones y diferenciarnos cuidadosamente de Betancourt. Ya no podemos proclamar que luchamos por un mundo 'libre', sin antes limpiar el vocablo de las connotaciones espurias que adquirió asociado a 'empresa', o a 'prensa', o a 'enseñanza'. Ya no podemos hablar de 'desa-

---

Responder a estas preguntas requeriría otras cien páginas de reflexiones, que dejo para otra oportunidad. Pero no podía explayarme honestamente en idílicas consideraciones sobre la izquierda-verdad sin siquiera dejar planteado este problema.

[32] Rolando García, decano de la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad Nacional de Buenos Aires durante el período de autonomía universitaria que se extendió entre 1956 y 1966, fue uno de los principales orientadores de la izquierda reformista en la vida académica argentina de esa década. Tras el golpe militar de 1966 se acercó al peronismo, encabezó por encargo de Perón un equipo técnico de planificación y, por último, ingresó en el Movimiento Peronista Montonero.

rrollo' sin deslindar posiciones con Frondizi y con Kennedy".

Quizá valga la pena anotar aquí que García, en su búsqueda de ejemplos aptos para ilustrar el despojo del lenguaje izquierdista por parte de la derecha, se inclinó por localizar a ésta en el área política liberal, dejando traslucir el trasfondo ideológico que años después habría de llevarlo a encontrar un liderazgo revolucionario en el antiliberalismo de Perón y a tomar ubicación en el escaparete de la intelectualidad montonera.

Su esfuerzo por localizar en el "progresismo" liberal el enmascaramiento izquierdista de la derecha lo induce a omitir los casos más palmarios y escandalosos de esta apropiación lexicográfica que se localizan en el fascismo.

El concepto mussoliniano de "Nación proletaria", la jerigonza antiplutocrática y anticapitalista de los camisas negras y la asunción hitlerista del fascismo en términos de un *socialismo nacional* no figuran entre los casos que García consideraba dignos de mención.

Sobre estos casos, en cambio, focalizó su atención Elio Vittorini, al trazar en 1946 una distinción entre fascismo-sustantivo y fascismo-adjetivo, dos expresiones con las que intentaba diferenciar la naturaleza implícita del fascismo y el testimonio exterior que éste daba de sí en un envoltorio de palabras, lemas y conceptos de extracción izquierdista.

Dirigiéndose en la inmediata posguerra a los millares de jóvenes que habían sido fascistas y que ahora se avergonzaban de haberlo sido a la luz del horror desentrañado por la guerra como la naturaleza real del fascismo, Vittorini recordó haber sido en los años '30, él también, un militante de la juventud fascista.

Aquellos jóvenes, decía Vittorini, "eran generosos; no eran reaccionarios: no estaban en favor de Donegani, Agnelli, etc., sino contra Donegani, Agnelli, etc.; abogaban por un progreso, por una 'mejor justicia social', por la eliminación del latifundio y la socialización de las grandes empresas. El fascismo les dijo ser precisamente esto: progreso, justicia social, eliminación del latifundo... Se presentó ante ellos como anti-donegani, y nadie les dijo que era, en cambio, el expediente extremo de los Donegani"[33].

Recuerdo que un intelectual montonero me dijo cierta vez: "Los alemanes, en el fondo, no se equivocaron cuando votaron por Hitler, ya que Hitler agitaba verdaderas banderas populares". Claro que las agitaba. Las esclavas de ojos negros dicen siempre que los tienen azules. Si no equivocarse en política significara atender a las banderas, nadie se equivocaría jamás.

La credibilidad de una política no radica en su formulación, sino en el color que tienen los ojos de quien la formula. De ahí que cuanto estoy diciendo aquí acerca dè los montoneros sea más una oftalmología que una polémica con sus dichos. Un intento de saldar cuentas no con sus palabras, sino con los ojos que parpadeaban detrás de ellas. Que no siempre eran ojos montoneros.

Dos de estos ojos fueron los de Perón.

[33] Elio Vittorini, *Il Politecnico*, Nº 15, 5 de enero de 1946.

32

Durante los años de mi adolescencia, que coincidieron con los de la segunda guerra mundial y la inmediata posguerra, me convertí en un simpatizante del entonces coronel Perón algún tiempo antes de que la mayoría de los argentinos se enterara de su existencia.

Esta simpatía pionera, sin embargo, no me acredita para reivindicar títulos de primacía entre los hombre de izquierda que más tarde habrían de atribuir contenidos revolucionarios al peronismo y disputarse el mérito de haber sido los primeros en descubrirlos. Todo lo contrario. Mi interés adolescente en Perón se debió simplemente a un complejo de circunstancias familiares, sociales y ambientales que habían hecho de mí un empedernido, obsesivo y fanático fascista.

A la edad de 15 años, mientras se sucedían la batalla de Stalingrado, el colapso de las fuerzas ítalogermanas en Africa y el golpe del 4 de junio de 1943 en la Argentina, yo tenía a la cabecera de mi cama, en lugar del Cristo que presidía las de mis amigos, un retrato de Mussolini: aquel perfil clásico e imponente de la mandíbula tensa, el mentón agresivo y la mirada centelleante a la sombra del casco negro.

Mis últimas palabras antes de acostarme por las noches y las primeras al levantarme por las mañanas eran las del ritual "saluto al Duce" pronunciadas con la diestra en alto y en posición de firme.

Mis horas de estudio transcurrían envueltas en un vértigo de frases, consignas, pensamientos y lemas mussolinianos —*Credere, obbedire, combattere, Nudi alla meta, Se avanzo, seguitemi; se mi fermo, spingetemi, se indietreggio, uccidetemi*— esparcidas por las paredes de mi cuarto y bajo el vidrio que cubría mi escritorio.

Armado de un credo que condenaba la comodidad y la "vida en pantuflas" de la burguesía, me flagelaba todas las noches con un cinturón de cuero y eludía la molicie del ascensor para llegar a mi departamento del sexto piso. Me esmeraba en caminar marcialmente, en lucir camisas oscuras y en librar cada mañana, asistido por la gomina Brancato, una larga batalla por domesticar mis remolinos en un peinado que se pareciera al de Galeazzo Ciano. Como residuo de todo ese delirio, sólo sobrevive hoy mi firma, ampulosa y delatora de lejanos esfuerzos por imitar la de Mussolinil.

Criado por unos tíos que se hicieron cargo de mí al divorciarse mis padres en 1939 —se trataba de una tía paterna y de su esposo, el ya conocido tío Virginio de las aventuras amazónicas—, yo vivía además en lo que bien podía considerarse el riñón del entonces numeroso sector fascista de la colonia italiana en Buenos Aires, acaudillado por Adriano Masi.

Delgado, alto, elegantísimo en sus trajes invariablemente azules y cruzados, con sus cabellos totalmente blancos echados hacia atrás en un peinado también similar al de Ciano, pero seguramente anterior a la moda de imitarlo, Masi me provocaba sentimientos encontrados, oscilantes entre la admiración por su refinamiento y cierta decepción por su contraste con la acerada dureza que yo imaginaba como obligatoria en un jefe fascista. Me divertía además su distraidísima esposa, Angelina, condenada a insertar

siempre en las conversaciones del prohombre comentarios que jamás atinaban a tener algo que ver con ellas.

Buenos amigos de mis tíos, los Masi solían invitarnos a cenar en ceremoniosas veladas, a veces íntimas y a veces más concurridas, que tenían por escenario su señorial residencia de la avenida Callao, frente a la plaza Rodríguez Peña. Se trataba, si no me equivoco, del *petit hotel* que años más tarde habría de convertirse en sede de la embajada siria.

Había algo de siniestro en aquellas cenas, que perduran en mi memoria asociadas con las imágenes más estereotipadas de las películas de espionaje. Al evocarlas, recuerdo un vasto y mal iluminado comedor, con indecisos parches de luz sobre un trasfondo rojizo de cortinados y gobelinos inmersos en la penumbra. Y me veo sentado al lado de mi tía, a un costado de la gran mesa de roble, con mi tío ubicado solitariamente en frente, Masi en un extremo y Angelina en el otro, atendidos por tres gigantescos y silenciosos mozos alemanes.

En rigor, sólo uno de estos colosos teutones servía la mesa, mientras los otros dos permanecían en pie como estatuarios guardaespaldas, uno de ellos tras la silla Luis XV de Angelina, el otro detrás de Masi.

Más tarde se me dijo que Masi había fijado, como requisito para acceder al privilegio de servirle la mesa, que los aspirantes al cargo fueran alemanes y de una estatura no inferior al metro con noventa centímetros, ejemplares decididamente escasos en el mercado laboral argentino y cuyo origen me resultaba francamente misterioso.

Este ambiente, estas circunstancias y este contorno humano componían el singularísimo ángulo de visión desde el cual presencié en Buenos Aires el surgimiento del peronismo.

Recuerdo que ese contorno humano vivió con alarma el golpe militar del 4 de junio, cuyas primeras apariencias sugerían la posibilidad de que su objetivo hubiera sido el de poner fin a la neutralidad mantenida por el gobierno conservador de Ramón Castillo y alinear a la Argentina junto con las potencias aliadas en guerra con el Eje.

A los pocos días del alzamiento militar, sin embargo, aquellos temores se disiparon. Como explicación de este cambio, uno de los personajes que rondaban por el mundo de los Masi me dijo: "Detrás de todo esto está el coronel Perón, un militar inteligentísimo y, además, *uno dei nostri*".

Perón ingresó así en mi vida como un ingrediente más de aquella rutina que incluía el "saludo al Duce", el noticiero nocturno de radio Roma, los seis pisos de escalera recorridos a paso de *bersagliere* y los gigantes alemanes de Masi.

33

En el mundillo de los Masi, sin embargo, los entusiasmos iniciales por Perón no tardaron en enfriarse. Los grandes exponentes de la colectividad fascista en Buenos Aires eran también empresarios, estancieros, frecuentadores de la bolsa de comercio y pobladores del Barrio Norte, hombres cuyas actitudes ante el desconcertante coronel tendían a seguir por natural afinidad los humores de la Unión Industrial[34].

Dos años después del golpe, sin embargo, mientras el antagonismo entre Perón y la Unión Industrial llegaba a su punto más explosivo, me sorprendió advertir un inesperado rebrote de las viejas simpatías por el naciente líder argentino en por lo menos algunos sectores de la colonia fascista italiana.

A los humores de la Unión Industrial se había sumado ahora otra fuente de influencia, con enfoques nuevos sobre lo que estaba ocurriendo en la Argentina. Corría el segundo semestre de 1945 y comenzaban a desembarcar en el puerto de Buenos Aires los primeros jerarcas fugitivos de la Italia fascista y de la Alemania nacionalsocialista que convergían sobre la Argentina en busca de refugio.

[34] La Unión Industrial Argentina (UIA) es, formalmente, la entidad que agrupa al empresariado industrial del país. De hecho representa mayoritariamente a sectores industriales dependientes de casas matrices extranjeras.

Muchos de ellos inauguraban su vida de exiliados en el país con visitas de agradecimiento, curiosidad o camaradería a Perón. Las conversaciones que mantenían con él circulaban luego por la colectividad, determinando en no pocos de los fascistas italianos ya residentes en la Argentina una revisión del rumbo peyorativo que venían siguiendo sus apreciaciones sobre el régimen militar de Buenos Aires.

Los jerarcas, o por lo menos los pocos que yo tuve la oportunidad de conocer y escuchar, llegaron a la Argentina como exponentes de un fascismo algo distinto del que recordaban los residentes de sus contactos de preguerra con la Italia de Mussolini. Como encarnaciones del "espíritu de Saló", eran hombres cuyo fascismo, en contraste con el de 1939 o 1940, incluía un feroz rencor por la traición de los Saboya, de la aristocracia nobiliaria y económica de Italia, que abrazaba ahora a los invasores anglosajones con el mismo fervor con que, un cuarto de siglo antes, habían encontrado en los camisas negras una tabla de salvación.

Estos hombres, contrariando las inclinaciones antiperonistas que habían comenzado a prevalecer entre los líderes fascistas de la colectividad, tendían a valuar con ánimo aprobatorio el enfrentamiento de Perón con la Unión Industrial, entidad en la que veían una suerte de réplica argentina de aquella Italia "bien" y traicionera que había dado la espalda al Duce.

Un Perón que quebraba lanzas con la oligarquía, sin descuidar la tarea de barrer a balazos las conducciones sindicales comunistas, configuraba para ellos una receta bien aplicada de lo que Mussolini debió haber hecho desde el comienzo. Y seguramente fue ésa la interpretación dada por los jerarcas exiliados a una frase que Perón solía repetir en sus conversaciones con ellos y que alguna vez formuló también en público: "Yo me propongo imitar a Mussolini en todo, menos en sus errores".

34

Pero los jerarcas se equivocaban. Tal, por lo menos, la conclusión que parece inevitable si se analizan los pasos dados por Perón entre 1943 y 1946, el período de su accidentada marcha hacia el poder. Su choque con la Unión Industrial, en rigor, fue menos un efecto buscado que la frustración de una línea política orientada en otra dirección.

Producido el golpe de 1943, Perón eligió para sí la oscuridad del entonces irrelevante Departamento de Trabajo, en lo que la posterior mitología peronista habría de rescatar como una prueba de su identificación con la causa obrera. Se trataba, en efecto, del área más indicada del aparato estatal para entrar en contacto con los trabajadores.

Pero era también el organismo estatal más apropiado para tomar contacto con todas las expresiones corporativas de la sociedad argentina, incluida, desde luego, la clase obrera organizada, y la historia de ese período presenta fuertes indicaciones de que fue ése precisamente el motivo que guió a Perón en su elección de tal puesto.

Su actuación al frente del Departamento de Trabajo, y de la posterior Secretaría de Trabajo y Previsión, se desarrolló de hecho en dos vertientes, con Perón como interlocutor de los sindicatos obreros en una de ellas y de las asociaciones empresarias en la otra.

Vale la pena releer los discursos pronunciados por Perón en esa etapa de su carrera política. Son piezas oratorias que lo muestran claramente desdoblado en dos personajes distintos, por momentos hasta contradictorios, según actuara en una u otra vertiente. En su contacto con los trabajadores recurría a un lenguaje retórico, demagógico, manipulatorio. En su relación con el empresariado, Perón se abría, se exteriorizaba, exponía su plan político.

Este es quizás el primer dato significativo para reconstruir el papel histórico de Perón más allá de la mitología: su primera enunciación de un proyecto político claramente articulado tiene por marco la vertiente número dos, la de su diálogo con los empresarios.

O, por lo menos, se trata del primer ámbito en el que enuncia un proyecto político desde aquella base de apertura hacia la Argentina corporativa que es el Departamento de Trabajo, ya que antes de junio de 1943 lo había hecho privadamente ante oficiales del ejército y un grupo muy seleccionado de civiles, a su retorno de Italia.

Un proyecto que he venido rumiando y postergando desde que me establecí en Roma es el de rastrear todos los pasos dados por Perón en la etapa italiana de su vida. Querría excavar cuantas referencias a Perón pudiera haber en documentos políticos y militares de la época, así como localizar e interrogar a los pocos testigos que quedaran aún con vida acerca de lo que fue e hizo en este país aquel oficial argentino incorporado durante dos años al cuerpo alpino del ejército italiano.

Los datos disponibles de aquel período tan oscuro como crucial en la existencia de Perón son terriblemente confusos y plagados de contradicciones, pero de cualquier manera parece seguro que partió con destino a Europa en febrero de 1939. Menos seguras

son, en cambio, las versiones existentes sobre las finalidades de este viaje.

En declaraciones formuladas tres décadas más tarde al historiador Félix Luna, Perón explicaría su traslado a Italia como una misión que le confió el Ministerio de Guerra para estudiar sobre el terreno lo que parecía ser una situación prebélica en el Viejo Mundo.

"En enero de 1937", recuerda Perón a principios de 1969 en su diálogo grabado con Luna, "yo regreso de Chile, donde había sido agregado militar. Estaba en la División Operaciones del Estado Mayor General y era a la vez profesor de Historia Militar en la Escuela Superior de Guerra —Historia Militar es estrategia, en realidad de verdad—. Bien. Me llamaron entonces del Ministerio de Guerra y me dijeron que la impresión que tenían era de que se venía la guerra; la información que mandaban en ese sentido los agregados militares era reducida, limitada a aspectos técnicos, y no daba al ministerio la sensación real de lo que estaba sucediendo en Europa; el ministerio necesitaba tener una información cabal de ese proceso sangriento y apasionado que sería la guerra. Me mandaron, pues, en misión de estudios y me dijeron que eligiera el país adonde iría. Yo elegí Italia por una cuestión personal: porque hablo el italiano tanto como el castellano . . . ¡a veces mejor. . .!"[35].

Igual explicación de aquel viaje puede encontrarse en un relato autobiográfico de Perón, grabado en Madrid a principios de los años '70 por los periodistas Torcuato Luca de Tena, Luis Calvo y Esteban Peicovich. Publicado bajo el título de *Yo, Juan Domingo Perón*,

[35] Félix Luna, *El 45*, Editorial Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1969, p. 74.

este trabajo incluye, en adición a la historia que cuenta el entrevistado de su propia vida, intercalaciones aclaratorias de sus autores presumiblemente recogidas también de Perón o, por lo menos, insertadas con su aprobación.

En una de tales inserciones se relata que, ante los crecientes indicios de que una nueva guerra mundial no tardaría en producirse, Perón fue llamado un día al despacho del entonces ministro de Guerra, general Carlos Márquez.

"Le considero uno de los oficiales más capacitados", le expresó Márquez, de acuerdo con este relato. "Quiero que se vaya usted inmediatamente a Europa. Le daremos credenciales como agregado militar, pero su trabajo verdadero será estudiar la situación. Queremos saber quién va a ganar la guerra y cuál cree usted deberá ser la actitud de la Argentina. Estudie usted el ejército italiano, especialmente sus escuelas de alpinismo. Visite Alemania, hable con sus amigos en las fuerzas armadas —sus antiguos profesores alemanes—, y cuando haya formado una opinión, regrese para hacerme un informe exhaustivo"[36].

Tales explicaciones del viaje llevan a la lógica presunción de que en el Ministerio de Guerra se aguardaba el regreso de Perón con su informe para antes del estallido bélico. Se justifica por ello alguna perplejidad ante el hecho de que el coronel sólo retornara cuando la guerra llevaba ya más de un año de duración, aunque también a este respecto la información disponible encierra algún grado de confusión.

[36] Luca de Tena, Calvo y Peicovich, *Yo, Juan Domingo Perón*, Editorial Planeta, Barcelona, 1976, p. 26.

La foja militar de Perón, citada por su biógrafo Enrique Pavón Pereyra[37], señala como fecha de su retorno el 8 de enero de 1941. También Luca de Tena, Calvo y Peicovich dan cuenta de su regreso a la Argentina en ese año, aunque sin precisar la fecha exacta. Parece razonable, en consecuencia, atribuir a una falla en la memoria de Perón el hecho de que éste, en su diálogo de 1969 con Luna, dijera haber pasado "la mayor parte de 1940 en Mendoza".

En realidad, el pase de Perón al Centro de Instrucción de Montaña en Mendoza aparece anunciado en el Boletín Militar del 8 de enero de 1941, el mismo día consignado en la foja militar del futuro presidente como fecha de su retorno a la Argentina.

También abundan las controversias y las contradicciones sobre los motivos de este pase a Mendoza, medida explicada por Perón en su diálogo con Luna como una suerte de castigo aplicado en reacción a los puntos de vista que había expuesto acerca de su experiencia italiana en una serie de conferencias dictadas ante oficiales del ejército a su regreso de Europa.

"Cuando terminé esas conferencias, resultó que para el sector cavernícola que siempre tienen los ejércitos, yo era una especie de nihilista, ¡un socialista que llevaba una bomba en cada mano!", explicó Perón a Luna[38].

También Luca de Tena, Calvo y Peicovich, citando al financista argentino Jorge Antonio, atribuyen un carácter punitivo al pase de Perón a Mendoza,

[37] Enrique Pavón Pereyra, *Vida de Perón*, Ed. Justicialista, Buenos Aires, 1965, citado por Enrique Díaz Araujo, *El GOU en la Revolución de 1943*, Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de Cuyo, 1970, p. 26.

[38] Félix Luna, *ibíd.* p. 77.

aunque fundamentan de otro modo la sanción. La medida, según estos autores, habría reflejado la irritación de la oficialidad germanófila del ejército ante el hecho de que Perón vaticinara en aquellas conferencias la derrota del Eje[39].

La hipótesis del castigo, con todo, no parece resistir la evidencia de que el anuncio oficial de la nueva misión asignada a Perón coincidió con la fecha de su retorno de Italia, reflejando así una decisión tomada antes de que el coronel dictara sus conferencias.

Algunos autores dudan incluso de que estas charlas hubieran existido, en vista del escaso tiempo que se supone debió haber transcurrido entre la asignación del nuevo destino militar de Perón y su efectivo traslado a la provincia cuyana. Pero tales dudas no tienen mayor asidero. Al margen de los múltiples testimonios —incluido uno del propio Perón— que citan aquellas disertaciones como un elemento clave para comprender la actuación posterior de Perón, recuerdo que las razones aducidas en 1943 por los fascistas italianos para explicar su inicial confianza en el coronel se cifraban básicamente en noticias que tenían ya entonces —sospecho que a través de la embajada— sobre el contenido de conferencias ofrecidas por el futuro presidente en círculos cerrados del ejército argentino.

Por lo que se sabe de aquellas charlas a la luz de los datos disponibles —incluidos los suministrados por su propio autor—, Perón explicó con franco entusiasmo a sus camaradas de armas lo que era a su entender la fórmula ideal encontrada por Mussolini para combatir al comunismo mediante un sistema político que asumía desde el poder la representación uniforme de

[39] Luca de Tena, Calvo y Peicovich, *ibíd.* pp. 29 y 30.

toda la sociedad, superando los gobiernos de clase inaugurados por la burguesía.

A juicio de Perón, se extinguía de esta manera la lucha de clases, que respondía a la presencia exclusiva de una sola de ellas en el poder y al estímulo que recibían de esta situación las clases marginadas para buscar el desplazamiento del sector social dominante.

En esas charlas de Perón aparecen por primera vez dos expresiones que habrán de hacer historia en la Argentina, *tercera posición* y *socialismo nacional*, cuyo sentido, en aquella formulación originaria, era del todo ajeno a lo que años más tarde se conocería como la no alineación, aun cuando Perón reivindicara para sí la paternidad de esta corriente.

Se trataba, en verdad, de conceptos lisa y llanamente descriptivos del fascismo italiano, de aquel experimento político que Perón había estudiado en la Italia de Mussolini y que lo tenía ostensiblemente fascinado cuando regresó a la Argentina.

Aquella fascinación perduraba aun cuando Perón, en su diálogo de 1969 con Luna, explicó las conclusiones que había extraído de su experiencia italiana y expuesto ante sus camaradas del ejército argentino. ". . . Allí (en Italia) está sucediendo una cosa: se estaba haciendo un experimento", dijo. "Era el primer socialismo nacional que aparecía en el mundo. No entro a juzgar los medios de ejecución, que podían ser defectuosos. Pero lo importante era eso: un mundo ya dividido en imperialismos (. . .) y un tercero en discordia que dice: 'No, ni con unos ni con otros, nosotros somos socialistas, pero socialistas nacionales'. Era una tercera posición entre el socialismo soviético y el capi-

talismo yanqui. Para mí ese experimento tenía un gran valor histórico. De alguna manera, uno ya estaba intuitivamente metido en el futuro"[40].

Parece claro que Perón, al exponer estos conceptos ante los oficiales del ejército argentino, no estaba formulando una mera tesis académica sino enunciando una línea de acción y convocando a seguirla.

[40] Félix Luna, ibíd. p. 75. El trabajo de Luca de Tena, Calvo y Peicovich también recoge pocos años después declaraciones de Perón que rinden un testimonio similar de su continuada admiración por la figura y la obra de Mussolini. "No me hubiera perdonado nunca", expresa Perón en ese relato autobiográfico, "el llegar a viejo, el haber estado en Italia, y el no haber conocido a un hombre tan grande como Mussolini. Me hizo la impresión de un coloso cuando me recibió en el Palacio Venecia. No puede decirse que fuera yo en aquella época un bisoño y que sintiera timidez ante los grandes hombres. Yo había conocido a muchos. Además, mi italiano era tan perfecto como mi castellano. Entré directament a su despacho donde estaba él escribiendo; levantó la vista hacia mí con atención y vino a saludarme. Yo le dije que, conocedor de su gigantesca obra, no me hubiera ido contento a mi país sin haber estrechado su mano". (Luca de Tena, Calvo y Peicovich, *ibíd.* p. 27).

35

El proyecto político que fue delineando Perón a partir del ideario expuesto en aquellas charlas descansaba sobre dos premisas aparentemente contrapuestas: por un lado, la convicción de que sólo un ordenamiento político-social que rescatara los componentes esenciales del fascismo podía oponer defensas eficaces al avance comunista; por el otro, la certeza de que el fascismo sería derrotado en la segunda guerra mundial.

Yo no apostaría a que ya en 1941, el año de aquellas charlas, Perón hubiera alcanzado la certeza del triunfo aliado. Me parece indudable, en cambio, que esta certidumbre figuraba ya entre los fundamentos de su actuación política en los casi dos años que mediaron entre su designación como titular del Departamento de Trabajo y el efectivo colapso del Eje.

Las referencias de Perón al desarrollo de la guerra en sus declaraciones, conferencias y discursos de este período ya encierran claramente el supuesto de la victoria aliada y expresan una visión apocalíptica de lo que ocurriría en el mundo después de ella.

Ideológicamente condicionado a no ver otra disyuntiva que la de "Roma o Moscú" —fascismo o comunismo—, según el conocido lema mussoliniano, Perón consideraba inevitable que la caída de Roma sólo abriría caminos a la expansión soviética.

Las democracias occidentales que habrían de compartir el triunfo con la Unión Soviética no podían constituir una alternativa válida al comunismo para

una línea de pensamiento como la de Perón, que en su desprecio por los sistemas demoliberales no les asignaba otro papel histórico que el de alfombrar kerenskianamente el camino de la expansión bolchevique.

De ahí que las fórmulas de acción delineadas por Perón para contener la amenaza comunista en la etapa abierta por la derrota del Eje no se orientaran, por lo menos en los primeros años de la posguerra, a buscar la protección de las grandes potencias capitalistas occidentales que también formaban parte del victorioso bando aliado. Bajo un esquema ideológico como el suyo, sería absurdo defenderse de Moscú por vías de una asociación con ese demoliberalismo que él visualizaba como la antesala histórica del bolcheviquismo.

Perón, hombre de Occidente, entendía que la contienda entre la cultura occidental y la nueva cultura política emanada de la Revolución Rusa tendría un desenlace mortal para la primera si ésta se limitara a encararla como mera defensa de sus propias estructuras capitalistas prerrevolucionarias. Occidente tenía que generar en sí mismo una evolución que lo colocara a la altura del desafío.

La Revolución Rusa era, para Perón, un acontecimiento histórico irreversible, como la Revolución Francesa. Y, como ésta, sólo podía ser neutralizada a partir de una estrategia que apuntara no a destruirla, sino a *absorberla*. Occidente debía destilar frente a ella una doctrina y una práctica de absorción similares a las que destiló la Iglesia Católica con la *Rerum novarum* de León XIII, frente al cataclismo de 1789.

"Si no tienes la fuerza suficiente para matar a tu enemigo de un golpe, mátalo de un abrazo", solía decir Perón. Esa era, en síntesis, la fórmula de su estrategia anticomunista. Frente a un enemigo que no puede ser destruido, Occidente debe encontrar cursos de acción que le permitan asimilarlo, incorporarlo y

digerirlo en términos compatibles con una consigna de autopreservación.

Hay un notable discurso de Perón, pronunciado el 7 de agosto de 1945 ante oficiales del ejército en el Colegio Militar, que urge precisamente a encarar una absorción "evolutiva" de la Revolución Rusa como la única estrategia de supervivencia posible para el mundo occidental [41] .

[41] "La Revolución Rusa es un hecho consumado en el mundo. Hay que aceptar esa evolución", sostuvo Perón en ese discurso. "Si la Revolución Francesa terminó con el gobierno de las aristocracias, la Revolución Rusa termina con el gobierno de las burguesías. Empieza el gobierno de las masas populares. Es un hecho que el ejército debe aceptar y colocarse dentro de la evolución. Eso es fatal. Si nosotros no hacemos la Revolución Pacífica, el pueblo hará la revolución violenta. Piensen en España, en Grecia, en todos los países por los que ha pasado la revolución. En este orden de ideas es necesario que el país se encamine dentro de esas grandes directivas. El gobernante tiene muchas veces la obligación de no hacer lo que a él le gusta. Se imaginarán ustedes que yo no soy comunista ni mucho menos. La obligación tampoco es de hacerse comunista, pero sí adaptar al país a esa evolución, colocarlo dentro de la Evolución Mundial, pues resistirla es como nadar contra la corriente: no se tarda mucho en ahogarse. Y la solución de este problema hay que llevarla adelante haciendo justicia social a las masas. Ese es el remedio que, al suprimir la causa, suprima también el efecto. Hay que organizar las agrupaciones populares y tener las fuerzas necesarias para mantener el equilibrio del Estado. (...) El país tiene que meterse dentro de esa evolución; de lo contrario va, a corto o largo plazo, a una situación de violencia no metiéndose dentro de esa evolución. Es natural que este otro hecho, que obedece más al fatalismo histórico que a nuestra voluntad, no le sea grato a los hombres que tienen mucho dinero, porque, desde que el mundo es mundo, la obra social no se hace más que de

Occidente, según el enfoque de Perón, había generado ya, con el fascismo, los mecanismos de absorción adecuados para hacer frente al peligro rojo, pero se había embarcado en una guerra suicida que lo llevaría a destruir este anticuerpo en su propio organismo y que lo dejaría convertido, después de la victoria, en inerme pasto del Kremlin.

La única esperanza de Perón era la de ver algún día a las victoriosas potencias occidentales, apremiadas por las consecuencias de su triunfo, regenerar en sí mismas aquellos mecanismos de absorción que habían matado en los vencidos. Hasta que tal cosa ocurriera, sólo cabía convertir a la Argentina, y de ser posible a Latinoamérica, en un *bunker* geopolítico, un bastión enroscado defensivamente sobre sí mismo y apto para aguantar el previsto embate comunista de posguerra a la espera de la gran transfiguración de Occidente.

Para ese dramático interludio histórico, en suma, Perón consideraba urgente construir, frente al avance comunista, mecanismos de defensa que no fueran dependientes de la claudicante estrategia demoliberal. Esta consigna lo llevó a desarrollar frente a los Estados Unidos de Truman una política "objetivamente" antiimperialista, pero cuyo contenido subjetivo era básica-

---

una manera: quitándole al que tiene mucho para darle al que tiene demasiado poco. Es indudable que eso levantará la reacción y la resistencia de esos señores, que son los peores enemigos de su propia felicidad, porque por no dar un 30 por ciento van a perder dentro de varios años, o de varios meses, todo lo que tienen, y además las orejas" (Alejandro Peyrou y Ernesto E. Villanueva, *Documentos para la historia del peronismo*, Editorial Carlos Pérez, Buenos Aires, 1969, pp. 206-208).

mente antikerenskista. Es decir, en última instancia, anticomunista. Bajo el lema de "Braden o Perón" aleteaba todavía, mediatizada y retorcidamente, el viejo dilema de "Roma o Moscú".

36

Para ese Perón que entre 1943 y 1945 observaba con frío realismo el progresivo derrumbe del Pacto Tripartito, el futuro inmediato era aterrador. En sus previsiones de aquellos años, el colapso del Eje debía provocar dramáticos cambios en la relación mundial de fuerzas, precipitando una incontenible marcha Roja hacia el Oeste. ". . .Toda Europa entrará dentro del anticapitalismo panruso", vaticinó el entonces secretario de Trabajo y Previsión en su famoso discurso del 25 de agosto de 1944 en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires. Y un año después, en su alocución del Colegio Militar, afirmaría: "La guerra, señores, la han ganado los rusos. No la han ganado ni los ingleses ni los norteamericanos".

En su mensaje a los empresarios en la Bolsa de Comercio, Perón los convocó a tomar conciencia de esta realidad inminente y terrible: un mundo socialista agigantado por su victoria sobre el Eje, y repentinamente expandido nada menos que hasta las costas atlánticas de Europa, tendría un formidable poder de intervención ideológica y política en la vida interna argentina.

"Pueden venir días de agitación", advirtió. "La Argentina es un país que no está en la estratosfera, sino que está viviendo una vida de relación; de manera que las ideologías que aquí se discuten, no se decidirán en la República Argentina, sino que ya se están decidien-

do en los campos europeos; y esa influencia será tan grande para el futuro que la veremos crecer progresivamente hasta provocar hechos decisivos que pueden ir desde el grito de 'Viva esto' o 'Viva lo otro' hasta la guerra civil.

"Está en manos de nosotros hacer que la situación termine antes de llegar a ese extremo, en el cual todos los argentinos tendrán algo que perder, pérdida que será directamente proporcional con lo que cada uno posea: el que tenga mucho lo perderá todo, y el que no tenga nada no perderá. Y como los que no tienen nada son muchos más que los que tienen mucho, el problema presenta en este momento un punto de crisis tan grave como pocos pueden concebir"[42].

Más adelante, Perón describió ante los empresarios el sombrío panorama que preveía para Sudamérica y, en particular, para la Argentina.

"En América quedarán países capitalistas", dijo, "pero en lo que concierne a la República Argentina, sería necesario echar una mirada de circunvalación para darse cuenta de que su periferia presenta las mismas condiciones rosadas que tenía nuestro país. Chile es un país que ya tiene, como nosotros, un comunismo en acción de hace años; en Bolivia, a los indios de las minas parece que les ha prendido el comunismo como viruela, según dicen los bolivianos; Paraguay no es una garantía en sentido contrario al nuestro; Uruguay, con el camarada 'Orlov', que está en este momento trabajando activamente; Brasil, con su enorme riqueza, me temo que al terminar la guerra pueda caer en lo mismo. Y entonces pienso cuál será la situación de la República Argentina al terminar la

[42] Gonzalo Cárdenas y otros, *El peronismo*, Carlos Pérez Editor, Buenos Aires, 1969, pp. 211-31.

guerra, cuando dentro de nuestro territorio se produzca una paralización y probablemente una desocupación extraordinaria; mientras desde el exterior se filtre dinero, hombres e ideologías que van a actuar dentro de nuestra organización estatal y dentro de nuestra organización del trabajo"[43].

El proyecto que ofrecía Perón a los empresarios argentinos como alternativa al naufragio en la vaticinada inundación bolchevique mundial descansaba sobre la idea básica de asignar al Estado un papel activo en la organización política de las masas.

Estudioso del sistema corporativista, Perón veía en los sindicatos el conducto más apropiado para la instrumentación del proyecto, a condición de que se lograra quebrar el nexo que en el ordenamiento demoliberal los liga a los partidos políticos.

No se trataba de promover un sindicalismo autónomo y "apolítico". La concepción del sindicato como "correa de transmisión" de una conducción política era tan válida y vigorosa en el proyecto de Perón como en el de Lenin, con la diferencia de que el papel de la instancia política rectora quedaba transferida del partido al Estado.

Este programa, sin embargo, no podía llevarse a la práctica en términos estables y duraderos sin la adopción paralela de medidas salariales y sociales que estimularan el consenso de las masas obreras a los mecanismos diseñados para controlarlas, medidas inevitablemente costosas para el empresariado, pero que éste debía aceptar como una sabia inversión en seguridad.

Las guerras tienen, entre otros inconvenientes, el de ser caras. Y ésta era una guerra como cualquier

[43] Gonzalo Cárdenas y otros, *ibíd.* pp. 211-31.

otra —en cierto sentido peor que cualquier otra—, que debía ser librada con armas ajustadas a la naturaleza del enemigo.

37

En los años que siguen a su retorno de Italia y que enmarcan la maduración de su proyecto político, Perón imagina efectivamente la posguerra como primera etapa de una guerra nueva e inédita, difícil de reconocer como tal bajo la conceptuación militar en vigor. Anticipándose en más de quince años a la *counterinsurgency* del Pentágono estadounidense, denuncia la presencia de un enemigo que, aun siendo externo, no atacará desde fuera sino desde dentro.

Precursor de la "guerra contrarrevolucionaria" de los años '60, Perón descubre al "enemigo interno", encarnado en el "camarada Orlov", lanzado a corroer las defensas intestinas de la Nación desde conducciones sindicales, puestos partidarios y cargos administrativos, en uso de las facilidades operativas que le ofrece la partidocracia liberal.

Esta tesis, esbozada por Perón ante el empresariado argentino en su mensaje de la Bolsa de Comercio, es la misma que, desarrollada en términos más ajustados a oídos militares, aparece expuesta en el documento fundamental del GOU.

Aquí no viene al caso tomar partido en la vieja controversia acerca de si el GOU fue creado por Perón o si éste, ajeno a su fundación, lo "copó" en un segundo tiempo. Lo cierto es que cuando esa sociedad secreta entra en operaciones como el poder detrás del trono durante el régimen militar implantado el 4 de junio de 1943, lo hace bajo la gravitación hegemónica del

hombre que habrá de instalarse en el Departamento de Trabajo.

El documento *Nuevas bases para el GOU* (Grupo Obra de Unificación) incluye un inciso cuyo subtítulo, "La defensa contra la política", es ya de suyo toda una definición del enemigo.

"Las derivaciones de la política moderna", sostiene, "han traído como consecuencia la necesidad de que los ejércitos lleguen a penetrar, más que la política misma, los designios de los políticos, que ponen en peligro la existencia misma del Estado y del Ejército".

"Una cosa es hacer política y otra es conocerla para prevenir al Ejército contra los profundos males que ésta pueda ocasionar. Tal es la obligación moderna del militar."

Aparece prefigurada ya aquí una estrategia de defensa nacional que, en función de un enemigo visto como interno, sólo puede formularse como estrategia de la conducción política del país a partir de una instancia anterior y superior a "los designios de los políticos".

La definición e instauración de esta instancia pre y suprapartidista como sujeto último de la conducción política de un país es quizás la nota más distintiva del peronismo, en la medida en que se entienda por peronismo el proyecto de Perón.

38

Cuando en los años '60 la "peronología" se convirtió en una ciencia de moda, todos sus cultores coincidieron en subrayar como uno de los componentes esenciales y definitorios del peronismo su carácter de "movimiento". El propio peronismo, en aquellos años, cargaba el acento sobre esta peculiaridad de su propia naturaleza.

El peronismo se reconocía a sí mismo en el "movimiento" como asiento de una identidad política que lo diferenciaba de los partidos, de la "partidocracia liberal". El peronismo no rehuía la organización de tipo partidario, pero la asumía como un mero momento táctico, carente de vida propia y subordinada a la inapelable conducción estratégica del movimiento.

En su variante partidaria, el peronismo de aquellos años celebraba congresos y se sometía a elecciones internas para ajustarse al contexto pluralista del régimen demoliberal, pero no se dejaba consistir en esa mecánica partidaria, encarada como mera formalidad externa que no decidía por sí la política ni la dirección del partido.

El comportamiento político del partido —así como sus cuerpos directivos y sus candidatos, surgidos sólo en apariencia de una mecánica partidaria interna— emanaban verticalmente de una "conducción estratégica" localizada en el movimiento, fuera y por encima del partido.

Pero la verdad es que durante la década pero-

nista concluida con el golpe militar de 1955 no se hablaba tanto del "movimiento", o se utlizaba el término con una acepción más genérica. La mistificación movimientista del peronismo, esa sofisticada elaboración conceptual del movimiento con sus complicadas articulaciones entre conducción estratégica y comandos tácticos, es en realidad un proceso posterior a setiembre de 1955.

Hasta entonces, la especificidad del peronismo no había radicado en un determinado tipo de partido ni en un determinado tipo de movimiento sino en un determinado tipo de Estado. El peronismo, en tanto que proyecto político de Perón, comienza por ser una cierta manera de concebir la naturaleza y la función del Estado. Lo específicamente peronista en el período 1946-1955 es, más allá del Partido Peronista y del movimiento peronista, el *Estado peronista*.

Lo novedoso de Perón es precisamente su concepción del Estado como sujeto último de la vida nacional, como fuente y ejecutor de políticas, estrategias y tácticas específicamente estatales. En las democracias liberales modernas, el Estado es concebido como una estructura políticamente vacía, carente de vida y orientación propias. Las políticas que desde él se desarrollan y le dan contenido no son específicas del Estado como tal sino de los partidos que ocasionalmente lo controlan.

El sujeto de la vida política, en las democracias liberales, no tiene su asiento en el Estado sino en los partidos, entendidos por lo menos teóricamente como conductos de una voluntad popular que fija, desde fuera del Estado, la orientación del aparato estatal. Se trata, por antonomasia, de una concepción mandataria del Estado.

Esta relación instrumental entre los partidos y el Estado aparece invertida en el proyecto de Perón. El

Estado, aquí, ya no es receptor y vehículo pasivo de una voluntad política que le es esencialmente ajena, sino fuente y sujeto de una voluntad política que le es esencialmente propia y a partir de la cual asume una relación instrumental con el plano de la vida partidaria.

Perón no podía concebir su propio papel al frente del Estado peronista como tributario de un "mandato" o como derivación de una voluntad política anterior a ese Estado e independiente de él. El poder, en el ámbito del Estado peronista, no es una cosa a la que *llega* una fuerza partidaria preexistente a su ejercicio, sino una instancia absoluta y primigenia. El ejercicio del poder expresa la autodeterminación activa del Estado y no su sometimiento pasivo a una actividad determinante de fuerzas políticas asentadas en el llano.

Establecido el Estado peronista, de él emana y depende una serie de aparatos paraestatales de control y manipulación de masas, en un tipo de relación cuyo principio activo está arriba y el pasivo abajo. Arriba se decide y abajo se acata, arriba se da y abajo se agradece, de acuerdo con la concepción mussoliniana que tenía Perón de la masa. "La masa es mujer", decía Mussolini, "y necesita ser domada".

En este contexto, el Partido Peronista —así como la Confederación General del Trabajo, el Partido Peronista Femenino o la Fundación Eva Perón —es una secreción del Estado peronista. Su naturaleza no es la de una organización política que el pueblo se da protagónicamente a sí mismo para conquistar o ejercer el poder del Estado, sino la de una maquinaria paraestatal generada desde el poder para organizar al pueblo a partir de un primigenio protagonismo estatal.

39

Esta caracterización del Estado peronista, sin embargo parece contradecir el proceso histórico de su gestación La historiografía oficial del peronismo ha consagrado como episodio fundacional del movimiento la jornada del 17 de octubre de 1945[44], cuya nota de mayor relieve fue precisamente el papel protagónico de la masa.

Y esto es incuestionable. Aun despejando ese acontecimiento de sus posteriores sobreagregados mitológicos, no cabe duda de que fue un gran acto de protagonismo popular, en el que la masa desempeñó un papel activo, central y determinante. La multitud

[44] El 17 de octubre de 1945, una enorme muchedumbre predominantemente obrera marchó desde los suburbios fabriles de Buenos Aires sobre el centro de la ciudad para reclamar frente a la casa de gobierno la liberación del coronel Perón. Este había sido arrestado una semana antes y removido de todos los cargos que ocupaba en el régimen militar del general Edelmiro J. Farrell (la vicepresidencia, el Ministerio de Guerra y la Secretaría de Trabajo y Previsión), en un golpe de palacio promovido por sectores militares adversos a la creciente concentración de poder en manos de Perón y al carácter demagógico que atribuían a su política. Perón fue efectivamente liberado ese día y llevado a los balcones de la casa de gobierno, desde los cuales dirigió a la multitud lo que puede considerarse el primer discurso de la campaña electoral que habría de llevarlo a la presidencia al año siguiente.

fue ese día "sujeto" de una voluntad política que decidió el futuro de la historia argentina.

Ese activismo popular halló luego una fórmula de continuidad organizativa y política en el Partido Laborista, que habría de llevar al triunfo la candidatura de Perón en las elecciones del 24 de febrero de 1946.

El laborismo fue en verdad un fiel reflejo del protagonismo de masa que había entrado en erupción el 17 de octubre. No era exactamente un partido revolucionario. Tanto su estatuto como su declaración de principios y sus mismas prácticas política apuntaban, más que a un cambio de estructuras, a la institucionalización de aquel activismo popular en una gran democracia de masas.

Se trataba, en otros términos, no de derribar el ordenamiento existente, sino de ampliarlo, de asegurar una masiva y activa participación popular en lo que había sido hasta entonces una suerte de democracia ateniense, restringida a unos pocos.

Este énfasis en el papel protagónico de la masa aparece referido no sólo a la vida político-institucional del país sino también a la organización interna del laborismo. Era éste, en efecto, un partido típicamente "basista", cuya elaboración de decisiones pasaba por tumultuosos trámites de asamblea en una proporción mucho mayor que la de cualquier otra agrupación política argentina.

Y como si el laborismo temiera que este activismo de base fuera absorbido por Perón, éste fue postulado como candidato presidencial pero no asumido como líder del partido. En tal sentido, la única dignidad orgánica que se le reconoció fue la del carné de afiliado número uno[45].

[45] Este detalle es subrayado por Carlos S. Fayt en *La naturaleza del peronismo*, Ed. Viracocha, 1967.

Todo esto era el exacto reverso del proyecto político que en otras sedes iba exponiendo Perón, quien en verdad sentía repulsión por el basismo laborista y por toda aquella exaltación del pueblo como protagonista político. Pero el laborismo y el proceso popular que le dio origen se habían convertido de hecho en la única vía disponible para llegar a las elecciones con alguna perspectiva de éxito, y Perón se allanó a recorrerla hasta que su función se agotara.

Ganadas las elecciones del 24 de febrero y asumida finalmente la presidencia el 4 de junio, Perón tardó sólo unos pocos días en invertir el esquema político que lo había llevado al poder. El 13 de junio de 1946, se hizo efectiva la virtual proscripción del laborismo y de todos los demás grupos que lo habían postulado como candidato, al quedar transferidos los bienes, locales y militantes de los mismos a una nueva organización política —denominada inicialmente Partido Unico de la Revolución Nacional y más tarde Partido Peronista— *construida verticalmente desde el Estado.*

El "peronismo", si por tal ha de entenderse la instrumentación práctica del proyecto de Perón, nace de hecho ese 13 de junio de 1946. Y nace como consagración del Estado en su papel de sujeto político, como negación del basismo laborista y del protagonismo popular. Nace, en rigor, como el anti-17 de octubre.

Aquel Partido Peronista se constituye y actúa como una virtual repartición pública dependiente de la Presidencia de la Nación, así como la CGT se convierte en una vicaría del Ministerio de Trabajo y Previsión, que llega incluso a redactar los estatutos de las organizaciones sindicales.

La consigna de "imitar a Mussolini en todo me-

nos en sus errores" viene a significar en la práctica rescatar del Estado fascista su papel esencial como organizador político del pueblo, aunque recurriendo al paraestatalismo en reemplazo de la estatización lisa y llana como fórmula más apropiada para sobrevivir en un contexto internacional signado por la derrota del Eje.

En el ordenamiento político-institucional que surge del proyecto peronista, los partidos perduran en su pluralidad para preservar las formas exteriores de la democracia, pero desplazados hacia la periferia de un sistema cuyo mecanismo central es la concentración sectorial de la población en aparatos controlados por el Estado[46].

[46] Perón concebía a los partidos políticos como formaciones históricas transitorias y destinadas a desaparecer, en contraste con otros modos de agrupamiento como la familia y *el sindicato*, a los que atribuye la solidez y la permanencia inherentes a toda expresión esencial de la condición humana. Partidos y sindicatos no son manifestaciones paralelas y recíprocamente compatibles de la actividad humana en una sociedad libre, sino momentos casi antagónicos de un proceso que condena a los primeros a ser reemplazados, violenta o paulatinamente, por los segundos. En este sentido, la "comunidad organizada" de Perón encara a los sindicatos como componentes esenciales de sí misma, mientras tolera malamente a los partidos como residuos en descomposición de un superado *ancien règime*.

"Es indudable que las viejas organizaciones políticas van siendo paulatinamente reemplazadas por las nuevas organizaciones gremiales", afirma Perón en un discurso pronunciado el 24 de setiembre de 1952, "y éste es un movimiento que el mundo ya no tiene fuerza para detener, porque él ha llegado a ser tan extraordinario en la conciencia social de los pueblos, se ha extendido en tal magnitud por el mundo que antes de volver a las antiguas formas ya superadas prefieren ir al comunismo, que es también una triste solución, pero que es la única que les queda a los pueblos que encuentran cerrado el camino de la justicia y de la verdadera libertad.

Ya bajo la segunda presidencia de Perón, este papel del Estado se hace más explícito cuando el peronismo deja de ser incluso formalmente la doctrina de un partido —es decir, de una "parte" de la sociedad— para convertirse oficialmente en doctrina del Estado, "Doctrina Nacional", de enseñanza obligatoria en escuelas y academias militares.

El Partido Peronista pasa inclusive a situarse de este modo en un plano intermedio entre su originaria naturaleza paraestatal y el Estado mismo, al quedar reducido su papel al de un organismo portador y difusor de orientaciones fijadas oficialmente por el Estado como tal.

Durante la década peronista concluida en 1955, pues, quedan ya claramente diferenciadas en el ámbito de la "organización política del pueblo" los planos de la "conducción táctica" y la "conducción estratégica" como competencias de dos instancias orgánicamente distintas, con el partido en el primero de ambos papeles y el Estado en el segundo.

"Este es un proceso que está viviendo el mundo, y es una cosa natural. Observen ustedes que la organización política es una organización circunstancial. La organización gremial es una organización casi de derecho natural, como la familia. De manera que eso es lo permanente. Las otras tienden a ir desapareciendo, y si no, observen ustedes de un siglo a esta parte, en que la predominancia de la organización política era absoluta, hasta nuestros días, donde las organizaciones políticas van siendo cada día menores frente al avance de la organización sindical". (Alejandro Peyrou y Ernesto E. Villanueva, *Documentos para la historia del peronismo*, Carlos Pérez Editor, Buenos Aires, 1969, p. 260).

40

Bajo el régimen surgido del alzamiento militar que derrocó a Perón en setiembre de 1955, el desmantelamiento del Estado peronista trajo como lógica implicación no sólo la aniquilación del Partido Peronista sino también el colapso de su identidad política, por lo menos en lo que respecta al papel que le había tocado desempeñar durante los nueve años precedentes.

Es importante precisar aquí que el Partido Peronista murió, no exactamente por vías de su proscripción —medida a la que han sobrevivido clandestinamente otras fuezas políticas sin sufrir problemas de identidad— sino por la destrucción de un determinado tipo de Estado con el que había mantenido una relación de consustancialidad.

Tratándose de un peculiar partido cuya naturaleza radicaba en su articulación con el Estado peronista, la desaparición de este Estado no pudo menos de implicar la desaparición del partido que en él encontraba su identidad y su consistencia.

Presumir que el Partido Peronista —*ese* Partido Peronista— pudiera sobrevivir en la clandestinidad era tan absurdo como asignar posibilidades de supervivencia clandestina a un ministerio o a una dirección de aduanas.

Pero al margen de la suerte corrida por el partido, el peronismo perduraba con explosiva vitalidad como sentimiento popular, buscando tesoneramente por su propio impulso de base formas de expresión,

agregación y organización política —legal o clandestina— bajo el nuevo orden de cosas implantado por la Revolución Libertadora[47].

Libre ya del enchalecamiento paraestatal que había sido para él el Partido Peronista, este peronismo popular amenazaba ahora con revivir el basismo laborista y aquel protagonismo de masas del 17 de octubre, perspectiva temida por Perón no menos que por los militares que lo habían derrocado.

En este marco se inicia la mistificación del "movimiento" y su sofisticada reelaboración conceptual como instancia superior de conducción estratégica en relación con la cual las expresiones políticas de base quedan reducidas a meras piezas tácticas. El movimiento, en esta variante bizantina que es típica de la etapa posterior al golpe de 1955, emerge de hecho para reemplazar al demolido Estado peronista como factor de verticalización.

Esta es la clave del "movimientismo" peronista, fenómeno ausente o sólo larvado en el período 1946-1955, pero que luego asciende a primer plano para llenar el espacio dejado vacante por el Estado peronista en un esquema autoritario de conducción política.

Perón, como sujeto en el exilio de una incontrastada voluntad política cuyo cuerpo místico es el movimiento, rescata para sí de este modo el papel regimentador que había desempeñado antes como jefe y encarnación del Estado peronista, reabsorbiendo la iniciativa que bajo la Revolución Libertador corría el peligro de ser recuperada por la masa peronista.

Las premisas básicamente fascistas que habían

[47] En ámbitos antiperonistas se dio el nombre de Revolución Libertadora a la insurrección militar que puso fin al régimen de Perón en setiembre de 1955.

originado en Perón su peculiar concepción del Estado lo llevan en el exilio a elaborar el nuevo papel del movimiento, bajo cuya tutela podrá incluso renacer en su momento el Partido Peronista con la misma naturaleza vicaria y táctica que lo caracterizó en el período 1946-1955, exhibiendo apariencias de una democracia interna autodeterminante que sólo disimulaban su pasiva sujeción a un centro de digitación externo.

41

La necesidad de elaborar en estos términos el concepto de "movimiento" respondió también en gran medida a una importante peculiaridad que presentaba el peronismo en 1955, y que, en el marco de un proyecto político básicamente fascista, resultaba bastante llamativo: el peso arrollador de su componente obrero. ¿Cómo se explicaba esta situación?

Perón fue quizá el primer fascista "clásico" —por no decir el único— de la América Latina. Es decir, fue el primero en tomar nota de que el fascismo europeo era esencialmente un gran movimiento de masas, con una vasta base de consenso popular, logradas a través de políticas sociales concesivas.

En la Italia fascista, esta particularidad pudo confundir incluso a un hombre de clara mentalidad socialista, como Bernard Shaw, quien tuvo sus momentos de debilidad por Mussolini, atribuyéndole el mérito de estar desarrollando "más socialismo práctico que el de muchos socialistas teóricos".

En la Argentina, Lisandro de la Torre cayó en una apreciación similar de la obra mussoliniana, deplorando el hecho de que las corrientes fascistas locales de los años '30 sólo adoptaran los aspectos represivos de su modelo italiano, dejando de lado sus contenidos sociales. Manuel Gálvez, en su biografía de Hipólito Yrigoyen, formuló una crítica parecida.

Perón fue en su país el primero en recoger como línea de acción práctica esta concepción integral del

fascismo, en su doble vertiente autoritaria y social. Las masas populares, potencialmente peligrosas para el ordenamiento social existente, debían ser contenidas y controladas en resguardo de ese ordenamiento, pero en función de políticas concesivas que aseguraran su consenso.

Tal, en esencia, el esquema básico del proyecto que intentó hacer valer Perón ante el empresariado argentino en la Bolsa de Comercio. Los empresarios tenían que resignarse a optar entre perder algo y perderlo todo.

Pero ocurre que un proyecto de este tipo sólo puede ganar apoyo patronal si se lo plantea ante una clase empresaria aterrorizada por evidencias visibles y palpables de una situación prerrevolucionaria en desarrollo. Se ha dicho que un fascista no es más que un liberal asustado, y esta definición cuadraba cabalmente al empresariado italiano que escuchó, aceptó y financió el proyecto de Mussolini en los años que siguieron a la primera guerra mundial.

Acababa de triunfar la Revolución Rusa, que irradiaba hacia el resto del mundo oleadas de entusiasmo revolucionario, fortalecidas además por la crisis económica de posguerra. Italia se veía sacudida por huelgas y ocupaciones de fábricas en un proceso de agitación que por momentos parecía cobrar contornos insurreccionales, mientras el gobierno de Nitti alarmaba a los empresarios evidenciando mayor propensión a negociar con los líderes obreros que a reprimirlos. El Partido Socialista, además, se adjudicó en las elecciones parlamentarias de 1919 un éxito que lo mostraba aparentemente encaminado a convertirse en la mayor fuerza política del país.

En este cuadro, que enfrentaba al empresariado italiano con la evidencia de que su propio control del poder era cada vez menos compatible con ese sistema

demoliberal que abría espacios al crecimiento del socialismo y a la acción sindical, lanzó Mussolini su propuesta política.

Se trataba de un proyecto todavía confuso, pero que encerraba para los sobresaltados empresarios italianos de la primera posguerra un preciso mensaje. Había surgido en el país un grupo de hombres decididos a contrarrestar las aparentes vacilaciones del gobierno con un programa de acción directa, violenta e inmediata contra la dirigencia de izquierda, como primer paso hacia la instauración de un régimen autoritario y de orden.

Era un programa costoso, que sobre la marcha demostraría serlo cada vez más, pero la apremiada burguesía italiana no vaciló en aceptarlo y respaldarlo como única alternativa aparente a su propia desaparición bajo la marea bolchevique.

Los empresarios italianos no dieron este paso porque les gustara darlo. La idea de que el fascismo es una vocación natural e innata de la burguesía constituye otro de los dislates en que suele caer la extrema izquierda. Nadie contrata a un guardaespaldas porque le agrade la compañía de tales individuos, notoriamente caros, ordinarios y exigentes, a los que sólo se recurre bajo impulsos del terror.

No era éste el estado de ánimo con que escucharon a Perón los empresarios argentinos en 1944. La Argentina era un país de industrialización incipiente, con una clase obrera poco numerosa, ganada por la izquierda sólo en algunos estratos minoritarios y engrosada ahora con un proletariado de extracción rural que carecía de conciencia política y de experiencia sindical. Las manifestaciones de intranquilidad social conocidas hasta entonces nunca habían revestido una peligrosidad que rebasara las previsiones policiales del orden vigente.

Por otra parte, la amenaza moscovita que había presentado perfiles aterradores ante los empresarios italianos de 1919 aparecía diluida ahora en la imagen apacible de un Stalin redefinido como aliado y buen amigo en la lucha común contra el Eje por las potencias occidentales de cuya cultura era tributario el empresariado argentino.

Sobre semejante trasfondo, los cuadros apocalípticos que describía Perón en sus vaticinios acerca de la posguerra no podían menos de presentar un aire irreal y divagatorio ante aquellos hombres de negocios reunidos en la Bolsa de Comercio, muchos de los cuales solían prodigar algún aplauso a Stalin cuando lo veían sonreír con fraterna bonhomía al lado de Roosevelt y Churchill en el noticiero Movietone.

Las ideas del coronel, en suma, no se abrieron camino en ese mundo empresario todavía seguro de sí mismo. O, en todo caso, se abrieron un camino muy estrecho, con adeptos ganados entre los escasos exponentes del nuevo empresariado de asalto que venía engordando con la forzada sustitución de importaciones impuesta por la guerra.

Perón, en otras palabras, ganó un apoyo más vergonzante que expresivo en ciertas franjas empresarias marginales a la poderosa burguesía tradicional, y a todas luces insuficientes para marcar el tono de la respuesta que habría de encontrar el ascendente líder populista en las clases dominantes.

Los equivalentes argentinos del coloso industrial que era en la Italia de 1919 el grupo Ansaldo, primera fuente de respaldo empresario a Mussolini, se hallaban asociados en la Sociedad Rural y la Unión Industrial, cuya reacción a la propuesta de Perón resultó de un muy distinto tenor.

En contraste con el desesperado "sí" que recibió Mussolini de los empresarios italianos un cuarto

de siglo antes, Perón recibió del empresariado tradicional argentino un "no" que habría de alcanzar extremos de ferocidad cuando el proyecto del coronel comenzara a cobrar dimensiones prácticas en términos de mejoras salariales, aguinaldos y vacaciones pagas.

Frente al "no" del gran empresariado argentino, la respuesta obrera a las propuestas de Perón fue un estrepitoso "sí", motivado en parte por las prácticas concesivas que los hombres de negocios habían repudiado y adicionalmente estimulado, además, por este rechazo patronal.

Y así, el proyecto que Perón lanzó sobre la escena argentina en 1944, aun compartiendo los objetivos básicos del que presentó Mussolini en la Italia de la primera posguerra, terminó por cosechar un espectro de respuestas sociales muy distinto del que obtuvo en su momento el Duce.

Todo proyecto humano sufre cambios en su contenido cuando se inserta en el devenir histórico. El marxismo, por ejemplo, empezó por ser una idea en la cabeza de Carlos Marx y como tal no era todavía un hecho histórico. Pero cuando Marx lo lanzó y le dio inserción en la historia; cuando la idea fue ganando adhesiones, creando nuevas formas de conciencia colectiva y gravitando a través de ellas sobre la vida política y social en términos de movimientos, partidos, acciones sindicales, revoluciones, fue sufriendo al mismo tiempo un proceso de transformación. Ingresado al flujo histórico, fue perdiendo componentes de su versión original y cobrando componentes nuevos, inicialmente imprevistos. Su insersión en la historia lo llevó a recoger de ella sus contenidos finales, reivindicando para la historia la creatividad de su propio curso.

Este proceso fue particularmente rico en sorpresas para el proyecto de Perón. Las particulares condi-

ciones que presentaba la Argentina de 1944 embarcaron al fascismo básico del coronel en un curso de inserción histórica que habría de desencajarlo de su molde originario al exponerlo a un repertorio de respuestas sociales que no calzaban en el proyecto. El fascismo histórico no es sólo un proyecto, sino un compuesto de proyecto y respuestas. De estas últimas ha de extraer finalmente su historicidad.

Mussolini, con apoyo empresario y una considerable base de masas, consiguió enchalecar a Italia durante dos décadas en un sistema forzado de conciliación de clases que de algún modo daba consistencia objetiva a su proyecto inicial.

En el caso de Perón, respuestas antagónicas de parte del gran empresariado y de la masa convirtieron irónicamente un mismo proyecto de conciliación de clases en detonante de la mayor guerra de clases jamás librada hasta entonces en la Argentina.

El fascismo, siendo esencialmente un proyecto de contención de la masa, necesita tener fuera de ella su propio sujeto. El de Mussolini lo tuvo, encarnado en aquella aprensiva burguesía italiana de la primera posguerra. El de Perón, en cambio, emprende su proceso de inserción histórica sin encontrar este sujeto en el grueso del empresariado argentino.

Absurda y paradójicamente, Perón apareció proyectando frenos para la clase obrera a partir de una política que no acertaba a encontrar otro soporte que la propia clase obrera, como quien tratara de contener un río mediante diques que flotaran sobre sus aguas.

La caída del régimen peronista en 1955 cierra de algún modo el ciclo de este malentendido y abre curso a una nueva etapa en la que Perón, sin renunciar a su proyecto original, intentará instrumentarlo a partir de la lección aprendida de aquel primer colapso: un

empresariado sereno y seguro de su propia suerte es un empresariado con el que no se puede contar.

42

Durante el período 1946-1955, Perón se vio precisado a cubrir con formaciones suplentes el papel desertado por la gran burguesía argentina. Tal necesidad explica en gran medida el sobredimensionado papel asignado al Ejército como contrapeso del movimiento obrero.

La conciliación de clases, impuesta por Mussolini en la Italia fascista con la participación consensual y activa del empresariado, pasó a expresarse en su versión argentina como una "alianza militar-sindical", con los militares convertidos en un sosía regiminoso de aquella alta burguesía recalcitrante y autoexcluida del régimen.

Era inevitable que esta combinación sólo durara lo que duró la prosperidad de posguerra, que permitió asegurar un consenso obrero no demasiado exigente a partir de un asistencialismo estatal asumido como alternativa a cualquier reforma de fondo.

El debate sobre las circunstancias económicas que envolvieron el desarrollo del peronismo ha sido siempre un componente esencial de las discusiones en torno de la medida en que podía asignarse inspiraciones fascistas al proyecto y a la política de Perón.

La "izquierda nacional", por ejemplo, ha consagrado no pocos esfuerzos teóricos al rechazo de todo análisis que atribuyera caracteres fascistas al régimen encabezado por Perón entre 1946 y 1955. Una de las tesis más usadas en respaldo de este afán es el de con-

siderar al fascismo como un fenómeno típico del capitalismo avanzado.

Como movimiento de masa inscrito en los mecanismos de la economía capitalista, según este enfoque, el fascismo sólo sería posible en sociedades desarrolladas y de vocación imperial que pudieran financiar concesiones a sus propias clases obreras con recursos extraídos colonialmente de otros pueblos.

El fascismo europeo se habría asentado de esta manera sobre la posibilidad de compensar con plusvalías de ultramar una reducción de las plusvalías recabadas del proletariado metropolitano, generando así las condiciones necesarias para ganar consenso popular en favor de la colaboración de clases en el orden interno de las naciones dominantes.

Esta tesis es bastante cuestionable, al margen de las dudas que puedan suscitarse a propósito de la medida en que sea correcto considerar "avanzado" el estadio alcanzado por el capitalismo en la Italia de la primera posguerra. La objeción fundamental, y obvia, es ésta: si las burguesías de los países que han llegado a tal estadio están efectivamente en condiciones de aplacar la intranquilidad obrera en el ámbito doméstico buscando fuentes de plusvalía en el exterior, no se comprende para qué podrían necesitar el fascismo, fenómeno que casi siempre ha entrado en escena como recurso extremo ante situaciones incontrolables de tensión social.

Una democracia como la que se desarrolló en los Estados Unidos bajo el *New Deal* de Roosevelt, consolidada en el marco de un *wellfare state* de inspiración keynesiana, sería un destino mucho más lógico y previsible que el fascismo para una sociedad capitalista que esté en condiciones de resolver sus propios problemas sociales básicos con la succión de recursos externos.

Con todo, se puede acreditar un acierto parcial a la tesis de la "izquierda nacional" en la consideración de que un fascismo integral al estilo europeo, con márgenes que le permitan adquirir consenso de masa mediante el asistencialismo de Estado, es bastante imprevisible en un país dependiente que, además de no contar con fuentes externas de plusvalía, sufre un constante drenaje de su propia riqueza en favor de las potencias dominantes.

Políticas y prácticas económicas impuestas desde el exterior trazan en la nación que las aplica las vías de este drenaje, ahogando toda posibilidad de desarrollo industrial autónomo, bloqueando la adquisición de tecnología, privilegiando capitales que vienen de afuera y que hacia fuera hacen fluir sus ganancias, manteniendo atada la economía del país a formas de producción primaria que abren curso a una ulterior evasión de riqueza a través del deterioro de los términos del intercambio.

Es indudable que un cuadro como éste, signado por la imposibilidad de acumular recursos, no abre muchos espacios para un fascismo asistencial de tipo europeo.

De este cuadro parecería deducirse que una política social concesiva, como la desarrollada por Perón durante el período 1946-1955, siendo teóricamente inexplicable en la dependiente Argentina de los años '40 como producto de una estrategia fascista orientada a preservar el orden económico preexistente, sólo puede explicarse atribuyendo al peronismo componentes revolucionarios capaces de subvertir ese orden. En una deducción de este tipo se asienta la tesis de la "izquierda nacional".

Invalida esta deducción, sin embargo, la situación anormal generada por la segunda guerra mundial, que abrió un paréntesis de varios años en la historia

de la Argentina como país periférico y económicamente tributario de las grandes metrópolis industriales.

Durante ese singularísimo lapso, que abarca los años de la guerra y por lo menos el primer bienio de la posguerra, los mecanismos económicos de la dependencia quedaron en suspenso o funcionaron inclusive al revés, ofreciendo a la Argentina un acceso tan excepcional como precario a los deleites y privilegios de las naciones dominantes.

Las potencias centrales vieron devastada por la guerra su actividad agropecuaria al tiempo que su aparato industrial abandonaba las líneas de producción que les eran habituales para volcarse a la fabricación de pertrechos bélicos. De este modo, y en el marco de una economía de guerra extendida a prácticamente todo el mundo, cesó la oferta de los bienes manufacturados que tradicionalmente importaba la Argentina, mientras crecía, en cambio, la demanda mundial de la carne y el trigo procedentes del granero rioplatense.

Inhibida de importar y fortalecida en su papel exportador, la Argentina quedó embarcada en un acelerado proceso de sustitución de importaciones, al tiempo que encontraba para su propia producción agropecuaria un anhelante mercado internacional que le permitía fijar precios a su arbitrio.

En otras palabras, el flujo de divisas hacia afuera quedaba bloqueado mientras el proceso inverso se veía poderosamente engrosado, con lo que el deterioro de los términos del intercambio estaba funcionando, de alguna manera, al revés.

Esta Argentina, que engordaba con el hambre de Europa en una rara inversión del proceso normal, pudo disfrutar excepcionalmente de una economía de acumulación que la convertiría, si bien fuzgamente, en un país "europeo". Es decir, un país dotado de las

condiciones que la "izquierda nacional" visualizaba como habilitantes de un fascismo asistencial propio del capitalismo avanzado.

La alianza militar-sindical, fundada en la posibilidad de ganar consenso de masa a partir de una política de preservación del orden existente, germinó y prosperó en esta irregularidad histórica.

Pero al iniciarse la década de los años '50, la anomalía estaba agotada. Superados los efectos más distorsionantes de la guerra, los países centrales habían recuperado sus funciones de países centrales y los periféricos las suyas de periféricos. Para la Argentina la aventura de la acumulación había llegado a su fin y el mero asistencialismo de Estado se hacía ya impracticable como fuente de consenso.

Para el peronismo, que había extraído su naturaleza de aquella anomalía histórica, se acercaba la hora de una opción que podía despedazar su identidad: había que elegir entre seguir custodiando la continuidad del ordenamiento económico-social existente a precio de perder el consenso de masa, o bien preservar ese consenso a precio de quebrar aquella continuidad impulsando reformas para las que no había cabida imaginable en el esquema de la alianza militar-sindical.

De uno u otro modo, esta alianza estaba condenada a la extinción. En el frente militar —que ya entreveía claramente la necesidad de encarar a breve plazo un endurecimiento que llenara con la policía los huecos abiertos por el asistencialismo en repliegue— se generalizó además la convicción de que el reemplazo de una política por otra no debía operarse como un cambio interno del régimen peronista. El régimen peronista debía desaparecer.

Aunque unidos en tal convicción, sin embargo, los militares argentinos estaban divididos en cuanto

a sus fundamentos. Y a partir de esta división se desarrollaron las dos grandes corrientes castrenses que habrían de rivalizar durante un veintenio tras la caída de Perón en el intento de marcar el rumbo de la vida política argentina.

El sector militar "liberal", visceral e irracionalmente antiperonista, atribuía a Perón y a sus seguidores una suerte de perversidad intrínseca que planteaba a las Fuerzas Armadas la obligación moral de descartar un futuro aval castrense a cualquier solución política o institucional que los incluyera.

El sector militar "nacionalista", encarnado en el general Lonardi y su *entourage*, cuyas raíces se hundían en la vieja alianza eclesiástico-militar que en 1945 había apoyado el proyecto de Perón como fórmula adecuada de contención de masas, conservaba aún aquella visión apreciativa del papel que atribuían al peronismo, pero consideraban imposible ya que éste siguiera desempeñándose desde el poder.

Al resurgir en el país las condiciones de normalidad económica que habrían de devolver a las comisarías el papel temporalmente desempeñado por el asistencialismo en la tarea de bloquear las presiones sociales, los "nacionalistas" temían que una eventual asunción de la nueva política por parte del propio peronismo encerrara el peligro de desperonizar a la masa, dejándola nuevamente en disponibilidad para las conducciones de izquierda a las que había sido arrebatada en 1945.

Liberales y nacionalistas coincidían así en buscar el derrocamiento del peronismo; los primeros, para poner fin a lo que consideraban sus innatas perversiones; los segundos, para preservar lo que consideraban sus innatas virtudes.

Es probable que el propio Perón compartiera este último punto de vista. La resignación con que se dejó acompañar por Mario Amadeo[48] hasta la cañonera paraguaya que lo llevaría al exilio acaso reflejara el asentimiento de ambos a este penoso recodo que imponía la historia al derrotero del peronismo para salvar la naturaleza originaria del movimiento.

El intento de dejar espacios abiertos para que el peronismo pudiera desarrollar desde la "oposición" el papel regimentador de masas que ya no podía cumplir desde el poder resultó visible durante la efímera etapa lonardista de la Revolución Libertadora. El esfuerzo por expulsar al peronismo de todos los niveles del poder coincidió con el intento de preservar el status del sindicalismo peronista, en una doble acción de apariencias contradictorias que el "liberalismo" militar consideraba escandalosamente reiterativo de la demagogia que se pretendía extirpar.

Con el posterior desmantelamiento de los sindicatos peronistas, tras la caída de Lonardi[49] y la consiguiente clausura de todo espacio legal para el movimiento, los militares "liberales" sólo consiguieron,

[48] Mario Amadeo, nacionalista de derecha, ocupó la cartera de Relaciones Exteriores durante el fugaz gobierno del general Eduardo Lonardi, surgido de la insurrección militar que en setiembre de 1955 puso fin al régimen de Perón. Amadeo facilitó la expatriación de Perón, garantizando su incolumidad mediante el gesto de acompañarlo hasta la cañonera que habría de llevarlo al Paraguay y oponiéndose con energía a la presión de sectores navales que exigían un ataque armado a la nave para capturar o matar al presidente depuesto, aun a precio de llegar a una ruptura de relaciones con el país vecino.

[49] Lonardi fue removido del poder el 13 de noviembre de 1955 como resultado de una conjura de palacio promovida por los sectores civiles y militares más antiperonistas, recelosos de la política contemporizadora emprendida bajo su gobierno en relación con el peronismo. Reemplazó a Lonardi en la presidencia el general Pedro Eugenio Aramburu.

en el fondo y a pesar suyo, perfeccionar los mecanismos de preservación ensayados por los "nacionalistas" en relación con el peronismo. La persecución y la clandestinidad tuvieron a su respecto un efecto más tonificante y revitalizador que el papel de "oposición de su majestad" ideado por el equipo lonardista.

43

Si algún sentido puede asignarse a la sinuosa, ambigua y desconcertante política seguida por Perón durante su largo exilio, es el de remediar el déficit de representatividad que durante el régimen peronista de 1946-1955 había determinado una constante contradicción entre la naturaleza del movimiento y su base social.

Se trataba de ganar para el peronismo un espectro de respuestas sociales que, superando el desequilibrio obrerista de 1945, ofreciera un correlato objetivo al anhelo de globalidad que cultivaba Perón como componente esencial de su proyecto.

La identificación de la política seguida por Perón en el exilio es todavía materia de discusión entre politólogos. ¿Había una línea de acción fundamental que unificara y diera sentido a todos los pasos contradictorios, discordantes e impredictibles dados por Perón durante aquellos dieciocho años? Las hipótesis posibles son, básicamente, dos:

1. Que Perón hubiera aceptado la caída de su régimen como un hecho irreversible, excluyendo toda posibilidad de reconquista del poder, o siquiera de retorno a la Argentina, y limitando la función del peronismo al cumplimiento, en el llano, del papel regimentador de masas que él y buena parte de los militares comprometidos en su derrocamiento coincidían en asignarle. En tal caso, el turbulento proceso que en los años '70 lo llevó de vuelta al país y al poder ha-

bría rebasado sus expectativas, arrastrándolo por un camino que no figuraba en sus planes.

2. Que su retorno a la Argentina y al poder en 1973 hubiera sido la exitosa coronación de una hábil y paciente estrategia elaborada y seguida por Perón con ese preciso fin desde el primer día de su exilio.

La primera hipótesis puede resultar tentadora para cualquiera que pretenda acumular apreciaciones peyorativas sobre el comportamiento de Perón. Pero creo que hay más elementos de juicio en favor de la segunda.

Desde su primer retorno temporal a la Argentina, a fines de 1972, Perón desplegó sin vacilaciones una estrategia de alto vuelo y de una sofisticación que sólo puede explicarse como producto de un largo proceso de elaboración previa. En cada paso dado por Perón durante ese período, nada había de la improvisación, la incertidumbre o la perplejidad que inevitablemente se habrían dejado advertir en su conducta si las circunstancias que lo llevaron de vuelta a la Argentina lo hubieran tomado por sorpresa.

De hecho, la política desplegada por Perón en la hora de su retorno entroncaba con el viejo y desatendido discurso de la Bolsa de Comercio, propulsor de un proyecto algo distinto de lo que luego resultó ser el "peronismo" histórico. "Yo, al peronismo lo he dejado atrás", dijo Perón poco después de su retorno, en una declaración que muchos consideraron sibilina, pero que acaso reflejara aquel entronque, el propósito de extender la representatividad peronista más allá de la base obrera que daba sustento y al mismo tiempo fijaba límites al movimiento.

No se trataba de que el peronismo, a la manera leninista, invistiera la representatividad de un sujeto social obrero en busca de alianzas con otros sectores. Se trataba, por el contrario, de un peronismo lanzado

a buscar en estos otros sectores un sujeto ajustado a su propio proyecto, como un personaje pirandelliano en busca de su autor.

En rigor, ya la enfatización del "movimiento" tras el golpe de 1955 había apuntado también en esta dirección. La informe vaporosidad del movimiento permitía eludir las precisiones políticas propias de un partido y desarrollar un peronismo de dos, tres o cuatro vertientes, un peronismo tentacular y apto para proyectarse en direcciones divergentes hacia su objetivo de representatividad global.

Con su multiplicidad de compartimientos internos, provistos individual y separadamente de políticas, orientaciones e inclinaciones independientes entre sí, el movimiento mantenía a disposición de su líder un repertorio de líneas duras, líneas blandas, líneas de derecha, líneas de izquierda, líneas tendidas hacia La Habana y líneas enroscadas en torno de la embajada estadounidense, líneas multicolores y en abanico, que Perón podía activar o desactivar según sus necesidades tácticas del momento.

Esta diferenciación interna estimulaba una diferenciación interna gemela en las áreas sociales por conquistar —industriales, militares, clase media ilustrada—, promoviendo en ellas una dialéctica encaminada a depositarlas finalmente en el vasto regazo peronista.

Ya se sabe cómo funcionaba todo esto. Si los militares se endurecían y acentuaban las políticas proscriptivas frente al peronismo, el movimiento activaba su propia línea dura en un amago de radicalización que permitía a la blanda encontrar nuevos términos de diálogo y de negociación con los mandos. Se generaba, de esta manera, una simétrica línea blanda militar volcada a reabrir espacios políticos para el peronismo, en un intento de impedir el colapso de sus

franjas más moderadas en las batallas internas por la conducción del movimiento.

El resultado era que cada reactivación de la línea dura peronista acababa por asegurar al movimiento un mayor grado de penetración, a través de su vertiente blanda, en aquel mundo empresario y militar, acomodado y temeroso del cambio, que un malentendido histórico había nutrido las filas antiperonistas, pero que atesoraba en su seno el sujeto ideal del peronismo, el sujeto por conseguir. Esta "caza del sujeto" es, en realidad, lo que unifica estratégicamente todas las conductas divergentes de Perón en el exilio.

Con el derrocamiento del presidente Arturo Frondizi en 1962, la línea dura o "colorada" de las fuerzas armadas ascendió al primer plano del cuadro militar, abriendo curso a un período de intensa persecución contra el peronismo. En respuesta a este cambio, Perón embarcó a su movimiento en un aparatoso "giro a la izquierda", cuyo desarrollo fue confiado a su "línea dura" interna, encarnada en Andrés Framini[50].

Surgió de esta manera una formal alianza entre el peronismo, el partido comunista, el socialismo de vanguardia y otros grupos menores, algunos de los cuales aportaban al conjunto un furioso castrismo.

Con este estremecedor telón de fondo, la línea blanda del peronismo, personificada entonces por Raúl Matera, pudo operar persuasivamente sobre sus

[50] Andrés Framini, dirigente del gremio textil, había sido designado candidato del peronismo a gobernador de la provincia de Buenos Aires en las elecciones provinciales de 1962 y su victoria en esos comicios fue el principal desencadenante del golpe militar que derrocó al presidente Arturo Frondizi. Más tarde apareció siempre asociado con los sectores más radicalizados del peronismo.

contactos castrenses, subrayando el peligro de que el gigante peronista se abriera por su base a la penetración del castrismo, como resultado de la negativa militar a concederle participación en la vida institucional del país.

Centenares de oficiales resultaron sensibles a tal argumentación y, con el respaldo de consistentes sectores empresarios también sobresaltados por la perspectiva de un peronismo articulado con La Habana, acabaron por confluir en la insurrección "azul" de setiembre de 1962, que desplazó de los mandos a la línea dura castrense, prometiendo nuevas aperturas al peronismo.

Lograda la victoria "azul", Perón dio por terminado el "giro a la izquierda", retiró del escenario a Framini, y el énfasis puesto sobre éste durante los seis meses previos fue desplazado hacia el peronismo conciliador de Matera. El "giro" había tenido la virtud de ampliar los márgenes para el diálogo entre peronistas y militares.

Este tipo de operación, magistralmente reiterado una y otra vez por Perón desde su puesto de comando en el exilio, fue definido en la jerga política argentina de la época como un "juego pendular". Se trataba, sin embargo, de un movimiento que difería de la pendularidad física en el detalle de que el péndulo peronista, al completar cada ciclo de ida y vuelta, rebasaba su punto de partida en vez de detenerse un trecho antes de alcanzarlo.

Completado cada ciclo, el peronismo se había internado algunos pasos más en los sectores sociales por conquistar, en el mundo del sujeto por conseguir. Cuanto más avanzaba el péndulo por el camino de la radicalización en su movimiento de ida, más altos eran los niveles que alcanzaba en el seno del *establishment* su movimiento de vuelta.

Era un juego terriblemente difícil, que muy pocos líderes han intentado con éxito y que en la Argentina seguramente no habría dado resultado sin el incuestionable genio político de Perón. Había que saber impulsar cada movimiento del péndulo en términos que no le permitieran arrastrar consigo la imagen de quien lo impulsaba. Había que saber producir en el peronismo desplazamientos hacia La Habana, Moscú o Pekín en términos que dejaran a salvo en la figura de Perón un margen de credibilidad para militares, industriales y terratenientes. Y había que saber desarrollar también la operación inversa.

Cada paso hacia la izquierda debía darse con explicaciones convincentes para la derecha, así como cada paso a la derecha debía ir acompañada de un guiño o una *boutade* que la hiciera aceptable para la izquierda.

Perón sabía acompañar sus invocaciones de Mao o del Che Guevara con mensajes en sordina hacia la derecha que las explicaban tranquilizadoramente como recursos orientados a mantener bajo control a sectores juveniles radicalizados que de otro modo podían quedar atrapados por el castrismo. Y de paso, subrayaba el peligro de que el fenómeno de la radicalización, sin la astucia del viejo caudillo, quedara fuera de control.

Framini, su giro a la izquierda y los estribillos castristas que habían plagado en el salón "Unione e Benevolenza" de Buenos Aires el acto fundacional de la efímera alianza peronista-marxista del "giro a la izquierda", iban introduciendo lentamente y a su modo en la escena política argentina los factores de pánico que en la Italia de la primera posguerra habían asegurado a Mussolini el respaldo de industriales y terratenientes.

El exilio era encarado así por Perón como un

marco en el cual desarrollar una operación que había sido omitida en medio de las impaciencias de 1945. El *establishment* argentino debía ser motivado a sentir la necesidad de un guardaespaldas.

La memoria histórica permite a veces asociaciones reveladoras. Para quienes hayan seguido el curso de la historia europea entre las dos grandes guerras, la pendularidad de Perón puede resultar evocativa de la trayectoria similar seguida con igual maestría por Adolfo Hitler en su marcha hacia el poder en Alemania. También el nacionalsocialismo, durante el período que precedió a su instalación y consolidación en el gobierno, generó en su seno una "línea dura" y radicalizante representada por el grupo Roehm.

Decididamente alentados en un principio por el Fuehrer, Roehm y sus S.A. fueron proyectados sobre el cuerpo social de Alemania como una bomba de succión que canalizó hacia el nacionalsocialismo a parte de la juventud alemana y también a consibles franjas de la clase obrera. "Nosotros, dentro del nacionalsocialismo, ponemos el acento sobre el socialismo", solía decir Roehm, quien reclamaba la redistribución de la tierra, la liquidación de los *junkers*, la nacionalización del gran capital, la socialización de Alemania.

A caballo de esta aparente oleada revolucionaria, Hitler instrumentaba su propia aptitud para frenarla, mantenerla bajo control o eventualmente liquidarla como carta de negociación para pactar con los *junkers*, los dueños de la tierra y el gran capital. El papel histórico de Roehm no fue otro que el de estimular la disponibilidad del *establishment* alemán para un entendimiento con el Fuehrer.

Hitler, luego de alcanzar el poder y de consolidarse en él como fruto de este entendimiento, ordenó el exterminio físico de Roehm y de su grupo en lo

que habría de recordarse luego como "la noche de los cuchillos largos".

Framini y todas las líneas duras desarrolladas por el peronismo a lo largo de los años '60 le sirvieron a Perón para avanzar algunos pasos en dirección a un entendimiento similar con los detentadores del poder real en la Argentina. Pero Framini no era Roehm. Sus pasos a la izquierda no eran pasos dados por una formidable maquinaria paramilitar erizada de ametralladoras como las S.A. alemanas. Su utilidad y su función se agotaban a bastante distancia de la meta. El camino que quedaba por recorrer exigía un Roehm.

Y, en 1970, Roehm irrumpió providencialmente en el escenario peronista empuñando las ametralladoras montoneras.

44

En nuestros días, todo el mundo tiene acceso a la experiencia de ver *escrito* su propio nombre —en sobres, facturas, invitaciones, o incluso en un periódico. No es, por tanto, una experiencia que distinga o que confiera rango.

No ocurría lo mismo hace un milenio, cuando sólo una reducida *élite* vivía y actuaba en situaciones que podían ofrecer ocasionales motivos para la mención de sus nombres por escrito. En la Inglaterra medieval, por ejemplo, las nóminas de dignatarios o de invitados a una fiesta de palacio eran por sí mismas signos de distinción para los pocos que tenían el privilegio de figurar en ellas.

Durante un período, sólo la aristocracia inglesa tenía acceso a tales listas, que presentaban cada nombre acompañado de su respectivo título nobiliario. Pero con el tiempo, una franja plebeya enriquecida y promovida socialmente por el desarrollo del comercio logró alcanzar también el honor de figurar en aquellos elencos, reservados hasta entonces a la nobleza. Carentes de títulos, sin embargo, sus nombres aparecían escritos en ellos con el aditamento *sine nobilitate* o, más frecuentemente, con la abreviación *s. nob.*

La palabra *snob*, originada de esta manera, acabó, con el tiempo, por cobrar vigencia universal como calificativo aplicado a toda persona de baja extracción social que se esfuerza por ganar *status* imitando, gene-

ralmente mal, los hábitos, las modas, el lenguaje de una clase considerada superior.

El *snob* desempeña un papel de cierta importancia en la evolución de las pautas culturales de una sociedad. Por su intermedio, se va desarrollando una progresiva apropiación de la cultura de una clase por otra considerada inferior, proceso que, a su vez, imprime un peculiar dinamismo dialéctico a los afanes de la clase culturalmente saqueada por preservar su propia distinción social.

Mientras la "masa" de la clase superior permanece durante un tiempo apegada por inercia a sus viejos hábitos culturales, comienza a crecer en los sectores más ilustrados, sofisticados o pretenciosos de este estrato social una actitud de rechazo frente la invasión de abajo. Esta "*élite* de la *élite*" deja de ver en su progresivamente enajenada y vulgarizada cultura de origen la fuente de autodiferenciación que inicialmente había encontrado en ella y, en consecuencia, la abandona.

En una Argentina como aquella de las postrimerías del siglo XIX, donde el vulgo no leía o leía poco, la alta sociedad podía distinguirse o identificarse social o culturalmente leyendo *La Prensa*. En una Argentina como la de 1950 o 1960, donde la lectura de *La Prensa* era ya un hábito cotidiano de almaceneros y porteros, el apego de la alta burguesía al diario de los Paz sobrevive en la "masa" de esa capa social, pero se va debilitando en sus franjas más ilustradas.

El snobismo del vulgo genera en la aristocracia un snobismo de segundo grado, con una misma cultura que resulta tomada por asalto en el primer caso y desertada en el segundo. Ambas variantes responden no a un genuino interés cultural, sino a propósitos de autodiferenciación social que también las asocia en una común falta de creatividad. La deserción de la

propia cultura es en una y otra instancia una operación imitativa, con la diferencia de que en el segundo caso el objeto por imitar está bastante menos definido que en el primero.

En el snobismo de primer grado, el vulgo que la cultiva tiene claramente por delante una cultura que desea absorber o en la que aspira a mimetizarse. Sabe lo que quiere. En el snobismo de segundo grado, sólo se tiene por delante una cultura que se quiere abandonar. En esta variante, lo que se sabe es, primordialmente, lo que no se quiere.

El snob de segundo grado viene a encontrarse así en una situación bastante similar a la del joven rebelde de clase acomodada y, como éste, se mueve hacia una inversión de la ahora vulgarizada escala de valores que era en el pasado identificatoria de su clase.

Toda su vida cultural se carga de conductas levantiscas y adolescentes, entregadas a la excitación de *èpater le bourgeois*. Y en esta transmigración cultural ocurre a veces —aunque no siempre ni necesariamente— un fenómeno curioso. Tratándose de una operación básicamente imitativa en la que el snob de segundo grado sólo puede asumir algo que está previamente propuesto y a la vista, ocurre que aquella exquisita "*élite* de la *élite*" acaba por cifrar su autodiferenciación en una apropiación de los valores "populares" pretendidamente tales que el snobismo vulgar ha abandonado. En esta dirección apunta también, por otra parte, el impulso rebelde a la contestación y a la inversión de valores que figura entre los estimulantes de esta transmigración cultural.

El snob de segundo grado vive secretamente esta operación, no como un movimiento hacia la vulgaridad, sino como un refinamiento. Lo "vulgar" es ahora para él su propia cultura ancestral, cuyos valores cada vez más socializados amenazan con dejarlo sin demar-

caciones frente al tendero de la esquina. Y, en este marco, la adopción de una remota cultura de extramuros, extraña a la vulgaridad de su *entourage* cultural inmediato, puede resultar para nuestro snob de segundo grado inesperadamente *chic*.

La Argentina ofreció en las últimas dos décadas una clara y cabal ilustración de esta dialéctica cultural.

Al promediar los años '60, comenzó a circular *Crónica* en Buenos Aires como un diario clamorosamente sensacionalista y populachero. Como tal tuvo de inmediato un enorme éxito que no alcanzaba a superar, sin embargo, los umbrales de las casas "bien". Devorado por el vulgo a secas, era consecuentemente rechazado y despreciado tanto por la alta sociedad como por el snobismo vulgar que la imitaba.

Pero esta precisa delimitación social de su éxito acabó por incorporarlo, de un modo que sólo en apariencia resulta paradójico, al consumismo ultraselectivo de los snobs de segundo grado. La lectura de *Crónica*, de rigor en los barrios marginales, llegó a ser un hábito elegante en la "*élite* de la *élite*". Sus temas, su lenguaje, sus titulares comenzaron de pronto a ser festejados en las reuniones intelectuales como una preciosa surgiente de genialidades, insospechadas sutilezas y mensajes secretos. *Crónica* se convirtió de este modo en un diario de villeros y sociólogos, de obreros de la construcción y libreros de moda, de costureras y expertos en informática.

Durante los mismos años, esta mistificación de la vulgaridad primigenia como fuente de distinción para exquisitos enriqueció también con otros aportes, como la serie televisiva de Batman y "Los titanes del ring", el temario obligado en las fiestas de los psicoanalistas.

Hacia fines de los años '60 —y en la misma línea de aficiones heterodoxas a *Crónica*, Batman y "Los titanes del ring"—, los profesionales, estudiantes y

ejecutivos ilustrados que cultivaban en la Argentina el snobismo de segundo grado encontraron su gran desahogo en la sofisticación suprema de "hacerse peronistas", incorporando el *villero look* a la indumentaria de moda en Palermo Chico[51] y ensayando modulaciones de afectada familiaridad para llamar "el Viejo" a Juan Perón.

Esta cultura de la vulgaridad idealizada tuvo bastante que ver con la festiva caravana de automóviles que en 1972 volcó su carga de usuarios de moquettes y coleccionistas de Castagninos frente a la residencia de Gaspar Campos[52] para saludar el primer retorno de Perón a la Argentina.

"El peronismo es bárbaro, ¿viste?", dijo al pasar frente a las cámaras de televisión en Ezeiza una joven ocupante del famoso *charter* contratado para ese primer retorno. El comentario era un expresivo reflejo de aquella cultura que amalgamaba, en una rechinante asociación, el consumo de peronismo con los hábitos apreciativos de cierta burguesía ilustrada.

Se trataba de una cultura que, repitiendo los mecanismos de la rebeldía adolescente, se comía las eses y endiosaba a Perón porque *La Prensa* lo satanizaba. Una cultura que creía colmarse de contenidos populares asumiendo con signo positivo las desprolijidades atribuidas al "pueblo" desde ciertas alturas sociales.

Era una cultura de disfrazados, de desclasados

[51] Palermo Chico es uno de los más exclusivos barrios residenciales de Buenos Aires.

[52] Cuando Perón llegó por primera vez a la Argentina en noviembre de 1972, tras 17 años de exilio, se alojó en una residencia adquirida para él por el movimiento justicialista y ubicada en la calle Gaspar Campos, de Vicente López, barrio suburbano de Buenos Aires.

voluntarios, que producía a veces curiosas escenas como la del individuo de melena polvorienta, camisa deshilachada y alpargatas barrosas que, marchando en 1973 al frente de una manifestación villera hacia la plaza de Mayo, se detuvo en determinado momento a extraer de su bolsillo una pipa y un sobre de tabaco.

Insurrecta contra la ahora adocenada cultura de sus ancestros, en la que comulgaban ya socios del Jockey Club y carniceros enriquecidos, esta pequeña burguesía buscó nuevas formas de distinción apropiándose de una identidad popular palabrotera, grasienta y de uñas sucias que sólo existía en sus propias fantasías populistas.

Era natural que esta búsqueda de inmersión en lo popular acabara por descubrir al peronismo, un peronismo "visto desde arriba", peligroso y maleducado. Como era natural que este descubrimiento cayera en la clásica codificación izquierdista de tales rebeldías.

Perón supo facilitar el proceso con una certera percepción de los señuelos necesarios para precipitarlo, acelerarlo y ampliarlo. Conocía los tics de este conglomerado social y sabía que su encuentro con el peronismo dependía de la medida en que el movimiento atinara a ofrecerle estímulos aptos para satisfacer expectativas de "izquierda".

Uno no puede menos de admirar, por ejemplo, el acierto con que el viejo líder seleccionó para esta operación a Rolando García. De todas las figuras disponibles en la Argentina de los años '50 y '60, ésta era sin duda la más emblemática de aquella franja social. Fubista[53], cubanista, "antiyanqui", denunciador

[53] El término "fubismo" designa en la jerga política argentina cierto izquierdismo de clase media y antiperonista cuya expresión más característica fue la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA).

de penetraciones culturales imperialistas, desenvuelto en el uso de la terminología marxista, Rolando García presentaba todos los componentes de una personalidad llamada a espejar la versión que tenía de sí misma nuestra pequeña burguesía ilustrada.

El psicoanalista Pichon Rivière inventó, en un recurso para interpretar cualitativamente los datos cuantitativos aportados por un sondeo de la opinión pública, la figura del Señor Abstractus, que compendiaba en una personalidad imaginaria todas las inclinaciones, las esperanzas, las creencias, los anhelos, prejuicios y miedos de la muestra social usada para la investigación. Rolando García era de algún modo el Señor Abstractus de un determinado producto social argentino, contestatario y contemporáneamente apegado al propio status, presente en el estudiantado universitario, en la intelectualidad progresista, en cierto empresariado moderno y abierto al cambio.

Mientras se asentaba en la Argentina una nueva dictadura militar tras el interludio de Illia, Perón consagró en Madrid a Rolando García varias sesiones de fascinación personal y persuasión política. De ellas emergió el ilustre ex rector universitario con la cándida convicción de que su papel futuro en la vida de la Argentina sería el de planificar para el peronismo una sociedad socialista.

La anexión de García fue parte de una vasta operación que también incluyó similares sesiones de persuasión dedicadas a Rodolfo Galimberti[54], las saga-

[54] Rodolfo Galimberti comenzó a cobrar cierta notoriedad entre fines de los años '60 y principios de la década siguiente como líder de la llamada Juventud Argentina para la Emancipación Nacional (JAEN), una agrupación de tendencia nacionalista que sería absorbida más tarde por la Juventud Peronista

ces referencias a "mi amigo Mao" que plagaron el lenguaje de Perón en los últimos años '60 y el gozoso aval concedido desde Puerta de Hierro a las "formaciones especiales" que libraban en la Argentina una guerra de guerrillas por la "Patria Socialista".

Perón estaba lanzando a través de estas acciones su más espectacular expedición de caza sobre las áreas sociales que en el pasado habían dado vida al antiperonismo y ofrecido una base de masa a la sublevación militar que en 1955 puso fin al primer régimen peronista.

Con un refinamiento estratégico francamente florentino, estaba en curso la ya señalada "caza del sujeto", sofisticadamente organizada en dos distintos safaris políticos a los que habían sido asignadas direcciones de marcha aparentemente opuestas en la jungla sociocultural argentina.

Una de estas líneas expedicionarias se internó agitando abalorios revolucionarios en aquellas capas estudiantiles, intelectuales y profesionales de posturas progresistas. Se trataba aquí de capturar —o de neutralizar como posible oposición— a una franja social cuya presencia había sido determinante en el proceso desestabilizador que culminó con el derrocamiento de Perón en 1955. Y la caza tuvo, en esta área, un éxito notable.

La segunda línea expedicionaria partiría de los buenos resultados obtenidos por la primera para agitar ante un alarmado estamento militar y empresario la perspectiva de un peronismo radicalizado, cubanizado

(JP). Ingresado en las filas montoneras, Galimberti dirigió en 1979, junto con Juan Gelman, una corriente escisionista que les valió a ambos una condena a muerte —nunca ejecutada— por parte de la organización.

y violento, pero al mismo tiempo sujeto a un centro de control que hasta podía eventualmente sacrificarlo, llegado el caso. Se trataba ahora de negociar ese sacrificio.

En una reproducción criolla del doble juego hitlerista, el objetivo asignado al primer safari no era otro que el de poner en manos del segundo una decisiva carta de negociación para la gran captura final del "sujeto".

Montoneros, como el grupo Rohem en su momento, canalizó esta operación de caza mayor en su delicada primera etapa, como una bomba de succión aplicada por Perón a las universidades, los foros profesionales y demás componentes de aquel inquieto cardumen social cuyo Señor Abstractus era Rolando García.

45

La Argentina había vivido quince años de completa ingobernabilidad, y estaba cansada de ella. Su vida política había permanecido entrampada durante todo ese período en una contradicción de hierro entre el empeño militar en bloquear el acceso de los peronistas al poder y la imposibilidad de gobernar sin ellos.

Si se celebraban elecciones con participación del peronismo, éste resultaba triunfante y precipitaba el estallido de un golpe militar. Si se celebraban con el peronismo proscripto, surgían de las urnas gobiernos débiles, imposibilitados de gobernar frente a la resistencia clandestina de una fuerza mayoritaria y condenados a sucumbir finalmente bajo nuevas intervenciones de los militares. De estas intervenciones, a su vez, emergían regímenes destinados también a fracasar por obra de la diabólica pendularidad peronista que acababa siempre por quebrarles el frente interno.

El resultado era un endémico tembladeral político que inhibía el crecimiento económico, impedía todo intento de planificación a largo plazo, desalentaba inversiones, desataba fugas de capitales y extremaba los contrastes sociales en ulterior detrimento de la gobernabilidad.

El gobierno militar de Onganía recogió, al instalarse, las últimas reservas de expectativa que podía dispensar la fatigada burguesía argentina en el marco del esquema proscriptivo surgido de la Revolución Libertadora. Y cuando también este experimento se

desgastó bajo la formidable combatividad de masas desencadenada en 1969 por el "Cordobazo", el *establishment* argentino comenzó a dar sus primeras muestras de disponbilidad para algún tipo de opción que quebrara aquel esquema.

Se llegó así a 1970, un año decisivo para este proceso, en el que todos los sectores del país parecían madurar un salto de calidad. Salvador Allende emergía victorioso de las elecciones presidenciales chilenas, y la inquietud que ya venía provocando en Washington la inacabable crisis argentina se convirtió ahora en franca alarma ante la perspectiva de que ese pozo de inestabilidad compartiera 3.000 kilómetros de frontera con lo que se visualizaba desde el Departamento de Estado como una satrapía andina del castrismo.

De esta manera, los Estados Unidos pasaron a compartir y aun a estimular, la disposición ya visible en el *establishment* empresario-militar de la Argentina a explorar formas de estabilización política fuera del ineficaz modelo proscriptivo vigente desde 1955.

Todo el vasto conglomerado de intereses económicos, internacionales y geopolíticos que componían el aparato del poder real en la Argentina, se ponía así en movimiento para cubrir el último tramo del largo camino rumbo a la meta hacia la cual quería llevarlo Perón desde el exilio.

Los montoneros desempeñaron un papel clave en este movimiento, aunque habían entrado en escena, paradójicamente, para tratar de impedirlo. Contribuyeron además a definirlo en una de las dos direcciones posibles que aparecen delineadas a principios de 1970, cuando las secuelas del "Cordobazo" habían dejado ya sin credibilidad al último intento de estabilizar institucionalmente a la Argentina con exclusión del peronismo.

Eran tres los proyectos políticos individualizables

ese año en la escena política argentina, tales como:

1. El de una confluencia del *establishment* con el peronismo en términos de una *partnership* negociada y pactada entre partes desde posiciones independientes. Los empresarios, la clase media ilustrada, los militares y demás sectores asociados hasta entonces en lo que había sido una opción antiperonista, aparecían abiertos ahora a un entendimiento con Perón, pero como sujetos de una fuerza autónoma y diferenciada del peronismo.

Es éste el proyecto que buscó una vía de canalización a través del general Aramburu, cuya aproximación a Perón no respondió al propósito de englobar bajo una sola representación política a los dos grandes sectores que se venían enfrentando bajo la contradicción peronismo-antiperonismo, sino al de buscar un acuerdo entre ambos a partir de representaciones claramente delimitadas y distinguibles.

2. El mismo proyecto de confluencia entre el *establishment* y el peronismo, pero no a manera de una *partnership* entre iguales, sino como culminación de un proceso de absorción centralizado que acabara por abarcar a los dos sectores del país bajo una sola representación hegemónica.

Tal era, en 1970 como en 1945, el proyecto político de Perón, en el que obreros, empresarios, estudiantes, intelectuales y militares no eran visualizados como sujetos sociales de fuerzas políticas distintas sino como componentes ideales de una fuerza política única.

3. El proyecto montonero, encaminado a bloquear cualquier encuentro o entendimiento entre el *establishment* y el peronismo, a fin de mantener a este último en una clandestinidad que lo radicalizara. El peronismo, como expresión política del movimiento de masas, no debía acceder a un acuerdo que lo

insertara en el "sistema" sino proveer de brazos a la lucha contra el "sistema".

La decisión de asesinar al general Aramburu germinó en esta concepción de los montoneros, fundada, a su vez, en un análisis incompleto de la realidad, que los llevó a percibir la opción 1, pero no la opción 2.

En los planes montoneros, el descabezamiento de la primera opción debía dejar expedito el camino para la tercera, es decir, para una línea de acción revolucionaria y "antisistema" cuyo sujeto final no podía ser otro que la propia organización armada. Ocurrió, en cambio, que quedó despejado el camino para la opción número dos, en la que los montoneros no actuaban como sujetos de una estrategia propia sino como objetos instrumentales de una estrategia ajena y tan interior al "sistema" como la que habían pretendido contrarrestar.

Junto a un "montonerismo subjetivo", que creía estar desarrollando una estrategia de choque contra el ordenamiento existente, la historia de aquellos años exhibió un "montonerismo objetivo" que, por el contrario, estaba dando vida a una refinada política diseñada para proteger y consolidar ese orden.

La trayectoria de Montoneros aparece plagada así de aparentes malentendidos y contradicciones entre la identidad subjetiva y la identidad histórica del grupo, con la primera centrada en la violencia revolucionaria a ultranza y la segunda ceñida a la preservación de lo existente. Había, en suma, un montonerismo de ojos azules que sólo cobraba consistencia histórica como falso testimonio dado de sí mismo por un montonerismo de ojos negros.

Presentándose como intérpretes y portavoces de Perón en la diseminación de un mensaje revolucionario, los montoneros fueron históricamente las esclavas-ojinegras de una nueva "operación Rohem" cuya sus-

tancia era, técnicamente, sí "contrarrevolucionaria".

Mientras Perón saludaba y avalaba desde Madrid la aparición de Firmenich y de su grupo en la Argentina porque veía en ellos la fuerza motriz que le faltaba para completar la opción 2, los montoneros vivían ese aval como signo de que el viejo líder se volcaba por la opción 3.

Esta singular apreciación de la estrategia desarrollada desde Puerta de Hierro los llevó a definirse entre 1970 y 1973 como fanáticos sacerdotes de la verticalidad y a reivindicar para sí en el seno del archipiélago peronista el más alto grado de incondicionalidad en la subordinación a Perón.

Pero precisamente esa incondicionalidad, proclamada al servicio de un imaginario Perón antisistema, acabó por constituir el combustible dialéctico del proceso ya en marcha hacia el encuentro del caudillo con los grandes centros del poder real. El verticalismo a ultranza de Firmenich y sus seguidores estaba valorizando ante militares y empresarios las aparentes aptitudes correlativas de Perón para detenerlos y poner fin a la violencia.

Asistido por una ultraizquierda que entre disparo y disparo desplegaba rituales de exasperada lealtad a Perón, éste lograba revivir la metodología hitleriana de autopromoción ante las fuerzas político-sociales dominantes. Librada en nombre de Perón, la guerra montonera ofrecía al viejo líder la posibilidad de vender su propia imagen a todo el espectro político del país como la del único hombre que tenía en sus manos la llave de la paz.

A partir de esta imagen, Perón logró movilizar en torno de sí un proceso de concentración de fuerzas que arrastró a buena parte de lo que había sido hasta entonces el antiperonismo. Amalagamas como

el FREJULI o la Hora del Pueblo [55] eran etapas, pasos intermedios en la construcción de un gigantesco aparato político, expresiones germinales de un "movimientismo" de nuevo cuño que, expandiéndose en círculos concéntricos cada vez más amplios, rebasara los límites del viejo movimiento peronista y absorbiera en su propia compartimentación interna a radicales y desarrollistas, conservadores populares y demócratas cristianos.

Se trataba, en suma, de la gran meta que había resultado inalcanzable en 1945: la de involucrar a todo el país en una vasta maquinaria estabilizadora del orden, bajo el apremio de condiciones que sumaran al ya sedimentado consenso de unos la ahora lograda resignación de otros a contratar los servicios de un guardaespaldas.

Era sólo natural que, obtenida finalmente la puesta en marcha de este proceso entre fines de 1972 y principios de 1973, Perón diera por cerrado el ciclo de la "operación Rohem", instrumentada a través de los montoneros. En la masacre de Ezeiza aleteaban ya los humores de la "noche de los cuchillos largos" [56].

[55] Durante los últimos años del régimen militar instaurado en 1966, el peronismo confluyó con otras agrupaciones —incluida la Unión Cívida Radical (UCR), entonces segunda fuerza política del país— para constituir la llamada Hora del Pueblo, una alianza cuya finalidad se limitaba a la de ejercer presión sobre las Fuerzas Armadas en demanda de una pronta normalización constitucional. Se especuló en su momento con la posibilidad de que Perón intentara más tarde ampliar los alcances y los propósitos de este frente para convertirlo en una coalición electoral. De cualquier manera, ante el llamado a las urnas formulado por el teniente General Alejandro A. Lanusse —el último de los tres jefes militares que ocuparon la presidencia durante aquel régimen *de facto*— la UCR mantuvo su tradicional negativa a celebrar alianzas electorales con otras fuerzas y se presentó sola a los comicios. El peronismo constituyó entonces, con el nombre de Frente Justicialista de Liberación Nacional (FREJULI) una coalición que excluía a la UCR y de la que formaban parte el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), orientado por el ex presidente Arturo Frondizi, el Partido Conservador Popular y el Partido Popular Cristiano, además de algunas agrupaciones menores. Como candidato del FREJULI, ganó Héctor Cámpora las elecciones presidenciales del 11 de marzo de 1973.

[56] La matanza del 20 de junio de 1973 tuvo por escenario una gigantesca concentración popular reunida ese día en el aeropuerto internacional de Ezeiza, a unos treinta kilómetros de Buenos Aires, para dar la bienvenida al general Perón con motivo de su retorno definitivo a la Argentina, tras diecisiete años de exilio (el viejo líder ya había efectuado una breve visita a la Argentina a fines del año anterior). En determinado momento, estalló un tiroteo en medio de los forcejeos que se venían produciendo entre distintos grupos de manifestantes por ocupar los espacios más cercanos al palco desde el que estaba previsto que Perón hablara a la muchedumbre. Las versiones sobre el desarrollo de los hechos varían según sus fuentes, pero las más atendibles indican que grupos armados de la derecha peronista abrieron fuego contra columnas integradas por adherentes a colaterales montoneras, al parecer para mantenerlas alejadas del palco. No hubo indicaciones de que los montoneros respondieron al fuego. Nunca se suministró una cifra oficial de los muertos, en su gran mayoría del área montonera, pero las estimaciones que circularon en su momento los hacían ascender a más de un centenar. Firmenich, interrogado al respecto durante una conferencia de prensa clandestina que ofreció en 1975, fijó la cifra en 182.

46

¿Debe deducirse de todo esto que el gran pecado de los montoneros fue el de la ingenuidad? ¿Estamos en presencia de idealistas instrumentalizados, de buenos y honestos revolucionarios que, por impaciencia o inexperiencia histórica cayeron inflexivamente en el juego de la derecha?

En otros términos: ¿Los montoneros eran "en sí" esclavas de ojos negros o resultaron siéndolo extrínseca e inadvertidamente por el uso que hizo de ellos Perón?

Interrogantes bastante parecidos a éstos fueron, *mutatis mutandis*, los que acosaron durante años al Partido Comunista Italiano (PCI) a propósito de las Brigadas Rojas (BR), que pasaron por una ilustrativa serie de definiciones y redefiniciones en la estimativa de la izquierda constitucional.

La primera reacción del PCI ante la aparición de las Brigadas en la escena italiana a principios de la década 1970 fue la de dudar de su existencia, tomando en seria consideración la posibilidad de que se tratara sólo del sello utilizado por algún servicio de inteligencia para simular un terrorismo de izquierda y lograr por esta vía un desplazamiento de todo el cuadro político italiano hacia la derecha.

La segunda reacción, cuando la existencia de las BR como grupo armado de ultraizquierda era ya innegable, fue la de reconocerles esa condición y acredi-

tarles cierta pertenencia a la gran familia de la izquierda, pero rechazando su metodología, su subversivismo, su apelación sistemática a la violencia. El terrorismo brigadista siguió mereciendo la condena del PCI, pero bajo un enfoque conceptual distinto. Ya no era una astucia execrable de la extrema derecha, sino un "error" de la extrema izquierda. Se trataba, en suma, de buena gente que andaba por mal camino, de "compañeros equivocados".

La posición final del PCI frente a las Brigadas Rojas fue la de extender a toda la naturaleza del grupo aquella actitud condenatoria que había estado limitada inicialmente a la metodología. El mal, divisado al principio en el camino, era localizado ahora en el caminante. Un brigadista no era ya un revolucionario que cometía errores, sino un canalla.

Debo decir que mi propia posición frente a Montoneros siguió un curso bastante parecido. Creo, además, que esta trayectoria no fue en mí un fenómeno singular y aislado, sino que se trataba de un proceso interno vivido y sufrido por millares de personas en la Argentina.

Millares creyeron como yo, en mayo de 1970, que el nombre "Montoneros" aparecido por primera vez al pie de un "parte de guerra" que anunciaba el secuestro del general Aramburu no tenía otro objetivo que el de disimular una operación cumplida por organismos de inteligencia al servicio del general Onganía.

Millares pasaron luego, como yo, a elaborar frente a Montoneros lo que fue, en Italia, la posición número dos del PCI frente a las Brigadas Rojas. Los Montoneros, vistos desde esta segunda perspectiva, eran buenos, pero exagerados, sustancialmente rescatables, aunque llevados por su ardor juvenil a cometer excesos, a dar pasos en falso, a evaluar mal las posibilidades e imposibilidades inherentes a cada línea de acción. Lo que había de malo en ellos era algo circunstancial y no esencial, un inconveniente estacional y superable, como el de la inmadurez, algo que podía ser objeto de una "crítica fraternal", pero no de una condena global.

Este segundo tipo de reacción frente a Montoneros fue de algún modo el que alimentó mi decisión de aceptar en 1973 el ofrecimiento de ingresar en el diario *Noticias*. Con ánimo misionero, creí estar haciendo alguna contribución a la posibilidad de salvar lo salvable en el grupo, aislando sus componentes sustantivamente buenos de sus componentes adjetivamente malos.

Fue quizás el asesinato de Rucci lo que abrió en mí el camino hacia el reconocimiento de que mis hasta entonces benévolas apreciaciones acerca de la naturaleza montonera no estaban mordiendo sobre la realidad. Comencé a entrever que había algo de intrínsecamente perverso en esa naturaleza, y la trayectoria porterior del grupo sólo sirvió para fortalecerme en esta impresión.

Creo —sé— que millares de argentinos recorrieron este tercer tramo en el curso de sus penurias estimativas frente a Montoneros. Pero creo además que en muchos, muchísimos de ellos, esta tercera etapa tiende a permanecer *in pectore*, a no exteriorizarse, inhibida por el temor de que una exteriorización atraiga sobre sí toda la conocida hechicería punitiva de las grandes palabras estigmatizadoras —"liberal", "reformista"—, en las cuales se codifica un ritual de excomunión que todavía aterroriza al grueso de la izquierda latinoamericana.

Esta tercera perspectiva sobre los montoneros descubre, entre otras cosas, un abismo entre el papel que se decían llamados a desempeñar en el seno del peronismo y el que desempeñaron de hecho. Firmenich y su grupo siguieron, en ese sentido, una paráboa-

la bastante irónica. La inserción de los montoneros en el peronismo, encarada y vivida por ellos como una inyección de solidez ideológica revolucionaria en un cúmulo de emociones ideológicamente vacías, fue en gran medida un tiro por la culata. Poco o nada quedó en el peronismo de la siembra ideológica intentada por los montoneros, mientras que éstos parecieron absorber en cambio sustanciales contenidos ideológicos del peronismo.

Y la ironía se agranda tan pronto como uno advierte que, en este aparente trasvasamiento al revés, Montoneros presenta la imagen de un grupo que ha recogido y asimilado del peronismo precisamente lo que había en éste de derecha, o sea, aquel trasfondo ideológico fascista que aportaba a la prédica y a la práctica del peronismo su peculiar filosofía de la conducción política.

Se ha señalado aquí la existencia de dos peronismos: un peronismo de masa y un peronismo de cúspide, un peronismo del que la masa se postula como sujeto y un peronismo ansioso por fijar su sujeto fuera de la masa, un peronismo del 17 de octubre y un peronismo del 13 de junio. Y parecería lógico que una corriente revolucionaria desarrollada en el seno del movimiento apuntara a empalmar con el primero de ambos peronismos y a desmontar todas las estructuras y fórmulas de regimentación, verticalización e instrumentalización que eran propias del segundo.

Ocurrió, sin embargo, todo lo contrario.

Ya se ha visto que uno de los componentes más retrógrados del peronismo es su propensión a encarar toda actividad pública —política, económica o administrativa— con criterios militares. Se trata de una mentalidad desarrollada a partir del GOU y gradualmente incorporada al repertorio de los hábitos, automatismos y actos reflejos de millones de argentinos.

Fue esta mentalidad cuartelera la que, en el período 1946-1955, llegó a organizar la vida interna de la Argentina como la de un país en guerra, con el adversario político asimilado a la noción de enemigo y la consiguiente exclusión de toda hipótesis de ordenamiento institucional en el que estuviera previsto tolerarlo o convivir civilizadamente con él.

La conversión del adversario en enemigo es correlativa a la conversión de la política en un quehacer militar. La política es algo que se le debe hacer a un enemigo, es decir, algo que se debe hacer militarmente. A partir de este enfoque, las organizaciones políticas —trátese de partidos, agrupaciones estudiantiles o corrientes sindicales— no se conciben ni son concebibles como formas de libre asociación o de autodeterminación popular, sino como unidades tácticas llamadas a cumplir en un campo de operaciones militares movimientos dispuestos por una conducción estratégica localizada fuera de ellas.

La idea de una equivalencia natural entre el concepto de conducción política y el de estado mayor, con el acompañamiento de una equivalencia paralela entre los conceptos de militancia y tropa, está presente en toda aquella complicada red de articulaciones que establece característicamente el movimiento peronista entre un comando estratégico supremo y comandos táctico-operativos. Un sistema de equivalencias similares es el que promovieron en Latinoamérica durante la década de 1960 los teóricos de la "seguridad nacional".

Firmenich y sus seguidores absorbieron del peronismo toda esta carga ideológica de derecha, organizando con arreglo a ella tanto su propia vida interna como su sistema de relaciones con el mundo exterior. El esquema "comando estratégico-movimiento-partido", ideado por Perón como fórmula de una

conducción política verticalizada e instrumentalizadora, fue adoptado íntegra y acríticamente por los montoneros. Allí estaban el ejército montonero en el papel de Perón, las agrupaciones colaterales en el papel del movimiento y, durante un tiempo, el Partido Auténtico en el papel de "Partido Peronista" (o de cualquiera otra de las organizaciones políticas llamadas a sobrellevar las funciones del "partido" durante el lapso que medió entre el golpe de 1955 y la restauración peronista de 1973).

Sería un grave error, sin embargo, presentar este fascismo organizativo de los montoneros como mero producto de una "influencia" ejercida sobre ellos por el *hábitat* ideológico peronista en el que eligieron instalarse. No hubo en Montoneros un innato candor libertario que luego resultara deformado en sentido autoritario por la inserción del grupo en el peronismo. Por el contrario, los componentes "innatos" de Montoneros ya incluían aquel verticalismo organizativo como parte de la genérica matriz militarista de extracción cubana que es reconocible en todos los grupos cultores de la violencia revolucionaria que operaron en Latinoamérica durante los años '60 y '70.

El verticalismo montonero no era un vicio adventicio adquirido del peronismo sino, al revés, un vicio de origen que de algún modo facilitó la opción de la organización armada por el peronismo.

El fascismo organizativo de Montoneros, en suma, es condición y no consecuencia de la inserción del grupo en el peronismo. Y si se enfoca a los montoneros desde este ángulo de visión, que los descubre como un punto de encuentro entre dos concepciones militares de la política, acaso pierda consistencia el misterio que resulta para muchos este maridaje entre el *Che* Guevara y Perón.

47

En febrero de 1974, el personal de *Noticias* celebró una larga y absurda asamblea convocada para fijar una posición —que naturalmente debía ser condenatoria— frente a la clausura del diario *El Mundo* dispuesta por el flamante tercer gobierno del general Perón.

La medida siguió al ataque lanzado contra la guarnición militar de Azul, en la provincia de Buenos Aires, por guerrilleros del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), cuya vinculación con *El Mundo* era similar a la de Montoneros con *Noticias*.

El gremio de prensa no suele tropezar con dificultades conceptuales para adoptar una posición ante la clausura de un diario. Se trata de una situación-tipo cuya frecuencia ha generado en todo el mundo un vasto repertorio de reacciones ya inevitablemente convencionales, de *clichés* verbales y operativos que permiten una respuesta fácil y expeditiva a la medida toda vez que se produce.

Para la asamblea de *Noticias*, sin embargo, tomar posición frente a la clausura de *El Mundo* resultó dificilísimo, cosa que no se debió a una falta de consenso sobre la necesidad de condenar la medida sino al detalle de que no se sabía en nombre de qué formular la condena.

Entre las convenciones verbales disponibles para tales casos, una de las más utilizadas es natural-

mente la de condenar la clausura como violatoria de la libertad de prensa; pero ocurre que un principio como éste no tiene cabida imaginable en la cultura política montonera.

"No podemos convertirnos ahora en defensores de la libertad de expresión, que es un principio liberal". Tal la posición que prevaleció en la asamblea y que generó todas sus angustias en la búsqueda de algo coherente que decir sobre la clausura de *El Mundo*.

Luego de desechar la libertad de prensa como parte de la pecaminosidad liberal —y de reclamar incluso que se dejara constancia de este rechazo en la posición que se adoptara ante la clausura de *El Mundo*—, la asamblea tropezó lógicamente con dificultades para encontrarse un sentido a sí misma. ¿Era posible acordar en términos congruentes una declaración que repudiara al mismo tiempo el principio de la libertad de expresión y una medida de gobierno que lo lesionaba? ¿Era posible abominar de la libertad de prensa en términos que no legitimaran la adopción de medidas como la que se pretendía condenar?

La asamblea acabó por resignarse sin demasiada convicción a la idea de declarar reprobable la clausura de *El Mundo* por tratarse de una acción emprendida contra el "campo del pueblo".

El episodio, en rigor, marcaba un punto clave de encuentro entre el montonerismo y los componentes fascistoides del firmamento ideológico peronista. Sería absurdo, desde luego, atribuir a inclinaciones de derecha el uso peyorativo de la palabra "liberal". Pero este uso sí ingresa en el área de la derecha cuando los acentos peyorativos del término aparecen cargados específica o predominantemente sobre los principios o las instituciones del liberalismo político.

La crítica del liberalismo es más que legítima en

cualquier izquierda bien entendida, siempre que tenga su punto de partida en una certera aptitud para separar la paja del trigo en las contradicciones internas de la cultura liberal.

La gran revolución liberal del siglo XIX expresó ideológicamente la respuesta de la joven burguesía al absolutismo abatido por la Revolución Francesa y se cifró en un afán por fijar a los alcances del poder público un límite que le impidiera coartar el ejercicio de libertades y derechos individuales considerados anteriores y superiores al Estado.

Si es cierto que toda política necesita para su propio desarrollo una base de sustentación absoluta e inamovible, el gran aporte de la cultura liberal fue el de trasladar lo absoluto del orden del Estado al de las libertades individuales.

En los primeros años del liberalismo, las libertades consideradas inenajenables estaban, como las cualidades en el *apeiron* originario de Anaximandro, "todas unidas". Ese liberalismo naciente metió indiferenciadamente en una misma bolsa el derecho a la libre disposición individual de los recursos económicos y los hoy denominados "derechos humanos".

En un ordenamiento político y social como el del capitalismo incipiente, le resultaba posible al liberalismo proveer de una cobertura ideológica homogénea e indistinta a esos dos órdenes de libertades. Era una sola libertad la que en aquel contexto ideológico originario se ejercitaba a título de "libertad de empresa" y la que se ejercitaba a título de libertad de conciencia, libertad de expresión, libertad de reunión o libertad de asociación.

Pero el desarrollo del capitalismo, que se expresaba ideológicamente a través de la cultura, liberal, trajo aparejado el desarrollo paralelo de la clase obrera, cuyo crecimiento en número, concentración, or-

ganización y voluntad política autónoma acabó por configurar una poderosa fuerza histórica que, mientras resultaba antagónica de la libre empresa, se postulaba de hecho como nuevo sujeto de todas las otras libertades.

La burguesía, en una primera contradicción con la universalidad que asignaba en abstracto a tales libertades, se resistió denodadamente a compartir su ejercicio con aquella nueva clase en ascenso. Fueron necesarias largas y por momentos sangrientas luchas sociales para que el sistema demoliberal burgués se allanara gradualmente a reconocer como parte de su propio ordenamiento la titularidad obrera de tales libertades, en términos de libertad de asociación sindical, derecho de huelga y libre expresión política del proletariado a través de partidos propios.

Era inevitable que, a lo largo de este proceso, los contenidos inicialmente homogéneos de la cultura liberal sufrieran una bifurcación crítica. La burguesía encontraba cada vez más difícil compaginar la libertad de empresa con aquel otro elenco de libertades cuyo progresivo ejercicio por parte de la clase obrera comenzaba a resultar peligroso para la continuidad del sistema.

La burguesía liberal, cuyo gran aporte a la liberación del hombre fue precisamente este segundo orden de libertades, se sentía gradualmente expropiada de ellas a medida que se afianzaba en su ejercicio la clase obrera. Esa burguesía, que las había asumido y proclamado inicialmente como componentes centrales de su propia identidad histórica, las empezaba a encarar ahora como expresión e instrumento de una clase antagónica.

Aquel grandioso elenco de libertades individuales y derechos civiles que la burguesía había consagrado como valores absolutos, preservándolas del avasa-

llamiento estatal, estaba nutriendo ahora el crecimiento de sindicatos, partidos y representaciones parlamentarias socialistas en el propio seno del sistema demoliberal burgués. Lo que había sido inicialmente para la burguesía fuente de vida y fórmula de autoconciencia histórica parecía convertirse ahora en una amenaza de muerte.

En este cuadro, la burguesía acabaría por generar, como nueva expresión de sí misma, ideologías antiliberales. Su ámbito ideológico sería ahora el autoritarismo, el fascismo, la idolatría del Estado. Al antiliberalismo económico de la clase obrera se opondría un antiliberalismo político de la burguesía.

Cualquiera que se atenga a la sana lógica considerará factible traducir a términos positivos esta oposición entre dos negatividades. Oponer al antiliberalismo económico de la clase obrera un antiliberalismo político de la burguesía resultaría entonces equivalente a oponer un liberalismo político de la clase obrera a un liberalismo económico de la burguesía.

La lógica, en otros términos, induciría a prever como respuesta de izquierda al autoritarismo de derecha una "apropiación" obrera de los grandes valores extraeconómicos del liberalismo, un empeño en preservar, enriquecer y profundizar la democracia, en asegurar continuidad a la vigencia de las libertades individuales y los derechos civiles.

La historia, sin embargo, no se ajustó a este rigor lógico. Al autoritarismo de derecha se respondió desde el campo opuesto con un autoritarismo gemelo y simétrico que acabaría por originar dudas acerca de la medida en que su lugar de residencia podía ser considerado, realmente, como el "campo opuesto"

Una de las grandes fuentes históricas de tal respuesta es, sin duda, el leninismo, tema cuyo tratamiento obligaría a duplicar la extensión de este libro

y que deberá quedar, en consecuencia, para otras reflexiones. Lo que aquí interesa es identificar una variante híbrida de aquella respuesta, un curioso producto histórico en el que formas de autoconciencia leninista se ven irónicamente convertidas en compartimientos internos de un populismo de derecha por vías de una simbiosis entre ambos autoritarismos.

La Argentina fue en las últimas décadas uno de los grandes escenarios de este fenómeno. Allí el peronismo consiguió reeditar con enorme éxito una vieja astucia del populismo de derecha consistente en ignorar o dar por inexistentes las contradicciones internas de la cultura liberal.

El papel histórico específico del populismo de derecha es precisamente el de diseminar ideologías, imágenes, hábitos mentales, *slogans*, destinados a bloquear el desenlace lógico de las contradicciones liberales. Es decir, a impedir una apropiación obrera de los valores políticos y morales de la cultura liberal. Pero esta operación sólo puede fundarse en una negación de aquella dialéctica interna liberal que lleva al establecimiento de una relación antagónica entre tales valores y los contenidos económicos del liberalismo.

En el cuadro que emana de esta negación, las libertades individuales y la libre empresa no son términos de una contradicción, sino partes inseparables de una misma cosa. Y con la postulación de esta falsa identidad, el populismo de derecha logra descargar sobre los valores del liberalismo político la impopularidad del liberalismo económico.

El peronismo desarrolló magistralmente esta operación, generando y arraigando en la Argentina una mentalidad que asocia automáticamente la democracia con la oligarquía, la libertad de expresión con el conservadorismo de los Gainza Paz, las garan-

tías individuales con el ingeniero Alvaro Alsogaray [57]

En este sentido, el peronismo consiguió crear dentro y también fuera de sí mismo un tipo de cultura política en el que nadie podía acceder al "campo del pueblo" más que a precio de escribir "democracia" entre comillas, de condenar la "partidocracia" y de mirar con sorna a cualquiera que abogara por los derechos civiles.

Es necesario señalar aquí que el peronismo pudo contar con abundante colaboración de izquierda en la confección de esta cultura política. Una colaboración que prestó la lexicografía y el prestigio intelectual del marxismo a la estigmatización populista de los valores liberales y que convirtió el entrecomillamiento de la democracia en un automatismo mental de la clase media, en un título de suficiencia revolucionaria para estudiantes, profesores, literatos y tecnólogos.

La asamblea de *Noticias* dejó a la vista este automatismo, esta cosmetología marxista al servicio de una cultura política totalitaria. Los montoneros absorbieron y asimilaron sin pestañear la maniobra peronista de focalizar el antiliberalismo en los valores políticos liberales. Al lado de un liberalismo económico convencional y de rutina, el antiliberalismo más sentido, vivido y entrañabilizado por los montoneros era, ostensiblemente, el otro.

De cada diez expresiones montoneras de oposicion al liberalismo ocho estaban dirigidas contra el liberalismo político. En mis conversaciones con mon-

[57] Funcionario de la Revolución Libertadora, ministro de Economía durante el gobierno de Arturo Frondizi y fundador del pequeño Partido Cívico Independiente —una agrupación representativa de la derecha económica—. Alvaro Alsogaray se distinguió en las últimas décadas como uno de los más caracterizados exponentes del liberalismo económico en la Argentina.

toneros, los he oído emplear la palabra "liberal" con veintena de acepciones extraeconómicas cuya filiación se remonta al lenguaje mussoliniano heredado por la derecha peronista. "Liberal", en la semántica montonera, significaba individualista, poco viril, comodón, desleal, pantuflero, vacilante, adúltero, débil, goloso, doméstico, cobarde... Firmenich, en determinado momento, denuncia como una desviación peligrosa en el seno de su grupo "... un alto grado de liberalismo, de individualismo; hablando mal y pronto, de cagazo...".

Es la concepción *scuadristica* del liberalismo, en la que se lo condena no tanto por aversión a una estructura económica opresiva como a partir de una arrogancia nietzcheana que abomina del hombre común y cultiva pretensiones de superhombría.

Un "liberal" es, en el ideario de Firmenich y su gente, lo que es un "civil" en el de los generales de la "seguridad nacional": un hombre de segunda clase, el mayoritario y pasivo hombre-cosa cuyo destino esencial es el de ser vigilado, manipulado, eventualmente suprimido.

Quien busque la filiación de esta angulaciones montoneras para percibir al prójimo podrá encontrarla, sorprendente e indistintamente, en el culto ultraizquierdista de la lucha armada y en el GOU, en el terrorismo marighelista y en la exaltación fascista de la acción directa.

De esta doble filiación emana todo el sentido de la amalgama castro-peronista operada en montoneros. La conclusión, aunque lógica y de una diáfana conformidad con la naturaleza de las cosas, es de todos modos impresionante: es el elitismo militarista del extremismo revolucionario lo que hace de la inserción montonera en el peronismo un acto de confluencia con los componentes más caracterizadamente fascistas de la cultura política peronista.

EPILOGO

Dedicadas a Adriana, las reflexiones que aquí dejo anotadas quedarían incompletas si no incluyeran una explicación de esta dedicatoria.

Lo normal es que escribir un libro y buscar a quien dedicárselo sean dos operaciones independientes. En mi caso, ambas se confunden y se implican entre sí: este libro sólo tiene sentido a partir de la tragedia individual de Adriana y de la tragedia colectiva que en ella encuentra uno de sus símbolos más reveladores y terribles.

Adriana murió en una tarde de 1977, despedazada por una bomba que le estalló en las manos mientras ella se aprestaba a colocarla en una comisaría. Había salido de su casa con un pretexto cualquiera, prometiendo estar de regreso a la hora de la fiesta que preparaban sus padres para agasajarla en su decimosexto cumpleaños. En lugar de Adriana sus padres vieron llegar una comisión policial que habría de llevarlos a identificar su cadáver.

Adriana fue arrastrada a la muerte por un mal que no se ensañó sólo con ella. Un mal que diezmó a buena parte de una generación y que todavía acecha a los sobrevivientes. De ahí mi apremio por identificarlo, por ayudar a reconocerlo allí donde asome la cabeza en todo lo que tiene de alienante y de monstruoso.

No ignoro que esta dedicatoria-denuncia, apuntada a localizar responsabilidades —políticas, cultura-

les, históricas—, tras la muerte de Adriana, puede provocar algunas perplejidades, quizás algún reproche. En medio de la gran masacre que padeció la Argentina durante los últimos años, la muerte de Adriana es una de las pocas, excepcionales, que no alcanzan a incluir entre sus responsables al régimen militar. ¿Por qué elegir precisamente esa muerte para centrar en ella mi dedicatoria-denuncia? ¿Implica esta elección alguna reticencia para condenar a un régimen que exterminó a millares de adolescentes como Adriana?

Creo que de cuanto he escrito hasta ahora surge con claridad mi repugnancia por el ideario que presidió las acciones de este régimen militar, por las prácticas aberrantes que derivaron de ese ideario y por las repulsivas individualidades en las cuales estas prácticas se condensaron. Pero ocurre simplemente que el régimen militar no es el tema de estas reflexiones, como no lo son los igualmente repudiables gobiernos de Adolfo Hitler, Pol Pot o Pérez Jiménez.

Ocurre además que la criminalidad del régimen instaurado en la Argentina el 24 de marzo de 1976 es un clarísimo dato de la realidad, poco menos que universalmente reconocido y condenado como tal. El mal, aquí, está a la vista. No necesita ser descubierto, desentrañado, identificado bajo apariencias engañosas y revelado a conciencias que lo ignoraban. Su ostensibilidad es tanta, que cualquier empeño en condenarlo resulta un ejercicio literario o una tautología retórica, pero no un aporte enriquecedor a la conciencia de la gente.

Las responsabilidades que se esconden tras la muerte de Adriana, en cambio, son más esquivas, menos reconocibles. En contraste con las del régimen militar, expuestas desnudas a la abominación universal, estas otras se ven protegidas y disimuladas por una

prestigiosa fraseología revolucionaria y por un peculiar estado de conciencia que genera en cierta clase media ilustrada predisposiciones a compartir, comprender o disculpar toda irregularidad que se cometa en nombre de la revolución.

Confieso que mi denuncia de aquellas responsabilidades tiene que afrontar aquí un giro penoso, en la medida en que su formulación implica también denunciar este colchón protector, un colchón que me resulta imposible desventrar sin sacar a relucir una parte de mí mismo.

Más allá de los montoneros, a los que he sido y soy ajeno, estas reflexiones tienen también por blanco un determinado tipo de cultura política que en cierto modo los ayudó a existir y de la que en un pasado no demasiado remoto fui partícipe y difusor.

En ese pasado compartí caminos y metas, por ejemplo, con Paco Urondo y con tantos otros que como él sacrificaron sus vidas a modelos de cultura y de acción que rechazo. Quede en claro, pues, que los comportamientos aquí denunciados no pertenecen a marcianos, a seres extraños y distantes, sino a personas que he tenido a mi lado, que han dejado alguna huella en mi vida, y quizá murieron con alguna huella mía impresa en las suyas. Pienso con infinito desconsuelo en la posibilidad de que aquella huella mía —tal vez algo que pude haber dicho o escrito en mis contribuciones de hace un veintenio a la literatura de los "diez, cien, mil Vietnam"— haya abierto para algunos de ellos el camino que los llevó a la muerte.

El esfuerzo del que en estas reflexiones dejo constancia por caracterizar a los montoneros y por desentrañar los componentes secretos de su identidad cultural no puede ni debe ser considerado, en consecuencia, como un presuntuoso *j'accuse*, como una condena dictada desde posiciones de impoluta

extraneidad a lo condenado. Si lo que describo es horroroso, para mí lo es doblemente por tratarse de un horror que en cierto modo germina de mis propias raíces.

Con horror pienso en el trágico fin de Adriana y en la personalidad de quien pudo haberla programado para esta inmolación. Si luego trato de asignar un rostro y un nombre a esta personalidad, encuentro entre sus identidades posibles la de Paco, mi viejo y querido amigo Paco Urondo. Mi condena no se atenúa con este rostro a la vista; sólo se hace más doliente. Porque el rostro de Paco transparenta otros rostros, materialmente más distantes de aquel infanticidio, pero igualmente comprometidos en la cultura que lo hizo posible. Rostros que incluyen el mío, y los de toda una generación que pregonó la dialéctica de las ametralladoras, en un rapto de frivolidad literaria que más tarde sería asimilado en términos menos librescos por sus hijos.

Los montoneros, afortunamente, han quedado atrás en la historia argentina, en la conciencia de los argentinos, y acaso parezca superfluo o anacrónico a esta altura un intento de estimular aversiones contra ellos. Condenar a los montoneros ya es en el país moneda corriente, casi una moda, por cierto más saludable que la moda precedente de ensalzarlos.

Pero ocurre que los montoneros son sólo la puntita de un iceberg, cuyos componentes sumergidos no siempre están presentes en lo que se suele condenar bajo el rótulo de montoneros. Y una condena limitada a la parcela emergente es estéril, no denota conciencias inmunizadas contra una repetición del fenómeno.

La inmunidad depende de que todo el iceberg esté a la vista, y mis reflexiones aspiran a ser un paso en esa dirección.

Esta edición de 5.000 ejemplares
se terminó de imprimir en offset en el
mes de agosto de 1984,
en los talleres gráficos de la
Compañía Impresora Argentina, S.A.
Alsina 2049 -Buenos Aires - Argentina